



TRAS LA PIEL
AJENA
Alma Diego

Tras la piel ajena

Tras la piel ajena 1ª Edición (julio de 2018)

©Alma Diego, 2018.

©Alma María De Diego Jiménez, 2018.

Diseño de portada: **Alexia Jorques**

Quedan **reservados todos los derechos**. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, así como su incorporación a sistema informático, transmisión por forma o medio **sin la autorización previa y por constancia escrita de la titular**, Alma María De Diego Jiménez (firma, Alma Diego). La violación de tales derechos **constituye delito** contra la Propiedad Intelectual.

La autoría y los derechos que se desprenden de la presente obra quedan protegidos por la Ley española de Propiedad Intelectual y su Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril, figurando ésta en su Registro de manera efectiva.

ALMA DIEGO

Tras la piel ajena

¡Por las calles limpias de genocidas y torturadores!

LOS AMANTES

¡No puedo levantarme, cabrón! Te lo gritaría si tuviera fuerzas. ¡Hijo de puta!
¡Aaaah!

—¡Cogerle cada uno de un brazo! Este maricón no es capaz de tenerse en pie.

Venga, ahora dónde me lleváis. Joder...vosotros tampoco podéis conmigo, ¿eh? no sois tan machos como presumís. Dios mío, ¿qué es esto? ¿A cuántos habéis pillado? Esto es una maldita carnicería. Hostias, voy a vomitar.

—¡Cuidado! ¡Apártalo o esta nenaza nos va a potar encima!

Vale. Es sangre.

Me vais a matar antes de tiempo, ni siquiera os da el cerebro para mantenerme vivo.

—Ya parece que ha terminado, ¡levántalo!

Ahora veo un poco mejor, se me ha centrado la vista. El pasillo está hecho un auténtico asco, las paredes mugrientas, hay gente por todos lados, tipos tirados por el suelo, parece que haya estallado una bomba, que seamos víctimas de alguna tragedia, salvo por la expresión divertida de algún que otro policía...cabrones.

Esta gente es de la facultad, creo reconocer a algún compañero, deben haberlos pillado en la manifestación, joder, tienen la cara deformada a golpes, seguro que yo estoy igual.

Se escuchan gritos de mujer, son de aquella que traen desde el fondo, lleva los ojos vendados. Reconozco su vestido a pesar de que lo han convertido en jirones sucios, sus rizos dorados se agolpan sobre su rostro, como si quisieran cubrirla. Lloro, se desespera. Está realmente asustada. Ojalá pudiera darle consuelo, decirle que estoy aquí, cerca, pero eso solo complicaría la situación. ¡Deja de mirarla!

Lo consigo, pasa a mi lado, mantengo la cabeza agachada, pero se detiene justo delante.

—¡Vamos, zorra! ¿Ahora quieres descansar?

Gira la cabeza hacia mí y parece que olfatea, puedo ver de cerca la venda sucia y esos labios entreabiertos, temblorosos, los besaría para calmarlos, pero en cambio continuo quieto, paralizado, rezo por dentro para que se la lleven.

Tiene espasmos, no se da cuenta de nada. Uno de los polis me mira. Por fin se marchan con ella que vuelve a gritar presa del miedo. Con Amaia. Sé fuerte, Amaia. ¡Sobrevive!

—¿Qué tomas?

Gonzalo tarda en contestar, está distraído, mira hacia las mesas. Pol se cansa de esperar y cotillea en la misma dirección, a ver qué es eso tan interesante que le sorbe el seso a su amigo.

—Gonzo, pequeño pajarito picudo, ¿crees haber visto un lindo gatito? —le susurra con sorna. —No pierdas el tiempo, ninguna de esas está libre.

Sonríe y agacha la cabeza, ahora sí mira a su amigo.

—Solo me interesa una.

Sigue el índice de Pol que apunta en la dirección de esa maravillosa criatura de rizos saltarines y rubios, la misma que saluda con un tierno beso a otro que no es él, que ni se le parece, que le dista, incluso.

—¿De qué le conozco?—duda Gonzalo.

—Es voluntario en la biblioteca. En el turno de tarde.

—¡Ah, cierto! ¡Un turno muy largo! No se puede dejar a tu novia tanto tiempo sola, ¿no crees?

—¡Por favor, Gonzo! —contesta Pol entre risas— Ni aunque la

palmara y te concedieran todos sus días te bastaría para conseguirla. ¡Búscate algo más fácil o no te estrenarás nunca!

Se piden dos cafés solos y buscan una mesa pequeña alejada de la entrada, adosada a la pared por uno de sus laterales. Pol saca su agenda. Los dos se concentran al instante.

—¿Cuál dices que te viene mal? —pregunta sin levantar la vista del papel, deslizando el bolígrafo entre los cinco dedos, de forma prestidigitadora.

—La del martes, imposible.

—Será «improbable», querido estudiante de Medicina...

—Créeme que es del todo «imposible», loco calculador, la estadística aún no ha llegado a mi vida. No puedo asistir, cámbiamela. ¿Cuál tienes suelta?

Pol pasea los ojos por sus apuntes mientras meneaba la cabeza en negación y se muerde el labio superior con sus puntiagudos caninos.

—¡Nada, camarada!

Gonzalo le observa con expresión maliciosa, conoce a su amigo, no se fía.

—¿Qué ocultas, cabrón?

Pol no puede aguantar la risa, le pasa siempre que miente. Encuentra cierta comicidad en lo falso.

—¡Poooooooooool! —le arrebató la agenda.

—¡Serás hijo de perra!

Inclina su cuerpo por encima de la mesa en busca de su cuaderno, lanza un brazo y luego el otro con la intención de recuperarlo, pero Gonzalo se ha levantado y da pequeños brincos iniciando un juego infantiloides que los aísla del resto de la cafetería. Pol termina por subirse a la mesa y cuando su usurpador se gira, aprovecha para encaramarse a sus hombros y asegurar la cabalgada abrazando su cintura por detrás con las piernas. Gonzalo ríe y da un par de giros violentos para provocar la caída, pero se nota que Pol ha crecido entre hermanos, se adhiere como una lapa. La diversión alcanza tal nivel que no han sido conscientes de haberse desplazado hasta otras mesas, con los consecuentes choques, a veces incomodando al resto del alumnado de la Facultad de Medicina de la Complutense.

—¡Olé!...¡Olé! —grita Gonzalo cada vez que aleja la agenda de las fauces de su amigo.

—¡Eres un mamón! (le reprocha Pol entre carcajadas).

En uno de los giros, la cara de Gonzalo se topa con una pechera firme y una cabeza que esquivo las esquinas del manuscrito mediante un movimiento seco y eficaz.

El objeto de juego abandona sus manos y sale impulsado en vertical, besando el suelo justo a los pies del aparecido, desparramadas sus páginas junto al lustre del calzado.

—Lo siento. —balucea Gonzalo mientras se agacha con la intención de recogerlo.

Lentamente se percatan los dos amigos de que tienen delante a una pareja uniformada de gris, uno de los integrantes frena sus movimientos con un simple dedo al alza. Su compañero es quien recoge la agenda y curiosear unas cuantas páginas.

—¡Cosas de mentes cultivadas! —Comenta por fin— No se entiende una mierda.

Y se la devuelve.

Pol antepone su brazo y se hace con ella.

—Disculpen, por favor. Estábamos de cachondeo.

El primer uniformado sigue sin abrir la boca y se sirve de su mentón para indicarles que se vayan, ocasión que aprovechan sin dudar los reprendidos que han olvidado dónde se encontraba su mesa. Abandonan la cafetería todo lo rápido que les permite su dignidad y sus cafés se quedan solos, enteros, desperdiciados.

Ha conseguido que Pol le ceda la reunión en Políticas, el muy cabrón quería quedársela. Pol es un macarra.

Gonzalo tiene dudas de que sea la causa lo que le lleva a desempeñar la lucha, porque parece más bien al revés, es la pelea lo que le pone a mil, el grito, el puño en alto.

Gracias al intercambio puede estar en la cola en la que está, esperando su turno para reclamar la nota de Fisiología, un cuatro con veinticinco no es una calificación, es un atentado contra el conocimiento, ¿en qué consisten todas esas décimas que le separan del aprobado?, ¿cuánto “cero coma” se le ha puesto delante para que no llegue al cinco?

Y entonces la ve. Recorre el pasillo rodeada por una luz engañosa,

malvada, un haz que roba la presencia al resto de existentes.

Le mira y le sonríe. * Me sonríe?* se asegura de que no sea para otro el maravilloso gesto, hay más gente a su lado, delante en la fila, también detrás, pero ya la tiene pegada a su cara.

— Hola!

—...Hola...

—Estoy en tu clase. Veo que a ti también te ha cateado...

Le ofrece su mano.

La estrecha incapaz de pensar, el corazón le late revolucionado, siente vergüenza, * Me habrá puesto rojo?*

Es una respuesta hormonal, la emite tu cerebro para hacerte visible ante el otro individuo de tu especie y facilitar la c pula.

No es amor ni gilipollez similar, es supervivencia, así que es inevitable, * me habrá puesto rojo?*

— Qu  mono!  Te has puesto rojo!

Ahí tiene la respuesta.

Acerca la boca a su oreja.

—Solo quiero que me cueles...—susurra.

E incapaz de decir nada, se aparta para que deje sus cosas en el banco en el que estaba sentado y respira hondo, buscando la cordura. Al cabo de un minuto y medio da con ella, consigue hablar y parecer una persona, pasan juntos unos quince minutos más esperando su turno de revisión.

La puerta del despacho se abre y Gonzalo se levanta.

—Bueno, un placer.  Des ame suerte!

—Amaia. —Puntualiza ella.

— Qu ? —pregunta mientras sostiene nervioso el peso de la puerta y el párpado izquierdo empieza a temblar detrás de sus gafas de pasta.

—Que me llamo Amaia.

Sonríe pero no le dice cuál es su nombre, se da cuenta de ello cuando ya tiene el rostro de amargura del capullo que ha calificado su ejercicio con un cuatro veinticinco.  Bendito capullo!

Amaia, ya sabía quién eras.

Pol no deja descansar el boli entre sus dedos como de costumbre, y tampoco le quita los ojos de encima. Ahora traspasa el movimiento a su tronco y

cabeza, se diría que baila.

—No estás estudiando...—incordia a Gonzalo.

—¡Chsss!

—¡Mamonazo! ¡Llevas quince minutos sin pasar la página!

—¡Eso es porque no paras de tocar los huevos con el boligrafito para aquí y para allá!

—¡Ja, ja, ja! Ya, claro... La estás esperando, ¿verdad?

—¿Eh? ¿Qué dices? He venido porque tengo un parcial mañana.

—Tú nunca empollas en la biblioteca.

—¡Déjame en paz! ¡Hablo en serio!

Gonzalo intenta meterse en aquellas aburridas páginas, fue la condición que le puso el profesor en la revisión, «Aprueba el siguiente con un notable y te paso este.»

—No va a venir...

—¡Qué me dejes, hostias!

Pol empieza a silbar y el chico de al lado le reprende con la mirada. Provocador, Pol le guiña un ojo.

—Es más que improbable que venga, como tú dirías, “imposible”.

Gonzalo desiste y entra al trapo.

—¿Por qué es imposible que venga? —replica en voz baja pero enérgica— Su novio trabaja aquí, ¿recuerdas? ¿Qué te hace estar tan seguro?

Pol vuelve a reírse, esta vez sin ninguna clase de miramiento, el represor de al lado roza la indignación, vuelve a lanzarle una mirada severa. Pol le tira un beso sonoro «¡Muuuuuac!». Regresa a la conversación con Gonzalo.

—No vendrá porque ya está aquí. En cinco pasos la tienes arruinándote la vida: cinco, cuatro, tres...

Es una vacilada, está seguro, sin embargo el corazón se le acelera de nuevo. Algo invisible se le agarra a la faringe y aprieta, le cuesta respirar, tiene que girarse. No puede resistirse. La ve.

Ella también se sorprende.

—¡Hola!

Amaia saluda empleando un volumen demasiado alto para las normas que rigen el lugar donde se encuentran. Se escucha el chirrido que procede de las patas de la silla del chico indignado que se ha dado por vencido y se marcha.

—¡Uy! ¡Perdón! —Rectifica divertida llevándose una mano a la boca— ¿Qué haces aquí?

Gonzalo traga saliva como si se tratara de una piedra, la nuez se le atorra en la subida y también en la bajada, carraspea pero aun así da su explicación envuelta en un ridículo gallo.

—*Mañaaaiiina* —vuelve a carraspear para librarse de la maldita ave anidada en su garganta— Mañana hay parcial.

—Sí, lo sé...pero se me hace raro, juraría que es la primera vez que te veo aquí.

—Te echaba de menos. —interrumpe el capullo de Pol.

Gonzalo siente ganas de acabar con la vida de su colega, sin embargo, a ella parece haberle gustado la sinceridad de su escudero. Se ríe.

—Es cierto. No habíamos vuelto a hablar desde la cola de reclamaciones. Para otra vez ya sabes dónde encontrarme, me paso aquí las tardes, mi novio trabaja de voluntario en el mostrador de préstamos.

Ahora ya sí que no le queda voz, solo asiente. De reojo puede diferenciar las muecas del único testigo, Pol, se lo está pasando en grande. Descarada, Amaia le revuelve el pelo sirviéndose de la mano que no va cargada de libros, dejándole el recuerdo de un tacto refrescante, *¿Qué extraño huracán es este? se pregunta la nueva Dorothy.*

—Me marchó. Nos vemos.

Y así es. Se marcha. Gonzalo se queda enmarcado en su nueva melena salvaje, rojo de nuevo, incapaz de cualquier cosa. Pol no conserva mucho más raciocinio que él, tiene la boca abierta con el diámetro de un planeta negro y profundo.

—¡Le gustas! ¡Esta tía quiere toda tu ciencia, camarada!

—¿Tú crees?

—¿Que si lo creo? ¡Mírate! ¡Eres un pingajo de persona! ¿Qué pesas, cincuenta kilos? Cuarenta y cinco sin la montura y los cristales esos tochos de las gafas...

¡A qué tía le apetecería menearte el pelito como lo ha hecho ella si no fuera porque hay algún hueco que su bibliotecario no cubre! Hermano, no os veo en un altar, pero en el asiento trasero de tu Simca...

Los gestos ilustrativos de Pol que hasta cierra los ojos en un intento de dar veracidad a la fantasía, son interrumpidos por Amaia que regresa después de haber saludado a su novio. Vuelve a reírse con el escudero.

—Sí...es un payaso. —Disimula Gonzalo.

—¡Oye! ¿Sabes de lo que me acabo de dar cuenta? —le asalta.

Gonzalo espera la respuesta en silencio y arqueando las cejas todo lo que su frente le permite.

—Que aún no te he dado las gracias por colarme aquel día. ¿Has terminado de repasar? A Juan le queda una hora. ¿Te tomas algo en la cafetería?

Gonzalo mira a Pol que levanta las manos como un apresado.

—La verdad es que ya no estaba sacándole partido al asunto desde hacía un rato. ¿Te vienes, Pol?

—No, no...no...A mí aún me queda. Te veo mañana.

Amaia, alegre, de tez blanca, muy blanca, mejillas sonrojadas, ojos verdes descomunales y rizos inquietos que la brincaban desde la coronilla en capas desiguales hasta un poco por debajo de sus orejas, enganchándose en ellas, a veces por detrás, a los lados.

Rubia como pocas entonces, su nuca despejada, el cuello al aire, los hombros como pistas de aterrizaje para mis dedos, mis labios, Amaia.

—¿Qué tomas?—pregunta decidida.

—No sé...¿un café solo?

—¿Cómo sois los españoles! Si no venden alcohol, tenéis que darle a cualquier otra droga, ¿no?

—Yo no bebo alcohol. ¿No eres española?

—Montpellier.

—No tienes acento.

—Me faltan muchas más cosas, ya me irás conociendo.

Y te faltaba la maldita melancolía que recorría mi torrente sanguíneo, nunca estabas triste; no conocías el deseo de libertad porque habías nacido libre, ni el pensamiento político, ni la ideología, ni lo que llamaban “decencia” siendo un cinturón prieto para el deseo.

Amaia, que interpretaba mi carne como nunca lo haría nadie, mi extranjera valiente desconocedora de trabas sociales, mi primer jinete...

—Amaia...—susurro en el Simca, sentado en el asiento de atrás, con los pantalones y los calzoncillos por debajo de las rodillas, con sus manos colocándome las gafas y su clítoris devorando mi inexperto miembro.

—¿Qué te pasa?—se interesa entre jadeos.

—Esto no está bien.

—Pues para no estarlo, me gusta demasiado.

Me besa y suelta una risita que se transforma rápido en un gemido. Está muy excitada. Yo también, me abandono al placer de recorrer con mis manos sus muslos inquietos y la aprieto contra mí, ahora marco sus glúteos con los dedos convertidos en garras. Gime otra vez, y otra. Yo grito, intento alargarlo en mi organismo, en la memoria.

Esto era. Ha sido.

—Amaia...

Me abrazaba y deja de hacerlo. Toma mi cara entre sus manos. Vuelve a colocarme las gafas.

—¿Te ha gustado? ¿A que no era para tanto?

—Para mí lo ha sido.

Se ríe.

Agacha la cabeza soltando el telón de sus bucles, se abotona un botón del vestido, luego otro, otro, ¿la función ha terminado?

—¡Déjale! —la suplico sorprendiéndome a mí mismo.

Sin distraerse de la tela que la cubre, de sus pequeñas flores que la muestran más de lo que pretende, me contesta.

—Pues claro. —Me mira determinante—Me gustas, *Gonço*.

Y es en la pronunciación de mi apodo en la única circunstancia que le traspasa la nacionalidad, su procedencia, resulta que soy su cedilla.

—¿Cuál es nuestro “salto”?

Pol repasa su atestada agenda y resopla.

—Nos unimos al FRAP en Ave María con Tres Peces, a las siete.

—Vale. Le diré a Amaia que nos espere en la plaza.

—¿En Antón Martín?, ¿estás loco? Con todo lo que se ha liado, la plaza estará completamente tomada, dile que se venga con nosotros desde el principio.

—Ya, pero es que no sé si podré llegar yo, ya sabes que las asambleas se alargan y se alargan.

—Bueno, dile que me busque. Yo te la cuido hasta que llegues.

Pero tú tampoco me seas gilipollas, la plaza va a ser una enorme olla gris, si ves que no llegas, no se te ocurra saltar allí. Te unes en cualquier otro metro.

—Está bien, no te preocupes.

— Es vuestra primera cita más allá del Simca, ¿no? —se cachondea.

—Ayer rompieron. Ha tardado, pero al final es mía. ¡Solo mía! — Echa un vistazo al reloj—¡Coño, que no me da tiempo a comer!—sale corriendo, se gira al tiempo que pronuncia el nombre de su amigo — ¡Pol! ¡Cuídame!

El aula elegida para la asamblea de profesores es una de las más grandes de la facultad de Políticas, sin embargo solo se ha llenado hasta la mitad. Gonzalo ha hecho tiempo por los pasillos calculando el momento del inicio de la votación, piensa que es el más idóneo para exponer la petición de apoyo. Se asegura de que no hay policía en la puerta, y no se extraña de su ausencia dado que las cuestiones anunciadas son meramente académicas, fechas de evaluaciones. De hecho, la propuesta que Gonzalo expondrá en nombre del sindicato estudiantil es el boicot de exámenes hasta que los once estudiantes que fueron apresados en la última protesta sean puestos en libertad.

Empuja la puerta despacio y levanta las cejas en forma de saludo para el contacto del sindicato, uno de los profesores que se sienta a la mesa de intervenciones. El aludido mira en otra dirección, no le corresponde. En cuestión de segundos siente un elemento frío presionando su sien y escucha el clic característico de la Star liberando el seguro.

—Tira por dónde has venido.

A pesar de estar encañonado, su reacción inmediata es intentar zafarse, soltando un codazo al aire que se hunde en el estómago del agente de policía, que primero se dobla sobre sí mismo, y luego emite un grito feroz que precede a la lluvia de puñetazos, patadas y empujones con la que le sacan de la sala y conducen hasta los servicios. Una vez allí, tumbado sobre las baldosas blancas, uno de ellos le registra los bolsillos del pantalón y la chaqueta hasta que da con su cartera.

—¡Equilicué! —Dice por fin cuando da con el carnet de afiliado.

—¡Un estudiante! ¡Te vienes abajo, majete!

Lo esposan y lo conducen hasta las dependencias que la Brigada Político Social albergaba en la planta baja. El mismo que le había registrado

le invita a tomar asiento mientras se enciende un pitillo.

—Cachano viene para acá...no creo que esté de muy buen humor después del codazo que le has metido.

Gonzalo empieza a asimilar la situación. Es la primera vez que logran pillarle, ese mismo codazo le había servido dos semanas antes para salir corriendo por la Avenida Complutense, pero su suerte ha cambiado.

—¿Qué hora es? Por favor...

El agente mira su reloj.

—Las cinco menos cuarto, ¿tienes prisa?

Gonzalo medio sonrío, y ladea la cabeza.

—Ya no.

—Eso iba a decirte, chico. La has liado buena ahí arriba...y con el menos indicado.—Expulsa el humo fastidiado, parece pesarle la metedura de pata del muchacho.

Se escuchan pasos al otro lado de la puerta, el picaporte se agacha dando paso a un policía de poca estatura, enjuto, la gorra le queda amplia, le aporta cierta comicidad, apenas se le ven los ojos bajo aquella visera. Reconoce la voz, es el tipo al que dio el codazo.

—Este hijo de puta se viene a Sol.

Sale sin mediar más palabras y Gonzalo es guiado hasta la lechera aparcada en la entrada. Le introducen por uno de los laterales y entornan la puerta. Escucha el motor aunque siguen parados.

La puerta vuelve a abrirse del todo y el agente bajito y cabreado sube y cierra. Se sienta enfrente. Se lleva la mano derecha a la porra enganchada al cinturón y la libera.

Da dos toques a la armadura del vehículo y este se mueve obediente, comienza el traqueteo.

—Yo no soy tan mal educado como vosotros, los putos rojos, así que me presentaré, me llaman Cachano.

Se incorpora lo que su escasa estatura le permite y le vuelve la cara de un porrazo, el siguiente golpe se lo asesta en el cuello, segándole la musculatura lateral, el efecto es un rebote descontrolado de la cabeza y una especie de descarga que recorre todo el cuerpo. Gonzalo cae de rodillas al suelo metálico mientras continúan marcándole con el instrumento.

ELLA ES LA RARA

—Me alegro de que haya encontrado un hueco tan rápidamente. Nos preocupa el cambio de actitud de Nica.

—A decir verdad, es que no entiendo muy bien por qué me han llamado, tiene que haber un error. Nica no es una niña agresiva.

—Eso es lo que creíamos hasta ahora, pero los padres de una de sus compañeras estuvieron ayer en este mismo despacho, trajeron a la niña llena de arañazos en la cara, brazos... Señora Luján, fue espeluznante.

—¿Están seguros de que se los hizo mi hija? Quiero decir, ¿el colegio ha investigado?, ¿han hablado con el profesor?

—De hecho, Don Emilio es partidario de reunir a las dos familias, pero he preferido hablar antes a solas con usted. Soy consciente de que es una mujer muy ocupada, aparte de un personaje público. Algo me dice que preferirá mediar usted con su hija.

—¿Mediar? Habla como si fuera a tratar con un delincuente y no con una niña de siete años.

—¿No ha visto las calificaciones de su hija en el primer trimestre?

—Por supuesto que las he visto. Le repito que tiene siete años.

—Como el resto de compañeros de su curso. Señora Luján, su hija no se adapta. Don Emilio se ha tomado la molestia de elaborar un informe al respecto. —El director abre un cuadernillo de hojas cuadriculadas escritas a mano y empieza a repasar lo apuntado.—Según las notas del profesor, la alumna no avanza al ritmo de sus compañeros en prácticamente ningún aspecto. Aún no entiende los conceptos de suma y resta, mientras que sus compañeros acabarán el curso multiplicando; no solo no pronuncia bien la mayoría de las palabras sino que es incapaz de seguir el ritmo en los dictados, viéndose el profesor en la obligación de parar constantemente. En su opinión, retrasa al resto del grupo. Dice que ha intentado ponerse en contacto con usted en repetidas ocasiones y que siempre ha obtenido la negativa como respuesta.

—Nica me entregó una nota después de Semana Santa, pero me fue

imposible encontrar un día, es cierto...—agacha la cabeza, abatida—son fechas difíciles, cada vez tengo más responsabilidad en el partido y como mujer y madre, puede suponer que no es fácil.

—Lo supongo, pero por el bien de su hija, intente hablar con ella, averigüe qué le sucede, si no pone de su parte, nos veremos obligados a expulsarla del centro.

Su expresión cambia por completo, se vuelve combativa, como cuando la oposición la enciende en el hemiciclo.

—Esto es un colegio público. No pueden expulsar a un alumno así como así.

—Si ese alumno supone un retraso o un riesgo para el resto de compañeros, créame que lo haremos, aunque confío en que encontremos una solución más adecuada en el camino. Me tiene a su disposición.

Patricia Luján no ha llegado a ser diputada en la recién estrenada democracia española ignorando las señales que emiten los gestos de los hombres, el lenguaje corporal del macho rancio. Entiende que la cita ha concluido y que es mejor así, ha llegado el momento de replegar y pensar en frío, también así le hará creer que ha salido victorioso del primer asalto.

Se levanta y le ofrece la mano izquierda para que el director se la estreche, la opción zurda le descoloca, interpreta una extraña danza con sendas manos hasta que decide atraparle los dedos con la derecha y se los menea de arriba a abajo, en una ridícula y poco ortodoxa despedida.

—Me ocuparé del asunto—promete Patricia—. Gracias por haberme llamado.

—A usted.

Nica la espera sentada en el banco de piedra, al lado de Conserjería, merendando. Al verla la sonríe. Sigue desplegando esa maravillosa sonrisa que la valió desde que era un bebé para ganarse el cariño de todo el mundo, «¡Esta niña tiene ángel!» les decían y como padres primerizos, su orgullo se inflaba desconocedor de todo límite. Siempre apostó por que se dejaría la vida en el intento de que su hija fuera un ser plenamente feliz, que no conociera el sufrimiento, la desconfianza, la crueldad de los otros. El tándem que formaba junto a su marido logró el objetivo durante los primeros tres años de vida de la niña en los que se dedicó a su pequeña por entero, pero cuando la llamaron del PSOE ofreciéndola la oportunidad de regresar al tajo en la primera legislatura socialista de la democracia española, no quiso

resistirse, se lo debía a la estudiante que fue, a la mujer independiente y libre que soñó que sería cuando se matriculó en Derecho.

Y su pequeña empezó el cole. Al principio del mismo modo, feliz y acogida, pero poco a poco, las luces de alarma se fueron encendiendo de una en una, de a dos, a veces incluso hasta impedir reconocerla.

Aquellos llantos desconsolados cada mañana cuando se descubría una arruga en los leotardos, o la incapacidad de dar un paso si notaba la goma de los calcetines en la pantorrilla. La suponía algo maniática, una cuestión sin relevancia de su carácter, sin embargo, el director había catalogado a su dulce bebé de «riesgo para sus compañeros», a su pequeña Nica, su encantadora princesa.

Nica abandona la mochila en el banco y corre a su encuentro con los brazos abiertos, la boquita manchada de Nocilla.

—¡Mami! ¡Mami!

—¡Mi amor! —se abrazan.

—¿Qué te ha dicho el *dilestó*?

La aparta para tenerla de frente, «*el dilestó*», repite su falta, le sigue pareciendo tierna su lengüita de trapo.

—Nada, mi vida. ¡Vámonos a casa!

Recoge la mochila y hace una seña al conserje avisándole de que ya se marchan. Se meten en el coche.

—¿Qué tal hoy en el cole, mi amor?—vigila la respuesta a través del retrovisor, se hace esperar, la niña mira por la ventanilla mientras que su expresión se va oscureciendo. Parece melancólica.— ¡Nica, amor! ¿Qué tal en el cole?

—Bien...

—¿Sí? ¿Qué cosas habéis hecho? A ver, cuéntame. —El silencio vuelve a pesar.

—Bueno, mal...

—¿Mal? ¿Ha pasado algo, cariño?

—Mamá, ¿por qué has hablado con él?

—Es un asunto del que hablaremos en casa, pero cuéntame qué ha pasado en el cole, si es que ha pasado algo.

—Me duele la cabeza.

—¿Te duele?

Apaga la música, ha comenzado a llover y el sonido de las gotas

impactando con fuerza contra la chapa y los cristales dificulta la conversación, apenas oye a la niña, aunque observa cómo se lleva la mano a la frente y presiona con la palma abierta.

—Cariño, cierra los ojitos que llegamos enseguida.

—¡No puedo, mamá! ¡Me duele mucho! ¡Quiero vomitar! ¡La angustia, mamá! ¡La angustia!

Los gritos repentinos le hacen perder la concentración y el coche que circulaba por la rotonda y al que casi embiste la reprende con una escandalosa pitada. Busca con la mirada un lugar donde parar y prácticamente se incrusta contra una parada de autobús ante la sorpresa de la gente que se cobijaba bajo los paraguas. Nica continúa chillando fuera de sí. Se baja del coche y abre su puerta, «¡Nica! ¡Nica!», la saca bajo el torrente de agua y eleva su mentón para que sienta la lluvia. Un gemido de alivio rompe su garganta y cierra los párpados, su boca sonríe, «¡Mami, la lluvia!». Con las rodillas temblorosas se agacha a su altura, se abrazan, están empapadas.

Un autobús reclama su espacio con un claxon potente. Le indica con gestos que ya se marchan. Vuelve a meter a Nica en el asiento trasero del coche, arrancan. En casa se ponen los pijamas y preparan un Colacao para cada una. Estudia a su hija que ríe con los dibujos de la tele, su melena mojada, su infancia, los secretos que al parecer, guarda. Se acerca a ella y le pasa una mano por el pelo, intenta borrar con el gesto toda idea que sea capaz de dañarla, es lo que hace una madre, añorar el tiempo en que tenía todo bajo control, preguntarse por los problemas que se solucionaban con un beso, recordar la ausencia de distancia: *Tú y yo fuimos un solo cuerpo*.

—Mamá, no quiero volver al colegio.

El deseo de Nica le basta para descolgar el teléfono y llamar a la sede del partido.

—Pilar, mañana entraré tarde, tengo un problema con Nica, ya te avisaré cuando vaya para allá.

Después llama a Mari, la vecina que se encarga de darle el desayuno y llevarla al cole cada mañana y le informa de que Nica no irá a clase, pero que necesita que se quede con ella en casa.

A las nueve menos cuarto accede al recinto escolar, lo hace cubierta por una capucha y esquivando los paraguas de los críos que se chocan entre sí y se le antojan setas vibrantes con vida propia.

El edificio de Dirección está abierto e iluminado, se dirige allí. Una vez dentro, se descubre la cabeza ante la sorpresa del director.

—¡Señora, Luján! ¡De nuevo por aquí! ¿En qué puedo ayudarla? — se aproxima para cogerla del brazo, en un gesto conciliador y hospitalario.

—Necesito hablar con Don Emilio. Dígame dónde está su clase, por favor.

—Sabe que las tutorías deben solicitarse con tiempo —aclara en un tono condescendiente—no obstante, son las nueve menos cinco de la mañana, Don Emilio debe comenzar su jornada, sería más conveniente avisarle de su interés y citarles esta misma tarde, si tanto le apremia.

—Nica no quiere volver al colegio. Definitivamente me apremia. Acompañeme si quiere o le busco yo misma.

La conduce hasta la sala de profesores y acuerda en ir a llamar al maestro en cuestión mientras que ella espera allí. No se sienta, prefiere recorrer la sala, pero es pequeña. Se detiene frente a la ventana y se distrae observando el enorme porche, la lluvia rompiendo contra las ondas del tejado a dos aguas, bajo él los niños forman las filas para entrar en el módulo de aulas, las dos últimas están por concluir el ritual.

Ve entonces cómo el director sale del interior del edificio acompañado de un hombre menudo, con un cuerpo delgado cubierto por un abrigo de paño gris mal elegido para la climatología de aquella mañana, agacha la cabeza para guarecerse de la inclemencia con la mínima visera que sobresale de su boina. Solo alcanza a verle las manos, parecen envejecidas aunque sus movimientos son ágiles, salta más de un charco en el recorrido.

Se avergüenza al darse cuenta de que ni siquiera ha sentido la curiosidad de preguntarle a Nica cuántos años tiene su profesor, si es joven o viejo. No sabe quién pasa las horas con su hija, a quién la confía.

La puerta se abre y entra el director.

—¡Bien, ya estamos aquí! —se anuncia el cargo con claros síntomas de haber olvidado la gravedad que había intuido minutos antes en la exigencia de aquella madre.—Señora Luján, le presento a Don Emilio Prieto Quintana.

Al girarse hacia la entrada ve cómo el hombre se quita la boina dejando al descubierto una cabeza alopécica en su centro brillante, escoltada por pelo canoso rapado en los laterales y manchas cutáneas repartidas con aleatoriedad.

Cree reconocer los ademanes, la manera en que se saca una mano del bolsillo, se aproxima. Sin duda le es familiar.

Le tiende la mano para el saludo y ella intenta corresponder, pero su cuerpo no se lo permite, se ha quedado clavada al suelo. Suda. Siente su garganta voluminosa, pesada, fabricada en plomo. Intenta pronunciar pero solo alcanza a tragar esa sustancia inidentificable en que se ha convertido su saliva, un líquido caliente y amargo.

Las manos se le van solas, sin la supervisión de su cerebro pasmado, hasta el nacimiento de su vientre y siente de nuevo las patadas, los puñetazos, lo puta y malnacida que según esos hombres era.

—¡Nooooo! ¡Por favor! ¡Estoy embarazada!

Han parado, puede funcionar. Al fin y al cabo son personas, ¿quién propinaría una paliza a una mujer embarazada? A lo mejor ahora me pasan a enfermería. ¡Ah! ¡Cómo me duele la barriga! Necesito encorvarme, así... madre mía, tengo las rodillas en carne viva. No puedo parar de temblar.

Los policías se miran entre ellos.

—Solo hay una manera de averiguarlo. ¡Desnudadla!

Deshacen el nudo de mi tronco entre dos y me levantan. Me arrancan la ropa. Estoy de pie, con mi inminente cascarón de mujer encinta palpitante. Pongo las manos sobre él, no soy creyente, pero me vienen a la memoria las oraciones que mi abuela intentaba enseñarme en el pueblo, por las noches, cuando compartíamos cama.

«*Mi amor, junta las manitas así, —me las colocaba en plegaria—y repite conmigo, “Ángel de la guarda”, “Ángel de la guarda” —repetía yo— “Dulce compañía” “Dulce compañía”, —sonaba mi voz— “No me dejes sola, ni de noche, ni de día...”*»

No me dejes sola, abuela...no me dejes sola.

Se miran entre ellos, yo también les miro. Sigo rezando, ¡ojalá recordara alguna oración más, pero solo tengo esta en la cabeza, «Ángel de la guarda, dulce...», ahora ni siquiera recuerdo lo que le sigue a “dulce”, ¡maldita sea!, ¿qué era? «Ángel de la guarda», «Ángel de la guarda»...

—Nosotros no seguimos, Cachano.

No seguís, no seguís, gracias. «*Ángel de la guarda*», «*Ángel de la guarda*»...

—¿No seguís, mariconas? ¡Pues ya lo hago yo solito! ¡Llevarla a la sala y me la colgáis!

¿A la sala?, ¿qué sala?, ¿dónde me vais a colgar? Me cubren con un tabardo de esparto y entre los dos que se habían negado a golpearme más me llevan casi en volandas a otra sala, no otra, en realidad, sino la sala. Vuelven a descubrir mi desnudez y estiran mis brazos hacia arriba.

—¡Trae el banquetín, no llega!—ordena el bajito.

Alzo la cabeza para ver a dónde no llego y veo dos grilletes colgados de largas cadenas del techo.

Me aúpan, siento el tacto frío del hierro en la yema de mis dedos, tiran de la muñeca derecha, introducen mi mano en la corona y cierran con un chasquido. Proceden igual con la izquierda. Me quitan el banquetín, mi cuerpo cae con todo su peso y siento un dolor terrible en los hombros, baja a la clavícula, se me paraliza el cuello, empiezo a escuchar un pitido en el interior de los oídos, intenso, muy intenso.

Me desmayo.

Abro los ojos tendida en el suelo, me han echado agua en la cara, los tengo otra vez delante, están tan cerca que puedo oler el aliento de uno de ellos cuando le pregunta al tal Cachano, que espera detrás, con las manos hundidas en los bolsillos, si me cuelgan de nuevo. Cachano asiente y vuelven a levantarme, repiten el proceso, me aúpan en la banqueta, engrilletan mis muñecas, apartan la banqueta, mi cuerpo cuelga. Esta vez no me desmayo, el dolor se concentra ahora en la musculatura de los laterales del tronco. Los veo salir solo a ellos, ¿dónde está el otro tipo?

Recibo una patada en la zona lumbar que me impulsa contra la pared, grito. Me balanceo. Detiene mi inercia agarrándome de un tobillo y se coloca de lado. No puedo creer lo que veo. Ha cerrado los ojos como si estuviera meditando y coloca las manos como en las pelis de Bruce Lee, emite uno de esos ridículos chillidos, me reiría si no fuera porque en cuestión de segundos ha vuelto a incrustarme su pie volador, esta vez en mi vientre, sobre mi bebé, ¿qué estarás preguntándote, mi amor? Y esa patada solo ha sido la primera, porque le sigue otra y otra.

—¡Al que llevas ahí dentro me lo cargo! ¡Un hijo de puta menos!

El dolor ha dado paso a la anestesia, regresa el zumbido a mis orejas y de nuevo pierdo el conocimiento.

—¡Despierta, zorra! ¡Déjate de trucos!

Son las primeras palabras que escucho cuando regreso a la consciencia, otra vez rendida en las baldosas. Llevo las manos a su cobijo de forma instintiva porque ya no lo siento, y es porque ya no está, porque ha cumplido su amenaza y en mi panza hay algo reventado que se desangra.

—Ya no nos sirve, jefe. O la llevamos a la enfermería o se nos muere.

Porque los muy ineptos creen que estoy viva, como si una madre no muriera ante el sacrificio del hijo.

—Por fin nos conocemos, señora Luján.

No espera a ser reclamado sino que es él mismo quien recoge aquella mano inerte aunque temblorosa y la atrapa entre las dos suyas. Patricia sigue sin poder hablar, dedica todo su ser a controlar la náusea que asciende por su tubo digestivo. Se prepara para ser reconocida, para vislumbrar en él algún tipo de duda, pero su torturador no se da por aludido, no la recuerda, libera su mano e inicia su discurso al tiempo que se va acomodando en la mesa alargada. Tras escoger asiento, abre un cuaderno, el mismo de hojas cuadriculadas que la tarde anterior sirviera de informe al director.

—Tenemos un problema grave con Nica, ya le ha informado nuestro director. Llevo en la enseñanza toda mi vida, a la vista está que no soy precisamente joven...así que tampoco inexperto.

Toda la vida no. Hubo un tiempo en que se dedicó a otros quehaceres. No hace tanto de aquello, ¿catorce años? Patricia no ha dejado de revivirlo ni un solo día, solo encuentra la paz cuando se abraza a su hija, a Nica, la que sí logró nacer, a pesar de lo castigado que quedó su útero y lo desolado por la pérdida del que fue su primer habitante.

—No me voy a repetir ya que sé que se le puso ayer al corriente de todo, únicamente le informaré de que como medida temporal, he tenido que dividir el encerado en dos mitades, una para mi grupo de segundo de EGB y otra para su hija; en la mitad correspondiente al grupo, avanzamos a buen

ritmo, yo incluso diría que a un ritmo rápido, son niños muy, muy inteligentes, y en la mitad de su hija, no hemos pasado de reconocer las figuras con sus números.

Intenta tomar la decisión acertada, ¿debería preguntarle a gritos por qué no la reconoce?, ¿por qué sus rasgos no le recuerdan a los rasgos de aquella mujer a la que vejó durante horas en los sótanos de la Dirección Nacional de Seguridad?, ¿cuántas hubo, desgraciado?, ¿fueron tantas que las facciones se te desdibujan hasta no sospechar de quien tienes delante?

Por lo visto no ha cambiado de ocupación, sigue torturando. Patricia respira profundo y asiste con sorpresa al acto de sus manos, que apartan una silla hasta abrir el hueco suficiente para asentar su cuerpo, enfrente de él, para hacer que le sigue la conversación, que la inicia.

—¿Ha dividido en dos partes la pizarra?, ¿le parece un método adecuado? —pregunta mirando también al director que permanece de pie, aún junto a la puerta. Es consciente de que su voz se quiebra, pero no puede evitarlo.

—Señora, su hija retrasa al resto del grupo—contesta autoritario— es el único método que se me ha ocurrido para no perjudicar a ninguna de las dos partes.

—¿Se da cuenta de que las dos partes de las que habla, una la forman veintitantos niños y la otra, mi hija?

—De lo que me doy cuenta es que no parece entender que su hija no llega a la capacidad del resto.

Patricia observa el rostro del hombre maldito, después de tantos años lo tiene delante, de igual a igual, los dos sentados frente a frente, sin grilletes, sin desventajas, sin baldosas heladas, y está perdiendo el control él, el enano karateca que gritaba en los sótanos. Le apetece provocarle.

—¿A qué capacidad se refiere, señor...? Lo siento, no recuerdo su nombre...

El profesor da un golpe con sendos puños sobre la mesa y enrojece.

—¡Mi nombre es Don Emilio! ¡Don Emilio Prieto Quintana! ¡Y su hija es una subnormal, una mongólica!

Los brazos del director se le echan encima frenando su ira, su maldad, su verdadero pelaje.

—¡Don Emilio, por favor!—grita el director intentando sujetar su ira.

Pero Patricia ya no está asustada. La explosión le ha liberado de cualquier duda acerca de la identidad del tal Don Emilio. *Don Emilio no, vieja rata, di tu verdadero nombre, el apodo por el que se te conocía entonces y el que tanto nos repetías para que según tú «no te olvidáramos nunca», “Cachano”, oscuro demonio de mi cerebro, anidado en los conectores nerviosos para no abandonarme, para no dejarme libre, para someterme a la condena perpetua de saberte real.*

Se levanta arrastrando las patas de la silla, escandalosas como las patas de la banqueta con la que la aupaban, la bajaban, la aupaban. Se marcha.

Apenas cruza las lindes del centro, la flojera de sus piernas se hace evidente, los tacones bailan descompensados bajo sus talones y a duras penas consigue llegar hasta el coche. Conduce sin ser consciente de lo que tiene delante, porque su memoria ha recobrado tanta fuerza que el presente se ha quedado atrás, está perdiendo la carrera.

La carretera no la lleva a la sede del partido sino al barrio de Delicias, a una de las celdas de castigo de la cárcel de Yaserías.

Otro día despejado más, y pensar que antes uno de mis mayores placeres era tomar el sol, a veces hasta desnuda, en la azotea a la que me subía a escondidas, convirtiéndose el acto en una aventura acelerada para mi espíritu, «¡Ahora, que no me ven!», «¡Cómo me vean!» y luego lo contaba a los compañeros del PCE, tomándonos unas cañas, después de las reuniones, ¡y era tan excitante y divertido!

Pero ahora este sol penetra implacable a través de estos ventanales gigantes y el astro que me daba la vida en mis episodios casi juveniles me la arrebató a rayos y temperatura.

Supongo que acabaré el día empapada en sudor, muerta de sed porque el castigo implica beber un único vaso de agua como desayuno. No tardarán en traerlo. Lo hacen por dos motivos, uno, que no mueras deshidratada y dos, que no orines demasiado, ya que con el vaso de agua dejan un orinal que retiran una hora después, el resto de micciones, de haberlas, debes dejar que fluyan sobre tu ropa, con su olor y humedad recordándote que además de rea, eres una miserable.

Eso solo me ocurrió los primeros días, no llevo la cuenta de los que llevo tras estos ventanales, pero estamos en agosto, en Madrid, los grados de afuera multiplican su intensidad cuando atraviesan el grosor del vidrio y esto es un horno.

Con lo poco que bebes y lo mucho que sudas, al tercer día más o menos, dejas prácticamente de orinar, además es doloroso y tienes tus partes íntimas tan irritadas que por no soportar el escozor, te concentras en retenerlo hasta que llegue el orinal de la mañana siguiente.

Me advirtió Concha que esto era duro, que acabaríamos aquí todas las que secundáramos la huelga de hambre. Muchas se echaron atrás, la mayoría presas comunes que no poseen ideales a los que agarrarse, que protestan por rebeldía, pero las presas políticas somos diferentes, soportamos mucho más el sufrimiento físico, para nosotras el cuerpo es solo la cáscara que guarece el oro macizo, quilates de argumentos que no abandonarán nuestra alma.

Nos encerraron por rascar donde no debíamos, pero tendrían que extraernos todo lo gris que riega nuestros cerebros para que dejáramos de hacerlo.

¿Cuántos círculos tendrá este infierno?

Repasar mentalmente la Divina Comedia me ayuda a no volverme loca, me divierte imaginarme como uno de los condenados de Dante, descendiendo por la escalinata de los diabólicos.

Mi padre me decía que no era normal tener este libro en la mesilla de forma perpetua y no sería normal, pero tal vez premonitorio. Gracias a que casi lo memoricé, vivo.

Recuerda luego los diez días en la enfermería, algunos vividos como una ensoñación, pero sobre todo, lo tranquila que se encontraba su conciencia, lo victoriosa que reía su alma, «*¿Sobreviviré de nuevo? Si lo hago, seré mucho más peligrosa, más letal, y si no salgo adelante, descansaré por fin.*».

Lo primero que hace cuando se sienta ante su mesa de despacho es telefonar a casa.

—Hola, Mari. Ya estoy en el despacho, ¿qué tal Nica?, ¿duerme?

—Se ha despertado hace un rato, está viendo la tele. ¿Le digo que se

ponga?

Nunca antes habría dudado la respuesta, pero ahora se sentía incapaz de hablar con ella, le había fallado, había permitido que cayera en las manos del peor de los hombres y eso había sido posible sencillamente porque se había olvidado de él.

Cada noche revivía en pesadillas la mecánica de su sadismo, es cierto, pero cuando amanecía, se convencía de que eran sueños irreales, pasado.

Ahora Cachano tocaba de nuevo a su puerta, la había encontrado y no al revés, el afilado olfato de bestia había detectado su olor en la piel de su pequeña.

Tú y yo fuimos un solo cuerpo.

DEL LADO DE LA LEY

Carlos Fontana se había convertido en el abogado que siempre había detestado, socio de uno de los despachos más importantes a nivel internacional, dedicado a librar de la culpa al que mejor pagara, importando poco la investigación, la verdad o los escrúpulos. Ya no estaba obligado a fichar, así que cada mañana, al llegar a la recepción acristalada, saludaba al guardia de seguridad que se apresuraba a abrirle la puerta, al equipo de recepcionistas que se peleaban por accionar el brazo metálico, al pool de secretarías del Departamento Fiscal y de manera cómplice, a Raquel, la estudiante de Empresariales que ejercía de asistente personal.

Aquella mañana de jueves no tenía pinta de diferenciarse del resto, comenzaría con un café en el despacho de uno de “los Rafas”, el primero y el segundo de a bordo, a modo de puesta en común del día y sobre todo con el objetivo principal de elegir el restaurante donde llenarían sus opulentas panzas de tres de la tarde a cinco y media, café, postre y copa, justificados en las dietas. Entró en su despacho y abrió una vez más el manual de paraísos fiscales, desde que se hiciera uso de los primeros veinte años atrás, los ochenta suponían sin duda, la consolidación de estos entornos como destino significativo del flujo internacional de capitales, y ellos, los especialistas, los prestidigitadores de riquezas, los guardianes de la trampa.

A los quince minutos de lectura, el pitido y la luz de llamada interna se encendieron, era Raquel.

—Dime.

—Una llamada, dice que es urgente. Patricia Luján.

—¿Patricia Luján?

La pregunta no le brotó porque dudara de la persona sino porque hacía mucho que no sabía de ella, de no ser por las fugaces ocasiones en las que se colaba en el plano de alguna cámara en el Congreso, atravesándolo, con prisas, encerrada en su diminuto físico, «¡Ahí va Patri!» gritaba él casi siempre a la hora de la cena, en la repetición de las piezas noticieras de la noche.

La única que había seguido en la lucha, o al menos en la política, se sentía orgulloso. Miró el reloj, le daba tiempo a saludarla.

—¡Pásamela!

Aguardó los silencios habituales que emiten las líneas cuando se cortan y se conectan entre ellas.

—¡Patri! ¡Qué sorpresa! ¿A qué debo el honor? ¿Cómo estás?

—Charly...

Ella aún le llamaba “Charly”. La voz sonaba vacía, como si hubiera marcado el número sin darse mucha cuenta de lo que hacía, como si la sorprendida de tenerle al otro lado telefónico fuera ella. Aguardó de nuevo.

—Charly, tenemos que vernos.

—¡Por supuesto! Déjame que mire la agenda para la semana que viene...

—A poder ser hoy mismo. Es urgente.

Volvió a ojear el reloj, pensó en “los Rafas”, en el tono de preocupación de Patricia, en el día de la semana que era, en las páginas que le restaban de leer del manual, todo en décimas de segundo.

—De acuerdo. ¿Recuerdas el restaurante de Pradillo en el que celebramos tu regreso a las trincheras?

—Sí.

—Reservo mesa a las tres en punto.

—Gracias.

—¡En punto! —recalcó para destensar el tono desesperado de su amiga.

Escuchó la risita forzada de Patricia al otro lado e inmediatamente se quedó solo ante el eco recurrente de la telefonía.

Debió de llegar con bastante tiempo de antelación, la distinguió en la barra con la cerveza a punto de perder la dignidad del brebaje. La vio alzar la mano temerosa de no ser reconocida.

Aún se parecía a la Patri del pasado, a pesar de llevar el pelo corto, con ese peinado desfavorecedor que estaba tan de moda en las mujeres de treinta años en adelante, ese ahuecado a tenacilla.

«Es lo que hay» se decía así mismo resignado cada vez que conocía a una mujer, generalmente más jóvenes que él, uno de los latiguillos

emocionales que le quedaron de la época en la que impartía asignaturas de Derecho en la Facultad de Políticas, donde se sentía irremediabilmente atraído por sus alumnas.

Con Patricia no hubo suerte, cayó pronto en las redes de uno de sus colegas, profesor también del mismo departamento, Alfonso, con quien convivía en pareja desde que supieron lo de su embarazo.

«¿Nunca has llevado el pelo largo?, ¿tienes fotos?» hasta en la cama se veía obligado a hacer un ejercicio de imaginación para reconstruir las melenas de esos cuerpos recién descubiertos. *¿Qué les pasa a las tías de hoy?, ¿por qué no se dejan el pelo largo?* Caminó hacia ella.

Patricia bajó del taburete de un salto y le plantó dos besos que aunque carentes de ilusión, fueron bien recibidos.

—¡Qué pronto has llegado! ¿Nos tomamos otra?—propuso.

—Si no te importa, prefiero ir ya a la mesa. —Contestó ella impaciente.

—Como quieras.

El metre les condujo hasta una mesa pequeña, vestida con mimo, adosada a un ventanal luminoso que les exponía a los viandantes. El sol hilvanaba delgados haces de luz que hacían de la ubicación un rincón acogedor y apetecible. Acomodados, Carlos indagó.

—¿No es grave, no? ¿Estás enferma? —tras la negativa que Patricia expresó con el vaivén de cabeza, Carlos resopló aliviado y estableció el ritmo de la cita—Entonces si te parece, pedimos primero y luego atizas, tengo un hambre de mil lobos.—Tomó la carta y se zambulló en las sugerencias.

—He visto a Cachano.

La imprenta de la carta se hizo borrosa, las manos perdieron la firmeza y comenzaron a agitar la encuadernación al ritmo de alguna danza maldita, logró dejarla sobre la mesa y enfrentó la mirada de su amiga.

—¿Qué estás diciendo?—su seriedad era enferma, reflejaba la indisposición que provocaban los espasmos de su estómago, antes hambriento, ahora inerte, plano.

—Cachano, Charly... Esta mañana me he reunido con él... ¡Es el profesor de Nica! ¡Ese maldito cabrón es el profesor de mi hija! —Patricia subía el tono y descontrolaba sus ademanes, entraba en pánico.

—Tranquilízate.

—¡Está libre! —gritaba aún más fuerte.

—¡Patricia! —el golpe en la mesa logró por fin serenarla y escuchó—
Claro que está libre... ¿de qué te sorprendes?

—¡Es un criminal! ¡Libre y ocupándose de niños de siete años!
¡Ejerciendo la enseñanza! ¡Libre!—volvió a gritar.

Puso las manos encima de las suyas atrapándolas en un vuelo rápido.
La miró fijamente.

—Lo siento muchísimo. No te merecías una situación así.

Lejos de calmarse, la respuesta la indignó más aún.

—¿Eso es lo que me vas a decir? ¡Te da igual! ¿No es cierto?

—Claro que no me da igual, escucha...

—¡No! ¿Qué queda de ese «*militante con piel de profesor*», del que presumías en clase?

La expresión de Carlos Fontana, el especialista fiscal mutó hacia la indignación, el enfado, la irritación. El último de los comentarios de su amiga era el eterno argumento que solía recitarle el demonio cuando venía a verle cada noche, *¿Qué queda de Charly?, ¿de la lucha anticapitalista, del derrumbe fascista, qué queda de ti?* Demonios, demonios, demonios. Abrió mucho los ojos hasta darles volumen esférico, redondos, sarcásticos.

—¿Y qué queda de ti?, ¿de tu partido? ¿Qué mierda quieres que te proponga? Estas son las consecuencias de esa “generosidad” que nos pedíais a los más radicales de la izquierda, cuando rechazábamos las amnistías, ese maldito silencio y esa desmemoria en favor de la convivencia, del diálogo, de la paz...

La cara de Patricia perdió color, la desvió hacia el cristal. Se quedaba sin argumentos, al contrario que Charly, que se encendía y se avivaba.

—¿Por qué te crees que renuncié a la política? ¿Crees que estudié Derecho para situarme del lado de la trampa?, ¿que milité en el FRAP para ayudar a esconder las riquezas de los “mandasiempre”? No lo habías pensado, ¿verdad? Tú también creías que era un traidor a la causa, «El Charly ha pinchado...ahora es un gordo capitalista.»

»No, querida socialista en el poder, canjearon nuestro billete por una quimera, un puñado de resistentes a cambio del perdón y el blindaje de los que nos sometieron a vejaciones, torturas, nos asesinaron. ¡Eso fue la amnistía del 77! Sobre todo eso...

Patricia le mira de nuevo, desafiante.

—Tú y otros como tú dejasteis de estar condenados gracias a esas

leyes...

—¡No! ¡No me cuente batallitas, señora Luján, guárdelas para el Congreso! Yo sé perfectamente cuándo salí de prisión, ¡pero hubiera sacrificado mi libertad e incluso mi vida, a cambio de que esos hijos de puta y todo su sistema pagara por lo que hicieron! ¿Crees que me salvasteis?, ¿que os debo algo? Todo por lo que pasamos no sirvió de nada.

—No digas eso...no es cierto. Hoy somos libres.

—¿En serio? ¡Qué precio más caro! ¿Qué es lo que te revolvía las entrañas esta mañana cuando has querido verme?, ¿el hecho de reencontrarte con quien te torturó como dos iguales, impunes los dos, idénticos, o la evidencia de ese muñeco de barro al que habéis llamado democracia y que se levanta sobre la sangre y el sufrimiento de todos los silenciados?

»¡Enséñeme la diferencia, señora diputada, la diferencia entre la condena de la que me libraron al amnistiarme y esta de contemplar el teatro en el que han convertido el país por el que tanto y tantos hemos sufrido!

Y allí se quedó sola cuando su amigo corrió la silla para levantarse, lanzó su servilleta de malos modos sobre el plato aún vacío y escapó. Amparada por el ventanal, como en tiempos, mientras el ardiente Charly demostraba que era quizás el único que seguía vivo, a pesar de sus dudas.

—¡Repítele la lista otra vez! ¡A lo mejor ha recuperado la memoria!

Rodea mi cuerpo hecho una bola, colgado por el hueco trasero de las rodillas y siento un escozor profundo en mis partes, grito, grito como nunca he gritado hasta el momento y a pesar de los golpes que llevo ya recolectados, nadie se imagina el dolor que se siente cuando te apagan un cigarro en los huevos.

El otro poli comienza a recitar de nuevo la lista con los nombres y apellidos de mis alumnos de Políticas, de fondo puedo captar la risilla de Cachano, a quien le ha parecido divertida su última ocurrencia.

—Crespo Mújica, Ángel Antonio; Díaz Antón, Elvira; Fernández Ramos, Yolanda...Recuerda que solo tienes que decir “sí” a los que quieras cantarnos, no creo que aguantes mucho más, profesor, ¡sálvate!

Cachano aparece a su lado y apoya la cabeza en su hombro. Bosteza.

—Esto empieza a aburrirme.

—Flores Díaz, Martín; García García, Agustín; Hernán Vélez, Claudio; Hernández Ruiz...

Interrumpo con una especie de gruñido. Se sorprenden.

—¿Queeeeeé? —Pregunta Cachano— ¡Calla, calla, que parece que quiere hablar!

El policía recitador apunta su boli sobre el último nombre leído, se acercan los dos y pegan sus cabezas a mi boca. Intento que se me entienda.

—¿Qui...qui...cue...?

—¿Pero qué coño dices?

Me grita abriendo la boca justo en los orificios de mi nariz y huelo su aliento, pútrida mezcla de tabaco negro y alcohol. Trago saliva e intento vocalizar.

—Quién os haya dado esa lista—me cuesta seguir, me duele la garganta, vuelvo a tragar—es tan hijo de puta...—el pinchazo agudo que no me desaparece del pecho me obliga a guardar una pausa para retomar fuerzas —como vosotros.

Observo el gesto de Cachano, es una especie de puchero irónico, menea el cuello de arriba a abajo, presiona el labio inferior con el superior. Desaparece de mi vista hacia un lateral de la habitación. Solo oigo el sonido de un objeto raspando la pared en toda su longitud, a lo mejor es la porra, parece la porra. Lo siguiente es un golpe fuerte en la nuca, con la porra, no me equivocaba...después otro en el bajo vientre, me meo, el líquido salpica al chocar contra el suelo, es rojo, estoy meando sangre. Puede que con el siguiente coágulo vaya un cacho de mi polla porque ya no me la siento, no voy a poder echar un polvo en lo que me queda de vida, ¿cuánta vida me queda?

Abren la puerta y entran dos policías. A una señal de Cachano, intentan descolgarme, pero todo mi cuerpo es un fardo inmóvil, peso demasiado.

—¡Dejadle! ¡Dejadle! No se va a tener en pie. —Rectifica— ¡Atarle ahí mismo!

Me dejan enganchado a un radiador y se marchan. Aprovecho para dormir...o morir... ¿Qué será lo que estoy haciendo?

Se marchó animado, pero regresa al despacho cabizbajo, abatido, las chicas de la recepción intentan el tonto habitual que no funciona. Aunque luego

comentan entre ellas que es un viejo, Carlos Fontana no ha perdido en absoluto su atractivo con las mujeres y mucho menos con las jovencitas, sabe cómo conquistarlas porque ama y admira a la figura de la mujer, de manera sincera y respetuosa, por eso nunca pensó en casarse, *«hasta que este país no se convierta en otro distinto y deje de acosar a las mujeres, el Charly no caerá en la tentación de hacer que firmen su invisibilidad en una institución que fue inventada en la misma época y por los mismos que las quemaban en la hoguera.»*

Raquel no ha llegado todavía, mejor, le conoce tan bien que hubiera sospechado y él se debilita con su afecto. Se sienta ante su mesa y abre el tercer cajón, el único que cierra con llave. Del fondo de la pila de folios, saca una agenda castigada por el paso del tiempo, fortalecida con gomas de caucho para que no pierda sus páginas. Desata las gomas, posa el cuadernillo en la mesa, lo abre más o menos por la mitad y busca con el dedo. Descuelga el teléfono, marca y espera.

—¿Dígame?

—Gonzo, soy Charly. Tenemos a Cachano.

EL REENCUENTRO

No esperaba que Charly volviera a llamarla, por eso en cierto modo se alegró de volver a hablar con él y pedirle disculpas por la discusión, así que aceptó la cita a pesar de lo enigmática que sonó la propuesta.

Aguardó en el interior del coche tal y como Charly le había especificado, delante de la nave 27 de un polígono de Getafe, hasta que le vio aparecer de su Audi Cupé rojo, acompañado de un hombre algo más joven que él, delgado y de aspecto endeble, que la enfocaba a través de unas lentes gruesas, enmarcadas en pasta transparente. Avanzaron hacia ella y el desconocido se detuvo junto al capó, cediéndoles a Charly y a ella la intimidad en el saludo.

Se abrazaron, pero le sintió frío, era normal después de lo que le dijo en el restaurante.

—Quiero que conozcas a alguien.

Agarró su brazo y con suavidad la acompañó hasta el hombre de gafas que la tendió la mano, sonriente. El gesto le ayudó a relajarse, sus labios se abrían y arqueaban con verdadera generosidad, mientras que sus ojos ganaban en expresión en la distancia corta. Sin saber muy bien por qué, ella también sonrió.

—Patricia, te presento a Gonzalo.

—Te he visto en la tele. —Apuntó él.

Patricia no contestó, siguió sonriendo y bajó un poco la cabeza, la timidez le vencía en las cuestiones de popularidad.

—¿Vamos?—aligeró Charly.

Y se encaminaron hacia la nave, guardada por una placa de metal enorme de color azul que cubría la totalidad de la fachada frontal. Entraron por una puertita que se disimulaba en uno de los laterales.

—Ten cuidado, Patricia, hay una rampa.—Avisó Charly al tiempo que giraba la llave.

Puso especial atención en no tropezar con el cambio de rasante y levantó la vista después de escuchar la puerta cerrándose y el sonoro golpe

del cerrojo interior. Algo se movió en su memoria y tuvo miedo por unos segundos, pero Charly tomó su mano entre las suyas y la apretó contra su pecho.

—Tranquila.

Confió. Cogió aire y se dejó guiar de la mano por el interior de la nave, hasta unas sillas colocadas al fondo, cuatro, seleccionadas del montón que junto a una mesa también plegable, descansaba apoyado en la pared. El techo de la nave lo cruzaban vigas de hierro, algunas de las cuales lanzaban cadenas cuya longitud distaba unos dos metros del suelo. También se fijó en un par de baúles de plástico cerrados y un armario.

—Esta nave la heredé de mi padre, murió hará un par de años.

—No lo sabía, lo siento.

—Gracias. ¿No te sientas? —La invitó acercándole una de las sillas.

—Prefiero seguir de pie. Gracias.

—¡Anda, coño! ¡La bebida! Gonzo, ¿te importa pillar la neverita con el picoteo? Me la he dejado en el coche...Mientras, Patri y yo vamos preparando la mesa. ¡Ayúdame, anda! —le anima mientras se aproxima a por los muebles.

Gonzalo se dirige hacia el coche con un andar despreocupado y las manos en los bolsillos. Patricia ayuda a Charly a cargar con el tablero, lo abren y colocan las sillas alrededor. Se escuchan voces fuera, acercándose a la puerta, una es de Gonzalo y la otra, que contesta parca, de una mujer. Gonzalo la permite pasar primero.

—¡Adelante, Luisa, adelante! —invita Charly en un tono alegre de anfitrión orgulloso.

Es más joven, puede que no tenga ni treinta años, desciende por la rampa con la mirada fija en Patricia.

—¡Claro! No os conocéis...—recae Charly quien hoy está más despistado que de costumbre—Luisa, esta es Patricia.

Se saludan desde la distancia, con un “Encantada” que suena más bien a “Desconcertada”.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Esto es una reunión entre amigos y amigos de amigos! ¡No hay lugar para la desconfianza! ¡Gonzo, coño, aprieta el culo!

Gonzalo cierra la puerta y se apresura. Entre todos van vistiendo la mesa con platos de plástico, vasos y variantes para picar.

—Siéntense, señoras, por favor.—Solicita Charly.—Supongo que tu

amiga no tardará en llegar, ¿no, Patri?

Patricia contesta insegura mientras se quita el abrigo y toma asiento.

—Ya debería estar aquí.

—Bien...si os parece, os voy contando, Gonzo, ¿te sientas?

—Me quedo aquí, estoy bien.

Pero a Charly no parece gustarle tener a alguien a sus espaldas, consecuencia tal vez del pretérito violento, retrocede hasta hacer que el interpelado entienda que debe colocarse, al menos, en la posición de público, a uno de los lados de la mesa.

Una vez que comprueba la disposición del aforo a escucharle, comienza.

—Os he citado aquí porque todos tenemos en común un capítulo oscuro en nuestras vidas, un elemento del pasado que me consta, a todos nos sigue atormentando...

Patricia escucha atenta, sin embargo no acierta a suponer la razón exacta por la que su amigo le ha pedido que llame a la que fue su compañera de celda en Yaserías, supone, por el inicio del discurso, que tal vez ha dado con una manera de denunciar a Cachano, de llevarle a juicio y retirarle de la enseñanza.

Unos golpes en la chapa de metal interrumpen la locución de Charly. El estruendo los sobresalta. Inmediatamente se escucha una llave que se revuelve en el interior de la cerradura y la voz de un hombre que grita «¡A correr, putos rojos!» y más golpes *pam, pam, pam...*

Las dos mujeres se miran sobrecogidas, Patricia se ha medio levantado de la silla, no tenía que haber venido, piensa en Nica, los latidos del corazón la apedrean el pecho, lanza una mirada a Charly pidiéndole explicaciones y comprueba cómo se ríe a carcajada limpia, se aproxima, posa una mano en su hombro, la empuja con suavidad hacia abajo hasta que vuelve a sentarla.

—Tranquila, Patri, tranquila... —sonríe, levanta el mentón y habla hacia la puerta—¡Eres un cabrón sin mucha gracia, Ramoncito!

Por el hueco de la puerta entornada asoma la cabeza de un hombre moreno, atractivo, divertido por su ocurrencia. Empuja la hojalata hasta que entra del todo y no se molesta en cerrar. Patricia se da cuenta de que su llegada no es del agrado de Gonzalo quien ha endurecido el gesto. El tal Ramoncito camina dando pasos rítmicos, como si bailara, y sus bolsillos

tintinean meneando monedas, todo tipo de objeto sonoro que viaja en ellos. Gonzalo se aproxima a Charly y le pide explicaciones.

—No me dijiste que venía.

Charly pone una mueca cínica entre el asombro y la burla.

—¿Preguntaste?

—Dejé bien claro que no quería volver a ver a este tarado.

Charly le da dos palmaditas en la espalda y se explica en un tono condescendiente, aunque todavía con un regusto burlón.

—Vamos, Gonzo, céntrate, tenemos un hijo de puta del que ocuparnos.

El recién llegado enfrenta con sorna la indignación de Gonzalo y le tiende la mano sin mediar palabra. Se saludan.

Charly queda flanqueado por cada hombre y se dispone a continuar, pero de nuevo es interrumpido por el eco de unos tacones que bajan la rampa con prisa. Una voz de mujer se disculpa algo sofocada.

—Perdón, perdón por el retraso...me equivoqué de número...

Gonzalo siente un pinchazo en el pecho que se transforma en falta de aire, estira el cuello por encima y por los lados de Charly y Ramón para ponerle rostro a aquel acento que a pesar de los años, del dolor y del vacío, seguía siendo inconfundible.

—¡Amaia! —Patricia se siente por fin relajada y mediante dos golpecitos en la silla vacía que guardaba a su lado, le indica su asiento.

Amaia acude al reclamo prestando atención únicamente a los gestos de su amiga, se agacha para besarla, acomoda el bolso en el suelo y al levantar de nuevo la mirada, le ve.

Apenas soy capaz de mantenerme erguido, ni siquiera apoyado contra esta pared llena de mugre y sangre seca. Las plantas de los pies las tengo en carne viva, pero por algún extraño pellizco de humanidad, un poli me ha devuelto las gafas, incluso me ha sonreído con ternura al devolvérmelas, voy a procurar no olvidarme del gesto, así la soledad no será tan abrumadora.

Estamos en fila, una extraña y zigzagueante fila detrás de una puerta, otra sala del horror, diferente de la que venimos.

Un tipo nos va agarrando del brazo y nos mete dentro. Es un careo. Al

otro lado, un desgraciado ensangrentado debe decir si nos conoce para que su tortura cese...o empiece...según se mire.

Ya me toca. ¡Aaaaah! ¡Espera, cabrón, espera! No me cojas de ahí... cierro los ojos de dolor, el codo también lo tengo pelado. Ya estoy dentro. Me tiran al suelo, caigo de rodillas y grito, me he clavado algo...se ríen.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¿Lo veis? ¡A veces lo más insignificante puede ser utilizado como instrumento para dar por culo!

Veo sus dedos toscos metiéndose entre mi rodilla y el suelo y siento cómo sus uñas casi arrancan de mi piel el objeto extraño que me punzaba, lo muestra, es un garbanzo. No puedo evitar que una lágrima de dolor me resbale por el pómulo derecho y esto les hace mucha gracia. Vuelven a reírse. Con la mirada aún a rastras, intento visualizar a quien sufre la tortura de tener que delatarme, ¿me reconocerá?, ¿tendré tan mala suerte?, ¿hay peor suerte que la que me condujo hasta aquí? También está de rodillas, no es un hombre. Su piel blanca luce con severidad las rojeces y moretones de estos días, está desnuda, agazapada sobre su cuerpo, como un bicho bola que abren a la fuerza para que me mire, la agarran del pelo, tiene los ojos cerrados, no quiere verme, no quiere saber quién soy.

—¡Mira, zorra!

Y la veo que accede, que despega sus párpados y tiembla. Que dice mi nombre *Gonço*...Me lanzo sobre ella y abrazo su cuerpo molido a golpes, intentándola sacar de aquella pesadilla, intentando ser el héroe que acabe con su sufrimiento y no este despojo animal en el que me han convertido.

—¡Amaia! ¡Amaiaaaaa!

Lloro de rabia mientras nos separan. La sacan. Ponen fin a nuestro reencuentro con un portazo. Espero que cumplan su palabra.

—Como os decía, todos tenemos en común un capítulo oscuro en nuestras vidas, un elemento del pasado que me consta, a todos nos sigue atormentando...—continúa Charly— todos los aquí presentes fuimos maltratados por funcionarios del Estado mientras Franco daba sus últimos coletazos, que por otro lado, fueron los más duros. Detenidos, interrogados, golpeados, vejados y encarcelados. Algunos de estos funcionarios fueron condenados por sus extravagantes métodos y excesiva entrega al desempeño

de sus labores policiales, otros no, pero todos, absolutamente todos, salieron libres a las calles de este país gracias a la Ley de Amnistía de octubre del setenta y siete. Esta ley, además, les blindaba y protegía ante cualquier situación judicial que les pudiera pedir responsabilidades por sus actos...

A pesar de la gravedad del discurso, Gonzalo no puede atender, siente una felicidad extrema al tenerla delante, entera, resurgida, Amaia. Los dos se habían supuesto muertos todo este tiempo. Lo preferían así, jamás se buscaron, para no echarse en cara las malditas circunstancias que convirtieron su esgarce juvenil en aquella maldita aventura infernal.

La distingue en un portal, como una luz fluorescente parpadeando en la oscuridad más densa. «*A pocas manifestaciones ha ido la francesita esta.*» piensa Pol mientras aprovecha para contemplar sus piernas delgadas y con buen trazo que se alargan por debajo del vestido floreado, «*¿qué pasa?, ¿tampoco se puede mirar a la novia de un amigo? solo estoy mirando...*». Amaia se balancea sobre sus merceditas, situados en el perfil del escalón de piedra, se sujeta con las palmas de las manos sobre cada pared, los brazos extendidos en cruz, es un angelical guardián de la puerta.

—¡Eh, Princesa! ¿Qué haces aquí sola?

Amaia se vuelve, de donde viene hace mucho que han dejado de utilizarse ese tipo de interpelaciones para las mujeres, no tienen valor las princesas en su cerebro, no el que quieren darle.

Pol lo sabe, las contadas ocasiones en las que ha hablado con ella le han bastado para calar su espíritu feminista e independiente, pero Pol es así, le gusta hacer de rabiar.

—Hola...eres tú...—le descubre.

—Me han pedido que te cuide. Gonzo tardará un poco, he oído que ha habido jaleo en la asamblea.

Otea el horizonte que queda a las espaldas de Pol, unos sesenta manifestantes, arquea las cejas sorprendida. Pol la intuye.

—¡Se va a liar gorda! ¡La gente está respondiendo!

—Ya iba siendo hora de que los españolitos despertaran...— provoca.

Pol, que siempre entraba al trapo de las provocaciones, por

supuesto, le sigue el juego.

—¿Así es como os vestís en París para gritar a los poderosos?

Amaia le premia con una generosa sonrisa.

—Yo no soy de París.

Pol ríe y le tiende la mano, ella le entrega la suya. Agarrados se mezclan con el tumulto de voces exaltadas y pancartas. Avanzan dirección a Antón Martín, llenando la primavera madrileña de consignas subversivas y en Santa Isabel, son ya unos quinientos, pero Gonzo no ha llegado, Amaia le busca ansiosa en cada rostro.

Ya divisan la plazuela. Pol no se equivocaba en su vaticinio. Pueden ver las lecheras aparcadas en los laterales a unos cien metros más o menos de donde están ellos. «¡FRAP, FRAP, FRAP, FRAP!» gritan también excitados y contagiados, a pesar de no pertenecer. Levantan los puños, «¡Guerra popular! ¡Guerra popular!», se dedican miradas y gestos cómplices, ambos disfrutan.

Apenas unos metros caminados, los empujones se encrudecen, aumentan los codazos y se empiezan a escuchar silbidos y voces de aviso, «¡Cuidado, sociales!». Se suceden ruidos de portazos, los portales se abren y expulsan hombres de paisano armados con revólveres, los disparan primero al aire, luego incluso, apuntan a las piernas de los manifestantes. Pol vuelve a agarrar a Amaia de la mano, se aúpa sobre las puntas de los pies para vislumbrar una salida, entonces ve cómo los grises han cortado la calle por detrás y libran una batalla a porrazo limpio con los grupos de defensa. Los rostros sangrantes, el pánico y también la rabia se han apoderado de la situación. Empuja a Amaia hacia un coche y hace que se agache, tras rodear el vehículo y no encontrar ninguna posición que les cubra, le señala los bajos.

—¡Métete ahí!

—¿Ahí?

Se miran por última vez, la urgencia en el semblante de Pol termina por convencerla y repta por el asfalto hasta encajarse debajo de la máquina. Se queda inmóvil, con las manos debajo del pecho sintiendo los latidos dolorosos de su corazón que no encuentra la calma. El grito de dolor de un hombre clama su atención hacia uno de los lados, los ojos de Pol se agarran a ella mientras le llueven las patadas en la cara, en el estómago, le parten.

—¡Fachas de mierda!—grita, un hilillo de sangre resbala por la comisura de sus labios.

Pero Amaia no está invitada a observar la desgracia, su invitación es para compartirla. Una mano agarra su tobillo lejos, al final de su cuerpo paralizado, tira de ella.

—¡Nooooooo! ¡Noooooo!—patalea, intenta agarrarse a algo, lo que sea, pero el asfalto es poco piadoso a la hora de ofrecer asideros y es arrastrada, arañada la totalidad de su piel y ennegrecida hasta que la sacan de su efímero escondite. Los enfrenta con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Lleváosla!—oye.

La cargan entre dos por las axilas y acaba dentro de un furgón hacinada junto a otras diez figuras maltratadas y dolientes. Busca a Pol, pero intuye que se ha quedado tirado donde lo vio por última vez.

»Hace un par de años mi padre murió y me dejó en herencia esta nave. El mismo día en que yo volvía del despacho notarial de firmar todo el papeleo, paré un taxi, al recibir de vuelta el saludo del conductor, su voz hizo que algo se me removiera por dentro, y luego los gestos, las manos, sus ojos...

»Reconocí en él a uno de estos funcionarios que tanto se emplearon en su trabajo para conmigo, durante mi interminable estancia en la Dirección General de Seguridad. Algunos de vosotros os podéis imaginar mi reacción, y otros—mira a Patricia— la conocéis de primera mano ya que también habéis experimentado la terrible coincidencia entre el torturador y su torturado.

»Mi cuerpo me abandonó. Me quedé inmóvil. Una vez llegué a mi casa, pagué la carrera y me apeé. Parado en la acera, contemplando cómo el coche se desvanecía entre el alboroto de la circulación, por fin me decidí a moverme, pero algo no iba bien del todo, me toqué la entrepierna al sentir una temperatura húmeda, me di cuenta de que me había meado encima.

Mientras Patricia, Luisa y Ramón asistían conmovidos a la arenga de Charly, Gonzalo y Amaia viajaban a tiempos anteriores, sosteniéndose las pupilas el uno al otro, intentando controlar el temblor de sus manos, deseando que acabara para poder, ¿el qué?, ¿qué podrían hacer ahora?

Algunos reencuentros tienen más que ver con la pérdida que con lo recuperado.

—Aquella ocasión no supe reaccionar, o tal vez me fue imposible.

El otro día, Patricia, sentada entre nosotros, me habló de su encuentro con el que sin duda sigue siendo la criatura perversa de todas mis pesadillas y en un primer momento, también opté por no reaccionar. Hui. Luego recapacité y pensé en todos vosotros, en todos, a pesar de que solo supongáis una representación y no me creí en el lujo de ocultaros que sabía dónde estaba, que podíamos cazarle.

»Creo que todo hombre precisa, ¡necesita! ser resarcido por la violencia o abuso recibido —la coloración del rostro de Charly migra, iracunda, hacia el violeta— y si la justicia falla, y sabe Dios que me dedico a lo que me dedico, al hombre, al ser humano despojado, ¡le queda la venganza!

Los aplausos de Ramón rebosan la nave engrandecidos por el eco, Patricia no reconoce a Charly ni en la imagen ni en la esencia terrible que cree percibir en el discurso, si es que percibe algo, la secuencia es surrealista. Gira la cabeza hacia Amaia, pero su amiga permanece en un extraño trance que comparte con el hombre de las gafas. Cambia de dirección hacia Luisa y cree distinguir en sus labios una mueca iluminada, placentera. No puede seguir escuchando, no quiere saber. Se levanta.

—Yo...me vais a perdonar, pero no comparto los derroteros por los que me parece que va a ir todo esto, si no os importa, prefiero irme.

Charly se abalanza sobre ella, ahora reconocible, amable, tranquilo.

—¡No, Patri! ¡Por favor! ¡Escucha al menos lo que quiero proponerte!

—Charly, me dijiste que podías ayudarme con lo de Cachano, pero esto no se parece al tipo de ayuda que yo necesito...

—¿Cachano?—pregunta Ramón sorprendido— ¿Habéis pillado a Cachano?

Charly agacha la cabeza, meneándola.

—Preferiría no habérselo dicho tan pronto—aclara a Patri—, Ramón es difícil de controlar. Cachano es...—continúa—profesor en el colegio de la hija de Patricia. Ella me puso sobre aviso.

—¡Sí!—vuelve a aplaudir frenético—¡Me cago en su puta madre! —rodea a Gonzalo por detrás y le suelta un par de palmaditas en el hombro.

—No me toques. — protesta este.

La reacción de Gonzalo no parece perturbar a Ramón en absoluto, que pega saltitos, baila una melodía secreta que solo suena en su cerebro.

Está eufórico.

Patricia coge su bolso y se dirige a la salida, cuando llega a la puerta se gira.

—Amaia, ¿vienes?

Amaia se levanta.

—Yo me quedo, Patri.

NO SOY UN PUTO ROJO

—¡Ramón! ¡Teléfono!

Bajo los escalones crujientes hasta el mostrador. Mi hermana sostiene el auricular.

—¡Te he dicho mil veces que no des el teléfono de la pensión a tus amiguitos del mercado que luego me lo ocupáis para tonterías!

—¿Y dónde me llaman, entonces? —la suelto un beso en la mejilla y un azotillo cariñoso en el culo cuando me pasa el instrumento, me dedica una peineta de espaldas y se pierde por el pasillo hacia la cocina. Pregunto.—
¿Dígame?

—Ramón, soy Camilo. ¿Te vas a pasar?

—¿A pasar? ¿Por dónde...?

—Por el mercado...

—¿Por el mercado? ¿A la manifestación, dices?

—...Sí...

—¡Qué va! Ya te lo dije, a mí no me va ese rollo. Una cosa es cerrar el puesto por solidaridad con un compañero y otra bien distinta, ir a provocar por las calles como si fuera un rojo. ¡A mí no me esperéis en una de esas!

Camilo guarda unos segundos de silencio.

—Ramón...hemos tenido problemas. Necesito que vengas.

—¿Problemas? ¿Qué estás diciendo?

—La policía se ha presentado en la galería. Han venido a buscarme a casa, pero a ti dicen que no te localizan, que no abren la puerta en tu piso...

—Claro, es que no estoy en casa. He venido a la pensión a ayudar a mi hermana el fin de semana.

—Me lo he imaginado, por eso te llamo.

Detecto un tono de preocupación en Camilo.

—¿Qué pasa, tío?

—Estamos en la comisaría de Fuencarral pueblo, nos han detenido. Dicen que nos soltarán si cada uno de nosotros conseguimos que se persone

uno más.

—¿Qué? ¿Quieres que vaya hasta allí? ¡Estoy en el puto centro!

—Ramón, por favor, nos harán pasar la noche en el calabozo. Está conmigo Pedro, el tío de Marisa, él me ha aconsejado que te llame, dice que será un mero trámite, que vienes, firmas y nos podemos ir.

—Joder, tío...

—Pasaré aquí la noche si no me ayudas y Marisa está sola con el crío, ¡y la barriga a punto de echar al otro!, ¡ya lo sabes!, en cualquier momento se pone de parto...

Pienso en muchas cosas, todas de manera muy rápida, opciones en forma de flashes que hacen que me ponga nervioso. Las manos me sudan. ¡Joder, tengo que ayudarle! ¡Es cierto lo de Marisa! Joder...bueno, si su primo ha dicho que solo quieren mi firma...Mira que les advertí que no teníamos que cerrar, que eso era de comunistas...

—Ramón...

—Estoy allí en media hora.

Bajo las escaleras que me llevan hasta el portal de la comisaría, no soy supersticioso, pero la circunstancia de tener que descender me produce cierta sensación de angustia. Empujo la puerta, Pedro corre hacia mí. Intenta aparentar tranquilidad, pero está claro que algo le turba, a mi mente regresa lo anunciado «*será un mero trámite*».

—¡Ramón! ¡Ramón, ya creía que no venías!

—Me ha costado encontrar aparcamiento.

Me agarra del codo, tiene prisa porque haga lo que tengo que hacer. No sé...le noto muy nervioso. Me dejo llevar hasta el mostrador. Él toma la palabra.

—Este es Ramón Siges, llamado por Camilo Muñoz, de la galería 12.

Le observo. La voz le tiembla, casi tartamudea.

—Saque su documento. —me indica el agente sin ni siquiera mirarme.

Se lo doy. Rellena una ficha con los datos, toma un taco con más documentos atados con una goma y desata la goma, pone el mío encima del todo y vuelve a atarlos.

—¡Benito! ¡A calabozos!

—¿Calabozos?, ¿cómo que «a calabozos»? —Increpo a Pedro—
¡Me dijisteis que era un mero trámite! ¿Por qué me encierran a mí?

Pedro me da pequeños toquecitos en los brazos que he empezado a agitar para evitar que el tal Benito no me mueva de donde estoy.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo, Ramón! ¡Es un trámite, te lo juro! ¡No opongas resistencia! ¡Ve a calabozos y espérame allí con todos! ¡Lo aclaro en un momento!

Me quedo quieto. No porque le crea, tampoco es que no le crea, me quedo quieto porque nunca he cuestionado la autoridad de un policía, ni la autoridad de un régimen.

Forma parte de mis principios no cuestionar el poder, el poder existe por algo, es lo que mantiene una nación, es lo que da sentido a un pueblo. Si colaboras vives tranquilo. Es lo que he mamado.

Me dejo conducir hasta lo que llaman calabozos que es en realidad una celda de apenas tres metros cuadrados. Veo a mis compañeros.

—¡Ramón! —Camilo se encarama a los barrotes.

Le miro con ganas de partirle la cara, me meten con ellos. Me abraza. Juro que le mataba aquí mismo, pero opto por convencerme de que no es su culpa, también intento convencerme de que en unas horas todo habrá terminado y estaré de nuevo detrás del mostrador de la pensión, percibiendo el olorcillo a cordero asado con el que mamá obsequia a sus huéspedes los fines de semana. Me cuentan cosas de forma alborotada, detalles de lo ocurrido, que si hay un esquirolo o un topo, que si nos han entregado como moscas, ¡maldita sea, esto no tienes sentido! Busco un sitio en el banco de cemento y me siento. No les escucho, solo me concentro en el pasillo, pronto nos dirán que nos vamos a casa.

Ahí viene Pedro acompañado de un policía. Me levanto. Camilo ya ha vuelto a pegar su cara a los barrotes, le imito. El poli se aparta para dejar a Pedro a solas con nosotros, por fin levanta la mirada, tiene los ojos acuosos, algo no va como esperaba.

—Chicos...os vais para Sol...

—¿Qué?—grita Camilo—¿Por qué? ¡No hemos hecho nada!

Cierro los párpados, esto me lo temía.

—El inspector de Abastos que acuchillaron ha fallecido esta madrugada.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?—Camilo está

desesperado.

—La huelga la habéis hecho en solidaridad con el carnicero de San Enrique...

—¡Porque es un compañero! ¡Y porque no sabíamos que el hombre este fuera a palmarla, joder!

—Han reinterpretado vuestra acción como apoyo y complicidad en el asesinato de un funcionario.

—¿Qué coño? —Camilo golpea el hierro de la jaula, un policía le ordena silencio—¿Qué les has dicho?

—Yo no puedo hacer nada, Camilo. Soy solo un mandado, como ellos...

—¡Eres policía, puñeta! ¿Para qué te he llamado?

—Lo siento, Camilo, de verdad que lo siento. Si el tema no hubiera trascendido, lo tenía todo hablado con el sargento, pero la orden viene de la central.

—¿Qué nos van a hacer?

—De momento os llevan para la Dirección General y luego supongo que os juzgarán.

—¿Que nos juzgarán? ¿Quiénes?

—Juicio militar...lo bueno es que será rápido.

—¡Joder! ¡Joder!

Y me mira a mí como no comprendiendo mi silencio y lo único que intento es no mancharme las manos con su sangre, porque un odio intenso me revuelve y transforma en el asesino que todavía no he sido. Vuelvo a sentarme en el banco a esperar.

Bajan dos policías más y abren la celda. Pedro, que vencido por la desolación había perdido la noción del momento, da un respingo y se pone firme, tal vez ha creído que comenzaba su turno y que vestía el uniforme del régimen. Contempla, con la espalda refirmada en la pared, cómo nos van haciendo salir.

—¡Por favor, compañeros, son comerciantes, buena gente! —insiste a sus conocidos del cuerpo.

Llegamos hasta una puerta de metal, fría y con rendijas a modo de respiradero, la abren y vemos la calle, también el furgón que nos espera, nos suben sin problema, somos mansos, no estamos adiestrados en la resistencia, ni siquiera en el ejercicio de hacer preguntas.

Nos sentamos unos enfrente de otros, ahora puedo contarnos, somos siete hombres jóvenes son los muslos apretados, enfrente de otros siete. No nos miramos a la cara.

Estamos avergonzados de haber provocado esta situación, que nos detengan, nos encarcelen, nosotros que solo nos hemos preocupado hasta hoy de levantarnos a las seis y media de la mañana y abrir nuestro puesto.

Yo, en concreto, estoy furioso. Nunca debí unirme a la huelga y nunca debí creer al cabrón de Camilo, su cara sigue interrogándome por mi silencio sepulcral y juro que cada vez me cuesta más no molerle a palos. El traslado es largo, cuesta escuchar hasta las respiraciones.

En la cabina de conducción, los dos agentes permanecen también callados, yo diría que también sienten cierta vergüenza, o tristeza o culpa... no sabría acertar con el término, pero para ellos tampoco se trata de una intervención usual.

Accedemos a la calle Correos y esperamos a que el furgón de delante descargue a sus detenidos. Luego arranca y nosotros ocupamos su lugar. Desciendo el primero. Me abren la puerta y veo cómo un grupo de policías rompe lo que parecía una formación con la que habían recibido a la carga anterior, una especie de pasillo, van ocupando las mesas situadas a los lados y depositando sus porras, algunos tienen el flequillo alborotado y se ríen, «¡Menuda tunda!» «¡Este último casi no lo cuenta!».

Percibo el aroma de la violencia, porque la violencia desprende un olor característico, la confluencia de segregaciones hormonales que tienen que ver con la adrenalina, dopamina, y también endorfina. No soy médico, ni siquiera estudiante, pero me gusta leer sobre estos temas, devoro los tratados científicos de Josef Mengele, me fascinan sus estudios.

Puedo apostar que a pesar de no haber presenciado nada, hace unos segundos aquí se ha dado una gran paliza colectiva. Los polis están eufóricos, casi me siento contagiado.

A nosotros nos tratan bien, nos guían de la manera más aséptica posible hasta la planta baja. Nos dicen que esperemos de pie, que nos irán llamando por orden alfabético.

Como mi apellido comienza por “S”, presencio el procedimiento de identificación y encarcelamiento de todos mis compañeros y por fin me nombran. Toman mis datos y me hacen vaciar los bolsillos, cuando saco el fajó de billetes que acostumbro a llevar encima, el oficial se sorprende.

—¡Coño! ¡Cómo funcionáis los tenderos!

Acto seguido se lo guarda.

—Con todos mis respetos, señor agente, pero ese dinero no es suyo.
—le señalo.

—¿Cómo dice? En primer lugar, no soy un agente, soy un cabo mayor —me indica la insignia— y en segundo, los billetes están ahora dentro del bolsillo del uniforme de la Policía Nacional (da dos golpecitos sobre él), así que son parte del Estado Español.

Las llamas siguen airando la hoguera de rabia y estupor que hacen de mí ese demonio con el que me identifico a veces. Doy un golpe en la mesa. Pego mi cara a la suya.

—Espero que cuando el mariquita de turno le meta la polla por ese culo de cabo que tiene, se acuerde del pescadero que le ha pagado la fiesta.

Se abalanzan sobre mí. Me tiran al suelo y comienzan a patearme.

—¿Qué pasa aquí?!

Es una voz nueva. Paro los golpes. Se cuadran para contestar.

—Uno de los artistas, mi señor, va de listo.—Responde el cabo.

Me cuesta reaccionar, la boca me sangra.

—Meterlo con sus amiguitos y dejar de perder el tiempo.

Me levantan, a empujones me llevan hasta las celdas, pero no me meten con mis compañeros del mercado. En la jaula nueva hay gente maquillada, tíos con pelucas, monstruos travestidos a los que más de una vez he ido a ver actuar en el Ja'i.

Me paro en seco, me resisto a entrar.

—No me encerréis aquí. ¿Por qué me encerráis aquí?! ¡No soy uno de ellos!

Me dan un golpe con la culata del rifle y consiguen meterme dentro y cerrar. Desde el suelo veo borroso, vuelvo a gritar.

—¡Soy un comerciante! ¡Llebadme a la otra celda! ¡A la otra celda!

Intento enfocar, la figura de uno de los policías permanece estática. Es el cabo. Se ríe.

—¡La has jodido, pescadero! No creo que de aquí salgas tan derecho como entraste...

—Hijo de puta...no me durabas dos patadas en la calle, maricón...
—le amenazo con los ojos inyectados en sangre, y no le miento, he pateado a más de uno por menos motivos.

Vuelve a reír, se carcajea. Saca mi fajo de billetes y hace que lo cuenta. Se lo guarda de nuevo y desaparece despacio, su risa se escucha hasta que abandona los calabozos. Una mano con las uñas pintadas me ofrece apoyo para levantarme.

—Vamos, corazón. Haz por levantarte, besarás mucho el suelo en lo que te queda de tiempo aquí.

Acepto la ayuda, me impulsa hasta recuperar la verticalidad.

—Soy Ava, artista de la noche o lo que estos llaman “escoria humana”. Te han encerrado en la antesala de lo peor.

»Aquí tendrás de todo: sed, hambre, impotencia y una *jartá* de hostias. Pero somos buena gente, eso sí, cambia tu vocabulario, lo de “maricón” aquí no te servirá para hacer amigos.

Asiento con la cabeza mientras me enjuago la sangre de la comisura con la manga de la camisa. A unos metros puedo ver cómo llevan bandejas con comida a la celda de los comerciantes. A la nuestra no llega nada. Y solo es el comienzo de lo que me espera.

Me he quedado dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Ava, hasta se me ha caído un hilillo de baba y todo. Me menea.

—¡Pesca! ¡Pesca, despierta! Esto no te va a gustar un pelo...

Me despierto confundido, durante unos segundos no sé dónde estoy, pero solo son segundos. Miro hacia donde me señala mi compañera, la celda de los comerciantes, donde yo debería estar.

—Tus amiguitos se van. Ha venido un coronel y ha firmado el papelito de la gloria.

Los veo abrazarse, dar palmadas. Me acerco a los barrotes, grito.

—¡Eh! ¡Eeeeeeh! ¡Abridme! ¡Soy uno de ellos!—de puntillas distingo a Camilo—¡Camilo! ¡Camilo! ¡Estoy aquí, soy Ramón! ¡Camilo!

Me escucha, viene hacia mí, menos mal.

—¡Ramón! ¡Pero dónde te habías metido? ¡Nos vamos a casa! ¡Sin juicio ni nada!

—Lo sé, lo sé...Anda, avisa de que faltó yo, que me saquen de aquí, me cago en la puta...

Camina de vuelta hacia su celda en la que ya no queda nadie, se inclina sobre la mesa de identificaciones y le comenta algo al oficial que levanta la vista hacia donde yo estoy. Muevo los brazos. El oficial revisa sus

papeles, le dice algo a Camilo al tiempo que niega con la cabeza.

No puede ser. Vuelvo a gritar.

—¡Que estoy aquí, joder! ¡Que estoy aquí! ¡Sacadme!

Uno de los policías regresa a por Camilo y se lo lleva a pequeños empujones. Me mira con los ojos abiertos como platos, levanta las dos manos para calmar al agente.

Lo sacan. Sigo gritando.

—¡Noooooo! ¡Estoy aquí! ¡Sacadme!

El oficial de las identificaciones se levanta y camina hacia mi celda. El corazón se me va a salir del cuerpo, a estruendos desde el pecho o a punzadas desde la garganta. Ya le tengo delante. Me mira fijo.

—Sáquenme...No soy uno de ellos —señalo a mis compañeros de celda.

El oficial ríe, mueve la cabeza de un lado al otro, desenfunda su porra y me la clava en el vientre, me dobla.

Una sala más, como la de ayer, como la de esta mañana, como la de hace un rato. Con azulejos blancos llenos de mierda y marcas de manos que han intentado agarrarse a algo, pero que no han encontrado más que otra superficie resbaladiza sobre la que dejar arrastrar su condición nefasta de hombre o de mujer.

Me sitúan contra una de las paredes, de pie, de espaldas a ellos, me arrancan el fardo, me estudio el cuerpo, lo que no está amoratado, sangra, y lo que queda entre medias presenta erupciones en relieves rojizos, a causa del esparto. Instintivamente me cubro mis partes con las manos como hacíamos de niños jugando al fútbol en los descampados ante el que lanzaba la falta. Cierro los ojos y espero estoicamente lo que sea que viene ahora.

Escucho algo que se roza contra el suelo, escucho un «clic», identifico el sonido de un líquido conduciéndose cada vez con más presión por el interior de los tubos del interior de las paredes. ¿Qué vendrá? Intento seguir respirando. Otro «clic», ahora un zumbido, se atasca, vuelve. Siento el latigazo en la columna vertebral, casi me postra, está muy fría, ¡es agua!, ¡agua, maldita sea! Estiro los brazos en cruz y caigo arrodillado, la herida pustulosa que envuelve cada una de mis rótulas no me permite aguantar y me extendiendo boca abajo en el charco que se ha formado en el suelo y disfrutar del

frescor, ¿disfrutar?

Se acercan más, no bajan la presión, el agua va levantándose parte de la piel, pero me río como un loco, muevo los brazos abiertos de arriba a abajo, como un ángel de la nieve que lame el suelo. ¡Ja, ja, ja! no puedo parar de reír, tanto, que los policías se contagian.

—¡Date la vuelta! ¡Bocarrriba! —ordenan entre risas.

Obedezco. Les veo las caras. Son muy jóvenes, no les había visto antes. Seguimos riendo. Terminan de pelarme con la presión del agua y me dejan tirado unos minutos, solo. Luego traen una toalla y una bolsa.

—¡Tu ropa!

Me levanto despacio, paseando la mirada por cada rincón de la sala, desconfiado. Cojeo hasta aquellas vestimentas que ya no reconozco y comienzo a vestirme. ¿Se ha acabado? ¿He sobrevivido? ¿Qué debo sentir ahora? Ya no lo sé.

Me sacan al pasillo y me conducen hasta una nueva puerta, da a la calle. La luz del sol me incomoda, guiño los ojos e intento cubrirlos con mis manos esposadas. Me meten en un furgón. Estoy solo. Pasan los minutos. Nada ocurre. ¿Dios mío, y si no ha acabado?

Se escuchan voces fuera. Vuelvo a tener miedo, mucho, la angustia aprieta mi cuello y me cuesta tragar. Las voces están y encima. Abren las puertas traseras, alguien va a subir.

Intento ponerme a salvo, pero mis piernas no responden y tengo que arrastrarme, lo hago hasta el otro extremo del vehículo. Van entrando, son muchos, o al menos me lo parecen, me pego a la chapa, tiemblo. Me doy cuenta de que no quieren llegar hasta mí. Se sientan en los laterales, algunas expresiones son como la mía, les doy miedo, pero otras reflejan repugnancia, soy una especie de insecto magullado. Decido hablarles.

—¿Qué día es?, ¿en qué mes estamos?

No quieren contestar, no quieren hablarme. Lloro desesperado. Una mano se posa en mi pierna, uno de ellos se ha arrodillado junto a mí.

—Soy Charly. Hoy es 14 de febrero de 1971, parece que has tenido regalo por el Día de los Enamorados... Tranquilo, nos llevan a Carabanchel.

MARCADA

Tiene la manita cobijada entre las suyas, mientras en aquella sala de espera de hospital, el personal pasa delante de ellas como si no fueran importantes. La prima de Pilar es psiquiatra infantil y ha aceptado verlas lo antes posible. Mira constantemente el reloj porque no confía en Gerardo, lo mismo ni se presenta. La puerta de la consulta se abre y una enfermera les dice que pasen. Patricia se levanta y tira suavemente del brazo de Nica que con la cabeza agachada acosa el movimiento de una pelusa alojada en el rodapié de la pared de enfrente. Le lleva unos segundos hacerse con la obediencia de su hija, ya que la atención no la consigue puesto que acaba por seguirla sin quitarle ojo a la pelusa.

Ya en el interior de la sala, la prima de Pilar se levanta de su sillón con una sonrisa más propia del encuentro en un bar que del que en realidad se está dando. La puerta está cerrada, pero la cabeza de Nica y su mirada siguen enganchadas a la ausencia de la pelusa.

—¡Patricia! ¡Encantada de conocerte! ¡Ya tenía yo ganas, lo que habla Pilar de ti!

—Espero que bien...

Se saludan con el ritual de los dos besos e inmediatamente la prima de Pilar agarra la barbilla de Nica con su mano y la fuerza hasta situarla frente a sí. Nica agacha la cabeza, la prima vuelve a enderezarle la barbilla.

—Mírame a los ojos, corazón. Supongo que tú eres Nica.

—Ella nunca mira a los ojos. — la disculpa Patricia.

—Querrás decir, mami, hasta ahora, porque lo primero que va a aprender hoy conmigo es a mirar a los ojos cuando la hablan...

Patricia se siente incómoda, recibe la lección como una especie de reproche, pero confía en el diploma que la prima de Pilar tiene colgado en la pared, «*Dña. Elena Sánchez Cosía...Psiquiatría Clínica*».

—Pilar me dijo que eras psiquiatra infantil...

—En los hospitales españoles no hay unidad de Psicología, la Psiquiatría lo engloba todo...

No la convence la respuesta, pero no ha venido a discutir la titulación de Doña Elena, tampoco la convence la fuerza que puede notar, está ejerciendo sobre el mentón de Nica, sus manos arrugadas y con manchas delatadoras de la cincuentena, las uñas afiladas y fucsias clavándose en su piel.

—Nica, amor,—interviene—¿nos sentamos a hablar con la doctora un ratito?

Doña Elena entiende la salida de Patricia y libera el mentón de Nica, cuando lo hace, Patricia puede distinguir con facilidad un par de marcas. Rodea su mesa y toma asiento.

Patricia guía a Nica que sigue mirando al suelo, hasta una de las sillas y cuando comprueba que se sienta, ella hace lo mismo.

—Bien...

La doctora es interrumpida por la enfermera que da dos toques breves y asoma la cabeza por la puerta.

—Disculpe, doctora, el padre de la niña ha llegado.

Mira a Patricia entre asombrada y ofendida por la impuntualidad del aparecido.

—Su esposo...

—No. Nos estamos separando.

La doctora hace evidente su incomodidad, se mueve en su asiento y se toca instintivamente su alianza matrimonial. El semblante era ya a estas alturas, bien distinto al que luciera cuando la recibió en su consulta, *esto me pasa por recibir casos de parte de Pilar, siempre se me olvida el partido para el que trabaja.*

—Que pase.

Gerardo hace su entrada habitual con su despiste y exagerada alegría salpicando los alrededores.

—Siéntese junto a su esposa, —recalca la doctora—la niña que pase a la alfombra, tiene juguetitos...así podrá jugar mientras nosotros hablamos.

Gerardo se come a besos y a abrazos a su hija y se toma su tiempo para bajarla de la silla y sentarla en la alfombra, le acerca la caja de juguetes y luego besa a Patricia en la mejilla y planta su trasero en la silla libre. Cuando la doctora va a retomar la conversación, vuelve a interrumpirla.

—Uy, perdón...No me he presentado. —Se levanta con el culo en

pompa y la mano derecha en posición de saludo (típico en Gerardo lo de interrumpir, piensa Patricia)—Soy Gerardo Melchor, el papá de Nica.

Doña Elena estrecha su mano sin mucho afán.

—¿Continuamos?—propone.

—Por favor...

—Patricia, cuéntame por favor, qué comportamientos extraños has visto en Nica.

—Bueno, es una niña encantadora, siempre sonriente...pero últimamente está cambiando. Se angustia con facilidad, llora, hay cosas que no tolera...

—Como ¿qué?

—Las arrugas en la ropa, el roce de las costuras...me han llamado del colegio para comunicarme que no avanza, que es incapaz de aprender a leer, a escribir, las matemáticas...

Patricia siente el peso de la mirada de Gerardo.

—No me habías comentado nada de esto —le reprocha— ¡Eso es normal! ¡Cada crío va a su ritmo!

—Gerardo, Nica tiene siete años y prácticamente no habla.

—¡Que no habla! ¡Como que no habla! No es una cotorra como otras niñas de su edad, pero mira, ¡yo eso lo agradezco!

Ambos se enganchan en una pelea propia de su antigua convivencia y consiguen olvidarse del motivo real que les ha conducido hasta aquella sala, Nica, que sentada en la alfombra ha ido sacando uno a uno los juguetes del cajón de plástico y colocándolos en una perfecta fila alineada.

—¿Han terminado?—Interrumpe la doctora señalándoles hacia la creación de su hija.

Se quedan en silencio al contemplar todos aquellos juguetes puestos en formación.

—¿Has visto? Eso tampoco es normal.—Señala Patricia a su ex-compañero.

—No, no lo es. —Confirma la doctora.—Su hija parece un claro ejemplo de lo que en mi campo venimos a llamar «Psicopatía Autista».

—¿«Psicopatía»? —se alarma Gerardo—¿Está diciendo que mi hija es una psicópata?

—En parte sí...bueno, sí, así es como lo consideramos en medicina psiquiátrica, es una patología, un trastorno de la mente...

—No lo entiendo. —Vuelve a interrumpir Gerardo— He oído hablar de niños autistas, ¿cómo los llaman...? ¡Niños mueble! ¡Pero mi hija no es así! ¡Eso son niños que no se relacionan con nadie y lo único que hacen es balancearse, ni siquiera puedes tocarlos!

La doctora endurece su expresión.

—Eso depende de la evolución de la enfermedad. A veces, evolucionan hacia el mutismo y la incapacidad social completa y a veces se curan, si se coge a tiempo, como puede ser el caso de Nica. Podríamos presenciar la completa superación de la enfermedad en no más de diez años, o quizás antes, en la pubertad.

—Tiene cura, entonces...

—Puede tenerla. Esta psicopatía es nueva para nosotros.—aclara la doctora.

—En la última reunión que tuve en el colegio, su profesor me dijo que mi hija suponía un riesgo para el resto de sus compañeros...—Patricia logra hablar.

—Y probablemente no se equivoque. Recomendamos la internación en un centro especializado en trastornos mentales.

—¿Cómo dice? ¿Quiere meter a mi hija en un manicomio?

Patricia abraza la mano de Gerardo con la suya, pidiéndole calma, y retoma ella la conversación.

—¿Tiene que dejar el colegio?

—Así es.

—Solo tiene siete años, ¿existen centros especializados que internen a niños tan pequeños?—pregunta alarmada.

—Ese es uno de los problemas a los que nos enfrentamos ahora mismo, no tenemos dónde recluirlos, los centros están hasta arriba. De momento, comenzará con el tratamiento y terapia, en sesiones quincenales.

»Firmaré un parte psiquiátrico en el que diagnostico una psicopatía y el hecho se comunicará a las instancias educativas. Su hija debe iniciar un tratamiento y sobre todo, ser apartada lo antes posible del resto de niños normales.

»Pónganse en el lugar de los padres de los otros niños, mi labor como médico es ayudar a Nica, pero también proteger a los demás, de eso se trata el juramento de salud que hice en mi licenciatura, señores.

La frialdad con la que procede a garabatear entre sus papeles, deja a

la pareja sin capacidad de reacción, los dos abren mucho los ojos, fijos en un punto impreciso de la mesa de despacho, de las manos de la doctora.

—La enfermedad, —pregunta tímida Patricia— ¿tiene alguna causa? No sé... ¿se podría haber evitado?

La doctora asiente varias veces sin levantar la visión del formulario que rellena.

—La corriente del psicoanálisis, que hasta la fecha es la que más avances ha logrado en el conocimiento de la enfermedad, sostiene que el niño nace normal, pero que al percibir a su alrededor un entorno en cierto modo, agresivo para él, reacciona metiéndose en su interior, aumentando su introversión e involucionando en sus relaciones sociales.

»Para que me entiendan, el niño deja de confiar en sus seres más allegados, generalmente una madre fría o centrada en sus propios intereses más que en el afecto hacia su hijo, el término es «madre nevera». En consecuencia, el niño construye una especie de fortaleza.

»El tratamiento que emplearemos con su hija consistirá en destruir esta fortaleza, como cuando un ejército derriba atalayas.

—Está usted insinuando que somos nosotros los causantes de la enfermedad de Nica...—señala Patricia

—No lo insinúo. El Psicoanálisis así lo afirma.

—¿Y usted lo comparte?

—Yo solo sé que soy madre de seis hijos sanos y normales, que me casé para toda la vida con quien sigue siendo mi esposo y que desde hace apenas un año, recibo en consulta casos como el de ustedes, padres que presumen prepotentes, de que ya no son un matrimonio, que están en proceso de separación, o que se han divorciado incluso, y me traen a sus hijos con trastornos mentales que esperen que curemos con una barita mágica. Nos exigen la sanación mientras ponen caras sarcásticas cuando les decimos que no sabemos cómo hacerlo, como si la responsabilidad fuera nuestra, y yo les digo ustedes, ¿han pensado alguna vez que la culpa sea suya?

Patricia aprieta todavía más la mano de Gerardo logrando que este no estalle y una vez más es ella la que intenta solventar la situación, tragándose su indignación porque no sabe cómo ayudar a Nica, pero también, porque duda acerca de todo.

—Doctora, ¿cuándo empezamos con el tratamiento?

—Con esto que les firmo van ustedes al mostrador de la entrada y

allí les darán día, hora y centro.

—Gracias.

—Cierren al salir.

Delante del café solo que han pedido en la cafetería del hospital, son incapaces de asimilar lo que acaba de ocurrir. Patricia intenta un juego perverso de situaciones, imaginándose no haber hablado nunca con Pilar, que nunca le hubiera dicho que su prima es psiquiatra infantil, que nunca la hubiera llamado delante de ella, comentado el caso, pedido una cita. Era el juego perverso al que recurría para auto culparse de todos los episodios que en su vida culminaban en complicación o tragedia, porque era una mujer insegura a pesar de calzarse a diario la obstinación por cumplir sus sueños, ¿qué acababa de hacer con los sueños de Nica?

Gerardo solo guardaba silencio. No pensaba. Observaba a Nica que no le quitaba ojo de encima a la cucharilla tumbada en convexo.

—Siempre tienes que complicar las cosas. —Pronuncia absorto.

—¿Qué?

—¡Que no puedes dar por hecho nada! ¡Dejarlo estar, coño! ¿Por qué te crees que lo nuestro no ha funcionado?

—¿Porque me la pegaste con tu amiguita de Barcelona?

Los ojos de Gerardo no son ya los amables ojos del hombre grande y despreocupado, están rebosantes de reproche.

—¡La niña es normal! ¡Ahora no podrá ir más al colegio! ¡Y todo porque la señorita “Doña Lucha” necesitaba un frente nuevo! ¡Una condecoración para su espíritu anarquista!

—No soy anarquista.

—¡No! ¡OTAN-NO, bases fuera!—se burla agitando los brazos.

—¡No soy anarquista, puto ignorante!

El grito hace que todos los presentes en la cafetería les miren asustados, con vergüenza. Patricia se levanta y coge su bolso.

—¡Vámonos, mi amor!—agarra el bracito de Nica, que no colabora, sigue fascinada por la cucharilla—...Amor...

Tira de ella con fuerza y la resistencia de Nica hace que la manita caiga propulsada en la mesa y envíe el objeto al suelo, acompañado de un sonoro e incómodo tintineo. Nica se cubre inmediatamente las orejas con los puños cerrados y grita, alto, muy alto. Gerardo salta de su silla y pone sus

manos enormes encima de los puñitos de su hija para ayudarle a atemperar el ruido ambiente del establecimiento que ha dejado de ser soportable para ella. Sigue gritando.

—¡Tranquila! ¡Nica, tranquila!—la coge en brazos—¡Vámonos!—ordena a Patricia.

Y abandonan el local como tres fugitivos asediados por el caos y el nerviosismo.

Nica ha pedido visitar su clase por última vez, al menos esperaba que la idea de no volver al colegio supusiera cierta alegría para ella, pero está triste. Le ha preguntado si no podrá aprender más, si no podrá ser veterinaria. Y ella le ha mentado. Le ha contestado que estudiará en otro colegio y que claro que podrá ser veterinaria, pero ahora la observa caminar por delante de ella y se pregunta cuál será su futuro.

Regresa al juego perverso del subjuntivo y se plantea que hubiera sido de su hija si no hubiera conocido a Cachano, como años antes lo conociera ella, si nadie le hubiera hecho sentir diferente, si no hubieran hecho saltar las alarmas, si hubiera seguido sin acudir a las llamadas del director, si hubiera, si no hubiera...

—¡Nica, Patética!

Grita un niño de la misma edad que Nica que corre por el patio jugando con otros críos. Patricia tira el bolso al suelo y sale detrás de él. Lo alcanza, lo agarra del jersey y lo arrincona contra la fachada de la entrada. El rostro del niño está desencajado.

—¡Suélteme!

Retuerce con rabia el cuello de la prenda hasta que siente la presencia de su pequeña a su lado, su manita posada en su hombro.

—Mamá, ¿qué haces?

Libera al pequeño que huye asustado, sin dejar de vigilar sus espaldas.

Patricia se queda a cuatro patas, llorando, con la cabeza agachada, incapaz de afrontar la mirada de Nica que se coloca delante y la acaricia el cabello con la mirada en el infinito, de nuevo de viaje por alguno de sus mundos internos, el pelo de su mamá es ahora el de un gatito, gatito bonito,

tranquilo, tranquilo...

El conserje le trae su bolso y la ayuda a levantarse.

—No se preocupe por lo que acaba de pasar. ¡Hay niños que son como el mismísimo demonio! Nadie ha visto nada.

Se recompone y agarra a Nica. Tiene los ojos enrojecidos y húmedos.

—Nica quiere ver su clase por última vez y he pensado que hacerlo durante el recreo evitaría el encuentro con los otros niños, pero no he pensado que estarían en el patio...últimamente no pienso con claridad.

—Tranquila, no ha sido tan mala idea. Yo les acompaño.

Nica vuelve a ir delante, quiere demostrarle a su madre que el colegio es su territorio, que lo domina. Suben las escaleras. Los intentos de convencerla para que lleve el pelo suelto y así disimular la pequeña calva que fruto del estrés, empieza a despuntarle en la nuca, no han servido de nada, es rígida en sus rutinas y al cole va con el pelo recogido. Así que aquella región estéril hipnotiza a Patricia hasta que llegan al aula.

—Les cierro para que tengan intimidad. Tienen diez minutos, luego les acompañaré por la parte de atrás y así esquivarán las filas de vuelta.

—Gracias.

Escucha la puerta cerrándose a sus espaldas mientras sigue los movimientos de Nica que camina despacio hacia el que debe ser su sitio, el primero del extremo izquierdo del aula, adosado a la pared. Se sienta y mira al encerado. Allí está esa maldita raya con la que Don Emilio la separó de sus compañeros, la frontera que la convirtió en un ser distinto, un monstruo incomprensible para el resto de los niños, un blanco para el rechazo y el exilio, como años antes hiciera con ella cuando se hacía llamar Cachano, ¿se puede estar más maldita?

Nica se gira hacia su madre con una sonrisa, ¡qué Dios bendiga a los niños y a lo bien que cicatrizan!, pero al descubrir sus lágrimas, se levanta y corre hacia ella, preocupada.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No llores!

Pero se derrumba otra vez. Se sienta en la silla más cercana y llora sin poder parar, de manera escandalosa, como cuando era una niña, como antes de morir, como antes de que la mataran y fingiera continuar en este mundo.

Como antes de que le arrebataran a su primer amor, el profesor que

engendró en ella un espíritu de lucha y un hijo asesinados. Recuerdos que la hacen percibir su vida como una pantomima, un regreso de ultratumba a un mundo en el que solo fracasa.

—Señora, señora, ya deben marcharse, el recreo ha terminado y están formando las filas, subirán en cinco minutos. —Avisa el conserje.

Las conduce hacia las escaleras de emergencias y las dos aceleran la marcha como si tuvieran que huir de algo, como proscritas de un día normal que las rechaza por no ser como dicta: alguien dibujó una raya en la pizarra y Nica se quedó al otro lado, *¿por qué coño nos escondemos? No lo sé...pero que no nos encuentren.*

Antes de que la esclusa las haga inexistentes, Patricia se gira hacia el aula y vuelve a ver al humano que disfraza su naturaleza diabólica esperando paciente a que sus alumnos entren confiados y felices en su clase, porque se les ve así, confiados, felices, niños...

Distingue al que arrinconó en el patio, entra dando brincos, parece que ha olvidado el altercado de hace un momento, ¡qué Dios bendiga a los niños y lo bien que cicatrizan! Pero, ¿qué les estará enseñando Cachano si él no es un hombre?, ¿qué ejército crea cuando cierra las puertas del aula?, ¿el relevo de los que le reían las torturas detrás de las puertas? Las fronteras, las rayas, los marcados.

Ya en el coche, abre la puerta trasera para que suba Nica y pasea la mirada por el aparcamiento, aprovecha para respirar hondo. Le llama la atención un coche con el motor en marcha, parado en paralelo a la valla del recinto. Dentro hay dos ocupantes, un hombre y una mujer, el hombre está sentado en el asiento del copiloto, y la mujer expulsa el humo de su cigarro por la ventanilla del conductor, hablan, pero ella no aparta la vista del frente, en cierto modo, le ignora.

—Nica, espera dentro, voy a ver una cosa.

Se encamina hacia ellos. Cuando está segura, corre.

El hombre la descubre y avisa a la conductora que la mira sorprendida, no sabe qué hacer, dudan y el hombre dice algo, ella obedece. Tira el cigarro y sube la ventanilla lo más rápido que puede. Arranca y desaparecen.

—¡Amaia! ¡Amaia!

Amaia se hospeda en el Villamagna y hasta allí conduce veloz su Rolls-Royce por el Paseo de la Castellana, sin abrir la boca. Gonzalo tampoco es capaz de decir nada, «*les han mordido*», como dirían en sus misiones estudiantiles. Al introducirse en el aparcamiento, piensa en su mala pata, en el primer turno de vigilancia que comparte con Amaia, apenas cruzan dos palabras y se les rompe la magia por una huida, iba a ser difícil enderezar el asunto.

—¿Una copa?

Menos mal, Amaia siempre rompiendo los moldes.

—Ya sabes que a estas horas es un poco pronto para mí, pero te acepto una cerveza.

—¡Los españoles y sus extrañas adicciones!—se burla.

La sigue por el lujoso pasillo del hotel hasta uno de los salones, se sientan en una mesita.

—Gin-tonic y cerveza, por favor. —Solicita al camarero.

Gonzalo está nervioso, intenta secarse el sudor de las palmas de las manos restregándolas disimulado contra sus muslos. Vuelve a sentirse inseguro ante Amaia, como entonces. Nada, o al menos eso, no había cambiado. Contempla cómo se enciende otro cigarro, su melena es ahora más larga, cae por debajo de sus hombros, *un error por su parte, un cuello así jamás debería cubrirse*.

Le mira y rompe en carcajadas.

—¿De qué te ríes?— pregunta algo ofendido, barajando la posibilidad de que fuera él mismo el objeto causante de la diversión.

—¡De ti! ¡Estás idéntico!

—¿Y eso te da risa?—contagiado, le asoma una sonrisita por la esquina del labio superior.

—¡*Gonço, Gonço!* (más risas)

Sigo siendo su cedilla, comprueba.

—¿Dónde te metiste?—se atreve a interrogarla de forma directa. *¡A la mierda los miramientos!*

Ella acepta con naturalidad sus prisas por saber y apaga con cadencia su carcajada.

—Volví a Montpellier.

—Te busqué.

—Lo imagino.—El camarero interrumpe con las bebidas—Me di cuenta de la mierda que era realmente este país y volví al mío—expulsa el humo como si escupiera sobre su exposición—...no era tan difícil de suponer.

—¿Eres médico?—indaga indiscreto.

—¡Nooooooo! (vuelve a reír) Me casé con uno.

—No veo tu alianza...

—¿Me crees capaz de llevarla?

—No, pero apuesto lo que sea a que te casaste por la Iglesia.

—Chico listo, mi españolito.

—Yo...

—No me interesa tu pasado, *Gonço*.

Se queda petrificado y la observa llamar al camarero con una señal, dejar un billete sobre la mesa y levantarse. A penas les ha dado tiempo a dar un par de sorbos a las pociones, pero la imita. La sigue de nuevo hasta el ascensor. Suben tres plantas y continúa detrás de sus pasos hasta la que debe ser su habitación. Una vez dentro, le espera de pie junto a la cama y le tiende los brazos. Él acepta la invitación y acude a su cuello, aparta esos bucles que nunca debieron cubrirlo y lo besa con ansia, con avaricia, lo muerde, *el cuello de Amaia*, ella se lo entrega mientras busca su cintura, desabrocha el pantalón, nota su mano lasciva sobre su miembro erecto. Gonzalo sabe que el temblor heredado del Parkinson paterno está haciendo de las suyas y por eso le cuesta desnudarla. Ella le guía, como lo ha hecho desde el bar del hotel, por los pasillos de su cuerpo, hasta liberarse de su blusa, él, con la torpeza convulsiva de sus manos, intenta quitarse las gafas, pero le frena, vuelve a colocárselas en su sitio y presionando las patillas, va empujando su cuerpo hasta tumbarlo en la cama. Se deja hacer, ahora la tiene delante, entera, hace por verla. Amaia se desprende del sujetador y aquellos pechos pequeños vuelven a llevarle al Simca de la militancia, a la naturaleza infiel de Amaia, a tener que compartirla, «*No me interesa tu pasado*», ¿y qué te doy, entonces?

Repasa su figura y juega a las diferencias, es un amante despechado por la fortuna, por eso cree tener todo el derecho a imaginar a esta mujer pasando por circunstancias que desconoce, un marido, otros amantes, tal vez hijos, se da cuenta de que no lo ha preguntado, ¿está devorando el cuerpo de una madre? Se fija en su vientre, él sí se licenció en Medicina, encuentra alguna estría, la recorre con su pulgar, a ella le gusta la caricia y empuja el

dedo hacia abajo, lo lleva hasta su vulva y se frota contra él. Reconoce las muecas de placer idénticas a las de aquella fase de su vida que al parecer, ya no le interesa.

Escucha sus gemidos, los propios también cuando ambos cuerpos se acomodan. Acaban hechos una bola humana, resbaladiza, jadeante. Ella le ofrece la espalda, así que la examina, no puede evitarlo, es un guiño de la profesión. Descubre más de una cicatriz, demasiadas, de todas las profundidades. Amaia y su cuerpo marcado, dolorido. Esta vez intenta recorrer la más grande con el índice, una cremallera antigua que bordea el perfil de su tronco, estableciendo un pasadizo entre su columna vertebral y el ombligo. Le hace cosquillas y nota que se ríe.

—Ya sabe lo que es eso, ¿no, doctor?

—¿Cómo sabes que soy doctor?

—Naciste hombre...

—¿Te extirparon un riñón?

—No exactamente...primero me lo molieron a golpes y luego tuvieron que sacármelo.

Presiona su cuerpo contra el suyo, en lo que pretende ser un abrazo.

—Perdóname, Amaia.

Ella guarda silencio durante unos segundos, sin duda está exhumando la culpa de Gonzalo para valorar ese perdón.

—Nunca podremos perdonarnos. Por eso volví.

¿QUIÉN ERES?

En la mesa de la nave 27 esperan cuatro Star PK 28, una caja con munición, varias esposas y cinco paquetes de cinta de embalar. Al lado, de pie, Luisa y Charly mantienen una conversación de igual a igual, sin monólogos, los dos parecen controlar la situación de la que hablan. Ramón desciende de un salto la rampita de entrada, en un alarde de juventud, pero no logra hacerse con la atención de ninguno de los contertulios así que se acerca a la mesa hipnotizado por la presencia de las armas y coge una, la empuña con ambas manos, simula que apunta a algo o a alguien y dispara haciendo ruido con la boca.

—¡Bang!

—Recuérdame que este imbécil no vuelva a acercarse a un arma.—

Comenta Luisa a Charly, asegurándose de que el aludido la escucha.

Charly menea la cabeza en un gesto de desesperación, se acerca despacio a Ramón y extiende la palma de su mano reclamándole el revólver.

—Al menos, comprueba que esté descargado. No siempre vas a tener la misma suerte.—Le advierte.

—¿Por qué hay cuatro?—pregunta mientras se la devuelve.

—Porque gracias a la gentileza de Luisa, podremos llevar armas cuatro de nosotros.

—¿Luisa?— mira sorprendido.

La joven sonríe, bordea la mesa, coge otra Star durmiente, la carga, apunta a una de las cadenas que cuelgan de las vigas de hierro a unos diez metros y dispara, esta vez de verdad. El impacto de la bala con el grillete, hace que esta vuele enajenada por la nave buscando un blanco en el que hundir su calibre. Ramón y Charly se tiran al suelo y cubren su cabeza con los brazos, Luisa se queda de pie mientras señala con su dedo índice el punto de la pared donde calcula terminará cobijándose el proyectil. Y acierta. Concluida la exhibición, mira a los dos hombres que siguen a cubierto, a pecho contra el suelo, y ríe.

—También se me da bien el villar a tres bandas.

Gonzalo y Amaia aparecen por la puerta.

—¿Qué ha sido ese ruido?—pregunta Gonzalo.

Charly y Ramón se levantan, el segundo fascinado, el primero claramente confundido *¿cuántos locos he reclutado?*, nadie resuelve su duda y se acercan de nuevo a la mesa. Ramón se coloca junto a Luisa, Gonzalo y Amaia mantienen su imantación y Charly concreta.

—Lo haremos pasado mañana, jueves. Ya sabéis vuestras posiciones, tenéis esta tarde y mañana para ultimar, relajarse, lo que queráis, pero no puede haber fallos. Que cada uno coja su arma.

Luisa aceptó la invitación de Ramón a tomar una cerveza en el bar de la salida del polígono, quería saber algo más sobre el funcionamiento del revólver, dijo, una excusa, suponía, pero necesitaba relajarse.

Ramón no era su tipo en absoluto, de hecho, otra de las razones por las que aceptaba la invitación era para conocerle mejor y saber cuáles serían sus puntos flojos en la operación, porque los tenía y acabaría metiendo la pata, conocer para adelantarse a las situaciones, esa era su receta de vida.

—¿Cerveza?—le ofrece Ramón.

—No, en realidad estoy de servicio. Llevo el uniforme en el coche. Una Coca-Cola.

—¿Eres poli?

—¿No lo imaginabas?

—¿Qué? Ni siquiera sabía que las tías pudieran serlo.—Vigila los movimientos del camarero en el grifo de la cerveza, así no tiene que mirarla, no sabe mirar a las mujeres sin faltarles al respeto.

—1979.

—¿Qué?—casi se rompe el cuello al girarse hacia ella.

—Las primeras polis, altos cargos, fueron admitidas en 1979. Yo apenas llevo unos meses.

—Unos meses, ¿y controlas así?

—Mi padre era militar.

Le cambia el color de la cara. Se pone en guardia.

—¿Por qué estás aquí?

—Por lo mismo que tú. Quiero joder a Cachano.

—Pareces muy joven para haberle sufrido y viniendo de familia militar, me vas a tener que contar una historia cojonuda para que no pruebe tu regalito aquí mismo.

Luisa sonríe cuando escucha el sonido del seguro de la semiautomática camuflada en alguna parte de la vestimenta de Ramón.

—Dos cosas: —puntualiza dándole un sorbo al refresco—una, me alegra comprobar que controlas el arma más de lo que esperaba, y dos, el seguro de la 28 es una mierda, cuando vuelvas a accionarlo, hazlo mirando el arma y apuntando al suelo porque me puedes volar la cabeza y por cierto, sácatela del bolsillo si quieres conservar el pie.

Ramón le aguanta la mirada unos segundos y después la pasea descaradamente por sus pechos. Vigila su mano, la que sostiene la pistola desde el interior de su bolsillo, apunta hacia el suelo y la saca con cuidado, busca la posición de la corredera y vuelve a accionar el clic que indica el escondite de la percutora.

Guarda el arma en la bolsa de plástico de las esposas y la tumba con cuidado en la barra. Bebe un gran trago de cerveza, tras posar el vaso, pregunta.

—¿Quién eres?

—Te pillaron en el setenta y uno como a Charly, ¿verdad?

Ramón asiente.

—Entonces conociste a mi padre.

La cerveza le quema el estómago, va perdiendo la compostura, no cree que quiera escuchar la historia. Se ahueca el cuello de la camisa. Luisa continúa.

—Mi padre entregó a mi hermano. Tenía solo 19 años y no quería estudiar, solo dedicarse a la música, era su pasión. Se pasaba los días ensayando en la azotea de casa con el resto de su grupo, Chema tocaba la guitarra.

»Como puedes imaginar, no compartían muchos puntos de vista, discutían cada dos por tres y un domingo, en una de estas peleas en mitad de la comida, Chema se levantó y se fue de casa, a despejarse con los amigos... lo normal.

»Pero mi padre perdió el control. Llamó a su cuartel y dio su nombre, lo hizo delante de todos, mi abuela, mis tíos, algún primo pequeño... había sido una celebración familiar, así que el público era numeroso.

—¿Tu padre pertenecía a la Brigada?

—¡No! No, qué va... cuando se llevaron a Chema, fue a buscarle, a explicar que se trataba de un asunto familiar, que él mismo era quien le había denunciado para darle una lección, que le soltaran. Pero ya no fueron capaces de dar con él.

»No le encontraban en sus listas, ni entre los de Sol ni entre los trasladados a las cárceles. Que había desaparecido le dijeron, «*A algunos les pasa, coronel.*».

»Volvió cada día a la entrada de la calle Correos, a revisar los furgones que llegaban, los que se iban.

»Preguntaba a los detenidos, eran tantos que decidió pasar allí las noches porque decía que se le escapaban, echaba unos cartones y unas mantas y ahí se quedaba. Como conocían su historia, le dejaban entrar a asearse y mi madre le llevaba ropa limpia, pero con el tiempo perdió la cabeza y abandonó su aspecto, era como un mendigo más, solo que protegido por la policía.

—¿Vive?

Luisa ríe, la pregunta dista de ser divertida, pero es lo que tienen las historias macabras, que llega un momento en que uno ya no entiende de convencionalismos.

—El muy desgraciado al menos tuvo suerte en eso, lo encontraron congelado en la puerta, debajo de sus cartones y sus mantas, cuatro años después. Charly dio conmigo cuando montó el peculiar escuadrón y me propuso formar parte de él. Me contó que en una de las sesiones en la que le recitaban las listas de sus alumnos, escuchó un nombre que no le sonaba de nada y lo acusó de pertenecer al partido comunista. Pararon el interrogatorio y Cachano se acercó al agente que leía para echar un ojo al nombre, entonces se echó a reír y le dijo que ese no valía, que si creía que eran imbéciles, «¡Los señuelos no cuentan! ¡Al hijo del coronel-mendigo nos lo cargamos nosotros!».

Los golpes en la puerta suenan fuerte, mamá no quiere abrir.

—¡Somos gente de bien! ¡Aquí no hay nadie!—grita desde dentro.

Alguien le contesta al otro lado, pero yo no entiendo qué dicen, miro desde el pasillo su rostro desencajado y hago por acercarme. Asesta

manotazos al aire para que entienda que no debo hacerlo, que me vaya hacia el interior de la casa. Se acerca ella hasta la mitad de la cocina.

—¡Tu hermano!—me susurra—¡Di a tu hermano que se esconda!

Entonces recuerdo la discusión de la comida de ayer, cómo Chema se marchó y mi padre llamó a su cuartel, recuerdo la mirada de desconcierto en mi madre cuando le escuchó decir su nombre.

—¡No me miréis así, solo le darán un susto! ¡Este chico tiene que aprender!

Corro hacia su cuarto y me subo sobre él, le despierto.

—¡Chema! ¡Chema! ¡Quieren entrar! ¡Mamá dice que te escondas!

Abre los ojos torpemente.

—¿Qué te pasa, ranita? ¿No vas al cole hoy?

Los golpes paran. Ahora se escuchan las voces de los vecinos en la escalera. Tengo que ver qué pasa.

—¡Chema! ¡Escóndete!

Vuelvo a correr por el pasillo y la encuentro de rodillas en el suelo, aún detrás de la puerta, con el dedo índice en vertical sobre sus labios me indica que permanezca en silencio. Se acerca a gatas, vuelve a susurrarme.

—Parece que se han ido... ¿Y Chema?

—Le he dicho que se esconda.

Vuelve a escucharse algo al otro lado de la puerta, esta vez son unos toquécitos suaves.

—¡Lina! ¡Lina! Soy yo, Toñi...

Mi madre vuelve a cuatro patas hasta la puerta y acerca su boca a la rendija.

—¡Toñi! ¿Se han ido?

—¡Sí! ¡Se acaban de marchar! Me han dejado una carta para tu marido, parece del ejército...te la enseño por la mirilla.

Mi madre se levanta y se restriega las lágrimas, su aspecto es penoso, aún está en camisón, sin peinar, sin lavarse la cara, a mis doce años jamás la había visto así. Descubre la mirilla y acerca la cara de perfil, colocando el rabillo del ojo derecho. Al principio no lo enfoca bien, se aparta y vuelve a mirarlo con el otro ojo. Debe ser lo que Toñi le ha dicho porque la veo tomar aire y descorrer los cerrosos.

Yo miro hacia el cuarto de mi hermano y le veo en calzoncillos, apoyado en el marco de la puerta, con sus ojos verdes y aquella sonrisa.

Me ve preocupada así que se pone a hacer el tonto, mueve sus caderas y sus manos, está bailando al ritmo de una canción, me divierte, intento leer sus labios que cantan la letra en silencio, seguro que es «She loves you», ama a Los Beatles.

Mi felicidad momentánea es interrumpida por aquel estruendo que envía el cuerpo de mi madre contra una de las encimeras, cinco hombres uniformados de gris han logrado entrar, el primero lleva a mi vecina Toñi colgada como un pingajo de la parte de atrás de su jersey, la arroja al suelo como quien se deshace de la basura y ella llora y se desespera clamando el perdón de mi madre.

—¡Perdóname, Lina! ¡Perdóname!

A mí no me da tiempo a reaccionar, me empujan contra la pared y corren a por mi hermano quien en un acto reflejo huye hacia el final del pasillo, donde solo hay eso, un final.

Veo cómo le obligan con la pistola en la sien a arrodillarse y colocar las manos por detrás de su cintura, se las esposan, lo levantan y lo conducen hacia mí.

Los gritos de mi madre, de Toñi, del resto de vecinos, enturbian mi cerebro hasta el punto de que ya no sé qué es lo que yo misma estoy haciendo ¿grito también, lloro, no hago nada? Me centro en los ojos de mi hermano, su luz verde que se acerca hasta tenerla justo encima, y luego vuelve a alejarse hacia la puerta.

—¡Chemaaaaa!

Está tan asustado. Jamás volveré a verle.

Charly se ha quedado solo en la nave. La botella de Kremlin Award acusa la generosidad del segundo vaso recién servido, no se la beberá entera porque la verdadera celebración vendrá cuando tenga a su torturador delante de él, acojonado e incapaz, amarrado en una silla en la que probablemente acabe meándose, como le ocurre a él tan a menudo a causa de las lesiones que le dejaron en la próstata las patadas con las que se hacía el súper hombre ese súper mierda.

Como un general en las horas que preceden al asalto, repasa el perfil de sus hombres con vistas a evitar las sorpresas.

Recuerda el motín del 73, cuando alojados en la sexta galería se declararon en huelga de hambre por los micros descubiertos en los locutorios.

A Ramón se la traía muy floja la razón de la protesta ya que jamás había pisado un locutorio, nadie le llamó ni le visitó en Carabanchel una vez trasladado desde las dependencias de la Brigada Político Social.

El estruendo de las puertas metálicas chocando contra las paredes invadía los pasillos de la penitenciaría y cada vez más presos salían descontrolados a los pasillos. Su voz se escuchaba potente «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Amnistía! ¡Libertad!».

Ocho y media de la tarde, dos horas y pico de sublevación, los bomberos municipales breando con el incendio de la tercera y Ramón ve pasar por delante de él a Mortajo, el preso de confianza infiltrado entre los políticos, el hijo de puta que mejor vivía ahí dentro, disfrutando de todo tipo de permisiones, incluidas las sexuales. Él era la causa de que se aconsejara a todos los chavales que ingresaban con su pelito largo que hicieran por pelárselo y no convertirse así en su última concubina.

Se incorpora como un resorte y le sigue, algo distanciado, arrastra la sábana que cubría el camastro sobre el que se sentaba. Da una zancada más grande para no perderle y esquiva a otro preso que cruza entre los dos.

Mortajo parece divertido, se apoya en la pared para tener una mejor visión del espectáculo de la primera galería y entonces Ramón le suelta un puñetazo traidor en el oído y toma su cabeza entre las manos, la estampa contra la pared, lo derriba.

Los presos que pasan por al lado se esfuerzan en disimular su excitación y bloquean el pasillo para que aquel cabrón reciba su merecido.

Ramón se arrodilla a su lado, retuerce la sábana hasta transformarla en una soga y da una vuelta a su cuello, cruza los extremos y tira, tira con toda su fuerza. Mortajo intenta zafarse, se estira, se contrae, se está asfixiando.

El griterío confuso da paso a un aviso, «¡Agua! ¡Agua!», pero no le da tiempo a reaccionar, tres guardias se le echan encima, escoltados por un par de dirigentes de partido que acaban de acordar el fin del amotinamiento, por eso aplacan las posibles intervenciones del resto de convictos en apoyo a Ramón.

Lo esposan y se lo llevan al “*chupano*”. Vuelve a quedarse solo.

Las celdas de castigo de la cárcel de Carabanchel colgaban del edificio en un extremo subterráneo debajo de los patios. Todos las pisaron alguna vez, ya que era muy sencillo postular a su hospedaje.

Su nombre oficial era el de «Celdas de Prevención Bajas (CPB)» y un cartel presidiendo la galería semi-oculta daba la bienvenida a sus visitantes que eran conducidos hasta el final del pasillo central, donde los funcionarios les desnudaban, cacheaban y propinaban la primera dosis de ajuste de comportamiento.

Ramón se pasó de pie en una de ellas algo menos de un mes. Durante el día no podía sentarse en el suelo ni apoyarse en la pared.

Tenía que permanecer «¡Tieso como una vela!» como le gritaban al otro lado del “*chivato*” los mismos funcionarios que cada diez minutos entraban con cubos de agua para derramarla contra las paredes y propiciar así una humedad que resultaba mortífera dentro de aquel cubículo sin posibilidad de luz natural ni ventilación.

Al cabo del castigo, regresó a la celda donde le esperaban sus cinco compañeros, entre los que se hacinaban también Charly y Gonzalo. Le vieron llegar en silencio y exigir su camastro con la única herramienta de su figura erguida. Habría adelgazado unos siete kilos, pero parecía más fuerte.

Tardó en volver a hablar y se acostumbró a hacerlo de manera parca y controlada, casi en monosílabos, no le hacía falta mucho más porque su gesta le precedía y era respetado por la casi totalidad de sus compañeros.

El abogado lee la etiqueta de su vodka favorito, su “*agüita*” y con la uña del pulgar empieza a pelar una de las esquinas. “*Kremlin*”, releer el término le dibuja una sonrisita de resignación en los labios, lo que había significado para tantos como él aquella palabra, el comunismo en su máximo exponente, la lucha proletaria, tantas lecturas manoseadas de Marx, Engels, Lenin, Stalin con las que se quedaba dormido mientras sus portadas le hacían un tejado a dos aguas bajo el que soñar.

La lucha por la izquierda, ¿qué era hoy? o al menos lo logrado en España, ¿qué tenía que ver el gobierno de Felipe González con los ideales por los que perdieron la juventud, se jugaron la vida?

Se sentía en una distopía, un elemento fuera de uso, un tornillo

oxidándose en un charco. Ya no se atrevía ni a hablar de política en las comidas, en los cañeteos, lo que fuera, porque incluso dudaba de haber estado equivocado toda la vida acerca de lo que era o no era «*bueno para el pueblo*» o quién coño era el pueblo, ¿el pueblo era un abogado de ideas trasnochadas devanándose los sesos para esconder las ganancias del subsuelo de los recién llegados al capitalismo?, ¿el pueblo era Patricia, que había aceptado las reglas del nuevo socialismo, el posible?, ¿eran los desgraciados de Gonzalo y Ramón?, ¿era Cachano?

Aquí está Charly, se decía, apurando su botella de las celebraciones y no por un ideal, un sueño alcanzado, una bandera, lo hace por una maldita venganza, una reacción animal que le distancia por completo de lo que pretendió ser.

Se emborracha porque en 48 horas se vestirá las ropas del verdugo, porque hará sufrir a un hombre o a una bestia, pero hará sufrir, la esencia es esa. Entonces, ¿dónde está Charly?

Charly está muerto.

Jamás fue amnistiado.

El profesor de Derecho que recomendaba lecturas sobre la lucha proletaria no regresó al mundo libre, este que bebe, trama un secuestro y diseña una tortura es de otro pelaje. No se reconoce a sí mismo.

—¡Salud, puto Charly!

JUEVES 30 DE MAYO DE 1985

12:45 P.M.

Don Emilio Prieto Quintana sale del colegio por el acceso sur y camina a paso calmado hacia su domicilio situado a unos quince minutos del centro.

13:20 P.M.

Cruza la calle acompañado por su perro, un caniche negro con la mandíbula desplazada hacia afuera, un animal feo y escuchimizado y con muy mala leche. Un coche se les echa encima y les pita.

—¡Por el paso de cebra, palurdo!

Es Charly, acompaña el aviso con una peineta.

Su humor ha mejorado, se siente pletórico, más cuando enfrenta después de tantos años la mirada furiosa de aquel que le apaleó y humilló, hoy con la única protección de un ridículo perro que se desgallita.

12:22 P.M.

El animal deja de ladrar al extraño del coche y se va relajando a medida que olfatea el césped y reparte micciones. Don Emilio le ha soltado como de costumbre y sostiene la correa en su mano derecha cruzada detrás de su cintura, silba.

El parque está vacío, a esas horas no suele coincidir con sus vecinos que adelantan el paseo unos diez minutos para evitar al desquiciado del chucho.

Le sorprende descubrir a aquella chica que viene hacia él con un collie de melena exuberante, también suelto. Como era de esperar, el perro de Don Emilio se lanza contra ellos en una endemoniada carrera. Está furioso, así lo deja bien claro mientras enseña sus encías y arruga el hocico.

El collie se sienta y lo espera tranquilo, lo mismo hace su dueña que se sitúa al lado, firme. Don Emilio avanza expectante, el último paso lo tiene

que dar en salto porque su caniche ataca violento al perro de la chica y clava sus colmillos de enano en el muslo soberbio de la criatura bella.

La chica se tira al suelo de nalgas y con una sola patada consigue liberar a su perro del incordio. Don Emilio no tarda en aparecer y pide disculpas. Una mujer que esperaba el autobús se acerca para ayudar a levantarse a la chica, pero esta se queja del tobillo.

—Ayúdeme—se dirige a Don Emilio—se ha hecho daño, yo sola no puedo.

Entre los dos consiguen levantarla.

—No puedo plantar el pie.—Se queja la chica.

—Te has debido hacer un esguince—observa la mujer mientras busca a su alrededor más ayuda. —¡Ahí hay un taxi!

Hace una señal que le sirve al taxista para entender la llamada, cambiar el cartelito de “Libre” a “Ocupado” y adelantarse hasta ellos. Acomodan a la chica en el asiento de atrás.

—Debería acompañarla, yo tengo que entrar a trabajar, no puedo.— Sugiere la mujer.

El profesor duda.

—Yo también tengo que entrar a trabajar en una hora más o menos...

—Sí, pero su perro ha sido el causante de todo esto, al fin y al cabo. — Apunta mientras le sostiene la puerta.

Vuelve a dudar.

—Señor, déjeme subir al perro, hemos tenido un accidente y tengo que acompañar a esta señorita al Doce de Octubre.—Solicita finalmente, Don Emilio al taxista.

El taxista se gira y examina la situación, también se lo piensa. Repara en el gesto de dolor de la chica.

—Está bien. ¡Llévelo en brazos y sobre todo que no se mee o le cobraré el doble de lo que marque!

Coge al perro en brazos y se sienta junto a la chica. La mujer de la parada cierra la puerta del taxi. Arrancan. Los seguros de vehículo se hunden, Luisa deja de fingir y saca su nueve milímetros del bolsillo de la cazadora y se la clava a Cachano en el costado, a la altura del hígado.

—Si el que se mea eres tú, también te cobraremos el doble.—Le advierte divertida.

Ramón enfoca al secuestrado con el retrovisor y arranca.

A Emilio Prieto Quintana, su madre le trajo al mundo recién estallada la Guerra Civil, en medio del campo. La mujer que *recogía* a su lado, le arrancó las bragas, la colocó en cuclillas y empujó sus hombros hacia abajo con todo su peso. Ella gritaba de un dolor viajero que recorría de arriba a abajo su cuerpo castigado y caliente, tenía diecisiete años, su barriga nunca creció más de lo que a simple vista parecía un vientre inflamado por gases o cualquier otra dolencia que entonces eran tan habituales, así que fue una terrible sorpresa para ella, sentir esa temperatura en sus partes más bajas y ver a aquella extraña tirando de algo resbaladizo que salía de su interior y que resultó ser una criatura. Cuando lo tuvo fuera, sacó la navaja que utilizaba para cortar los tallos enraizados y dio un tajo al cordón, una tímida aspersion le moteó de diminutas gotas la boca que ella se apresuró a restregar con el dorso del puño.

—Toma. Es muy canijo, se te va a morir pronto, pero al menos dale de la teta, no deja de ser un nacido.

Y le acercó el amasijo de carne sangrante que se movía despacio. Cuando lo fue a tomar en sus brazos, la mujer lo colgó boca abajo agarrándolo de los tobillos y lo agitó hasta que rompió a llorar, entonces sonrió sorprendida.

—¡Calla, que lo mismo sale pa' adelante y todo!

La desabrochó la blusa sirviéndose de una sola mano y hurgó en su sostén sacándola un pecho, mientras ella se dejaba hacer apoyada con las palmas medio hundidas en la tierra, sus piernas aún abiertas y sus rodillas flexionadas. El pequeño ser succionó su pezón nada más intuirlo y allí permaneció un tiempo, no sabría decir cuánto, en la postura en la que nuevamente la colocó la improvisada matrona, al sentarla en el suelo, contemplando la vida que se alimentaba de ella, mientras pensaba qué iba a contar a su familia.

Creció con los dos apellidos de su madre, en la misma casa y con

los mismos padres, puesto que jamás nadie preguntó entre aquellas paredes, de dónde había venido su gestación.

Lo acogieron como uno más, y así le procuraron la miseria, la hambruna y compartieron con él todas las enfermedades y penurias de las que dispusieron, en especial esa poliomielitis de la que sacó la delgadez acusada de la pantorrilla izquierda.

La tuberculosis también le pretendió largo tiempo, pero a todas las infecciones consiguió sacarles ventaja, de ahí que en la aldea se barajara cada dos por tres la cercanía de su muerte y que al no llegar, comentaran las lenguas más malevas que parecía hijo del mismo diablo, un cachano.

Pronto distinguió las oportunidades que le permitían alejarse del trabajo duro del campo y así, se dedicó con apenas diez años a las picardías del estraperlo de pan y patatas que completaba con la venta de tabaco picado.

Los contactos que hizo gracias a sus ocupaciones le facilitaron la opción militar que terminó por abrazar, ya emigrado a Madrid y convertido en un joven soberbioso, algo violento, que se esmeraba en disimular sus complejos físicos embutiéndose en trajes caros, una vez colgaba el uniforme de las Fuerzas Armadas.

Del ejército pasó a formar parte del Cuerpo General de Policía, en concreto de la Brigada Político Social, donde por fin halló hogar en su particular infierno donde podía ser él sin dar explicaciones a nadie, recuperando el sobre nombre de la infancia y llevándolo con orgullo.

Un cachano abrigado por la máxima impunidad, sometiendo a individuos más corpulentos que él, haciendo callar a mentes mucho más doctas y a almas más dignas, sintiéndose poderoso, invencible.

De madrugada regresaba al piso de la calle General Yagüe y despertaba a su esposa, la obligaba a tener relaciones sexuales y si ponía alguna objeción la abofeteaba hasta que dejaba de resistirse.

Lo hacía por “*deber del macho*” como él decía, ni siquiera porque tuviera necesidad o deseo, pues ya regresaba de lugares donde se lo habían colmado otras mujeres que venían de regalo junto con «*la sorpresa colombiana*», la sustancia nueva con la que los traficantes gallegos comenzaban a pagar la manga ancha de la policía. Combinada con los güisquis era la bomba.

Sus dos hijas se abrazaban en la misma cama cada vez que le oían llegar y atentar contra su madre, luego crecieron y se la llevaron de su lado.

Le dejaron solo con una alianza en el dedo anular de la mano derecha que jamás se quita.

En 1982, cuando el PSOE ganó las primeras elecciones en democracia, decidió abandonar el Cuerpo, a pesar de recibir ofertas para continuar con sus funciones policiales como secreta, destinado a la lucha antiterrorista.

—¡Yo no trabajo para sociatas!—sentenció en el despacho de su superior.

Como contraprestación a los años dedicados a la causa, le “*otorgaron*” la titularidad de una plaza pública de profesor de E.G.B y allí se quedó, adiestrando a niños de seis, siete, ocho años...hablándoles de Historia, de Matemáticas, de Lengua; su historia, su matemática, su lengua.

Fue el primer lugar donde se sintió realmente querido porque solo los niños saben amar sin prejuicios ni suspicacias.

Consiguió fabricar un “Don Emilio” renovado cuyo pasado no solo no se intuía sino que nadie preguntaba por él.

Sin embargo, sus años de idilio con la enseñanza concluyeron en cuanto hubo de enfrentarse una vez más a lo diferente, lo particular, lo humano al fin y al cabo: Nica.

Nica peló su piel dura como quien pela un plátano verde, dejando a la vista una carne de sabor amargo, indigesta, no comestible. Le obligó a convivir de nuevo con el maltratador, el violento, el cruel...volvió a caminar como lo hacía antes, ponderando y alerta.

El universo lo notó regresado y ellos lo encontraron.

El truco está en no abrir los ojos, pocos lo imaginan, pero él siempre estuvo seguro, y así se lo comentaba a los chicos cuando terminada la jornada, se iban *al puti a meterla en caliente*, como ellos decían.

—¡Que te digo yo que al cerrar los ojos y poner la mente en blanco, uno es capaz de aguantar la respiración más tiempo! ¿Cómo crees que lo hacen los buzos y los de la apnea esa?—sostenía acalorado en mitad de la conversación.

Su máxima le llegaba ahora como tabla de salvación, con la cabeza metida a la fuerza en aquella bañera, por aquel zumbado que conducía el taxi

y que por lo visto es un fanático de Paloma San Basilio. Pone la cancioncita de «*Juntos*» una y otra vez.

Ramón saca su cabeza del agua.

—¡Maldito mierda! ¡Te estás quedando calvo! ¡No me dejas pelo para agarrarte!

El murmullo procedente del transistor que casi gravita en el borde del sanitario, deja de escucharse acolchado y la voz de la diva rebota contra las paredes escasamente alicatadas del escusado de la nave 27.

—...*Aunque te sueneeee a lo de siempreeee...*—Canta Ramón.

Le sumerge de nuevo, pero esta vez a Cachano no le ha dado tiempo a coger aire y el líquido se ha colado por su laringe y resbala por la tráquea. Tose.

El agua entra en cantidad por su nariz, por su boca, eructa. Por acto reflejo, empuja hacia arriba la mano que le presiona para librarse de ella, con fuerza, toda de la que es capaz. Le saca. Escucha sus risas.

—¡Coño, Cachano, que te me mueres! A ver, déjame...

Lo tira al suelo justo antes de que se deshaga en vómito.

Embadurnado, consigue apoyarse en las palmas de las manos y alzar el tronco, su vista se queda fija en los zapatos de Ramón que bailan rítmicos, busca su cara. Ramón lo intuye y guía su mentón apretándolo en su mano derecha, se acerca y entona.

—*¡Un día entre dos...parece mucho más que un día...!*

Lo gira con fuerza y sus manos resbalan en el charco hediondo, uno de los cachetes de Cachano aterriza en el pringue.

—¡Joder! ¡Qué guarro eres! ¡Que acabas de salir de la bañera!

Lo vuelve a agarrar y esta vez baña su cuerpo entero. El sometido no puede moverse, siente la presión del agua que sale con fuerza de la alcachofa, caliente, mucho, le abrasa. Ramón dirige el chorro ardiente esforzándose porque riegue cada recoveco de su cuerpo.

—...*hasta quedaaaaar afónicooo ¡Viviendo juntos! ¡Juntos, tiritiriti...!*

Cuelga la alcachofa de su soporte y deja que la bañera vaya llenándose.

—¡Esto ya está!

Se planta delante y lo mira, ha tenido una especie de inspiración.

Balancea las caderas con la música y no pierde la letra.

—*Un mundo entre dos*—gira y marca con el índice los compases del tema—*¡Ti, ti, ti! ¡Dejando los problemas a Dios!*

Da un empujón al aparato que se sumerge también. Saltan chispas. El sonido se interrumpe y se quedan a oscuras.

Cachano grita.

—¡Sáquenla de ahí! ¿Qué están haciendo?

Patricia se lanza contra uno de los enfermeros que la sujeta con fuerza impidiendo que se lance a la piscina de agua helada. Los ojos de Nica amenazan con salirse de sus cuencas.

—¡Mamaaaaá!

Patricia se revuelve, ahora son dos enfermeros los que tienen que reducirla. Otro saca a Nica tiritando y la envuelve en un albornoz. El médico se dirige a ella por encima de su carpeta de informes.

—Señora Luján, si no nos deja trabajar no la permitiremos presenciar el tratamiento.

Patricia está más calmada, la sueltan, corre a abrazar a su hija.

—¿Pero es que no han visto su cara? ¿No la han oído? ¿A cuántos grados está el agua?

—A muy pocos,—contesta resignado—es agua helada, pretendemos bloquear la pasividad del sujeto autista, provocarle la reacción. Es de las últimas técnicas, en Francia ya barajan cifras de niños que han abandonado el hieratismo gracias a las inmersiones a bajo grado.

—¿“Hieratismo”?

El doctor vuelve a mirarla con expresión cínica.

—¡“Niños mueble” ¿No ha oído la expresión?!

Patricia vuelve a mirar a su pequeña, la tiritona es feroz, casi compulsiva, sus labios están amoratados.

—Sin embargo, he de decirle para su tranquilidad, que el resultado en Nica es satisfactorio, señora Luján, que grite es bueno.

No puede creer lo que escucha. Se levanta. Coge a Nica de la mano y desaparecen por la puerta que da a los vestuarios. El doctor la reclama.

—¡Señora Luján! ¡Señora!

Cuando llega a casa telefona a Gerardo, ha pedido de nuevo el

traslado a Madrid. Le comenta que no volverá a llevar a Nica a tratamiento, él le reprocha que lo haya hecho siquiera esta vez.

—Por favor...estoy desesperada.

—Es verdad, lo siento. En quince minutos estoy con vosotras.

Cuando le abre la puerta se lanza a sus brazos y rompe a llorar. Él la abraza y deposita breves besos en su cabeza.

—Nica se ha dormido.

La lleva de la mano hasta el sofá del salón. La mesita está cubierta de papeles y manuales, apenas se ve el cristal.

—¡Joder! Cuando yo salí por esa puerta me llevé el orden, ¿no es cierto?

Mientras estuvieron casados, las críticas constantes que Gerardo prodigaba a su desorden la llevaban a la violencia, contestándole con insultos y faltas de respeto de las que aún hoy, no se sentía orgullosa. Pero ahora está tan mermada que incluso le encuentra la gracia al comentario.

—Las generales...con tanta ausencia acabarán dándome la patada.

—Se sienta y deja caer su espalda contra el respaldo.

—Pues perderán a la única socialista que queda en España.

Lo mira sorprendida.

—¿No decías que era anarquista?

Sonríe. La besa en la frente. Patricia cierra los párpados y deja que sus labios pasen también por ellos, por sus pómulos, el cuello y acomoda su cuerpo en horizontal, al tiempo que las manos de quien fue su marido y ya no, la recorren y encienden como hacía ya un año que ningún hombre se aventuraba a intentarlo.

—¡Mamaaaaaá!

Nica grita desde su cuarto. Patricia empuja a Gerardo y se escabulle por un hueco que encuentra entre su ex-marido y el sofá, primero avanza a cuatro patas y luego se pone de pie para correr hasta su hija.

En la cama, Nica ya ha encendido la lamparita de la mesilla, está empapada en sudor y tiembla, casi como lo hiciera horas antes en el tanque de agua helada. Patricia se sienta a su lado, la abraza.

—Me he hecho pis.—Anuncia avergonzada.

Sigue abrazándola.

—No te preocupes.

Por el pasillo se escuchan los pasos arrastrados de Gerardo que

asoma la cabeza con expresión desenfadada.

—¿Qué le pasa a mi princesa?

—Me he hecho pis, papi.

Se une a las chicas en la cama y las rodea con su corpulencia. Las besa repetidamente en una especie de provocación al juego. Se empujan los unos a los otros, ríen y Nica castiga al colchón con sus saltos. Se duchan los tres juntos y se acuestan en la antigua cama de la pareja.

Durante el desayuno, Gerardo le dice a Patricia que quiere conocer en persona al tal Don Emilio. Dejan a Nica con Mari y le acompaña al colegio, pero el profesor falta desde la tarde del día anterior.

El director les confiesa que están preocupados porque no saben absolutamente nada de él, no avisó de que no fuera a regresar a las clases de la tarde y en su casa no contestan al teléfono.

Patricia recuerda a Amaia escapando en aquel deportivo.

Me hurga la cabeza rapada, me clava la uña para arrancar las malditas liendres y al hacerme sangre me pide perdón. Pero a mí me da la risa. En Montpellier cogí piojos a los nueve años, por pasar tanto tiempo entre los caballos en la finca de mis abuelos, adoro montar. Recuerdo que me rascaba sin descanso y que mi madre se negó a cortarme el pelo para que en el pueblo no sospecharan.

—¡Oye! ¡Esta ha dolido, Patri!—le advierto.

—¡Puff! ¡No veas cómo se agarraban! Creo que te he hecho un agujerito...

—¡A ver si se me va a salir la masa gris y me quedo inútil!—bromeo.

Reímos y siento sus brazos rodeando los míos desde atrás, el calor que desprenden sus pechos me hace sentir bien, me dejo abrazar. Distingo sus labios enmarcando una de mis vértebras, como si quisiera succionarla.

—Te estás quedando en los huesos.—Susurra.

Ahora sus manos están en mi cintura, las desliza y palpa un poco más abajo, recorriendo mis caderas.

—Fíjate...

La piel se me eriza. El ir y venir de su tacto me excita y abro un

poco los muslos, me balanceo en el camastro intentando aplacar la reacción de mi clítoris, pero ya es tarde, incluso duele, así que sus dedos jugueteando entre sus protuberancias, en cierto modo me alivian. Hecha el peso de su cuerpo sobre mi espalda y su mano libre manosea mi pecho, el pezón. Se restriega contra mí, me place, la dejo hacer, es probable que nos estén viendo, pero eso nunca me ha importado. Con una mano presiono la suya para que frote con fuerza mis labios vaginales y con la otra me encaramo a su cuello, acaricio su cuero también pelado en la ignominia de nuestra marginación y condena.

Nos agitamos, aún estamos vivas.

LA VENGANZA ES EL ESPEJISMO DE LA JUSTICIA

El nudo está hecho a conciencia, Charly tarda unos segundos en descubrirle los ojos, cuando lo hace, da dos pasos hacia atrás y se sirve de un gesto reverencial para presentarle a su público.

—¡Voilà! Permettez-moi de vous présenter...

Y lo que aparece delante de los ojos de Cachano son cuatro individuos, dos mujeres y dos hombres que le miran fijamente. Solo reconoce al cabrón que casi le mata en la bañera, pero al resto, afirmaría sin dudar que no los ha visto en su vida. Al bajar la mirada se encuentra con sus genitales al aire, ya suponía su desnudez.

—Querido, Cachano,—inicia Charly—no te preocupes, te hablaré en castellano porque no creo que conozcas ninguna otra lengua, total, tú eras de los que echaban a la gente de su país y les saqueabas el alma, fuera la patria, fuera la dignidad...pero eso sí, aprendimos idiomas, de hecho, entre los que estamos aquí ahora, podríamos cagarnos en tu santa madre en unos cinco.

Le rodea despacio, se coloca justo detrás de él, aumentando su incomodidad. Posa las dos manos en sus hombros.

—En 1934, Agatha Christie, que es una señora que escribía—le aclara sarcásticamente mientras le pellizca con fuerza los carrillos—publicó *Asesinato en el Orient Express*, una de mis obras favoritas. El cadáver del señor Ratchett aparece en su litera víctima de múltiples puñaladas, doce en concreto.

»El experimentado detective Hércules Poirot anda perdido la mayor parte del tiempo, dado que basa sus elucubraciones en la hipótesis de que se trate de un único asesino, y así, ya te digo, erra una y otra vez.

Cachano repara uno a uno en los rostros de quienes le rodean. Le altera y provoca su furia la sonrisa burlona de Ramón, el otro hombre, el de las gafas, sin embargo, retira su atención cada poco, «es flojo» se dice, los sigue evaluando mientras suena de fondo la perorata del tío con traje.

—Sin embargo, dos elementos habían tomado consistencia en la

investigación, uno, que el tal Ratchett hacía uso de una identidad falsa gracias a la cual había logrado huir de Estados Unidos y no pagar por el secuestro y asesinato de una tierna niña y dos, que varios pasajeros de ese tren parecían guardar relación con la familia de la desgraciada desaparecida. ¿Casualidad o planificación?

Cachano clava ahora su mirada en la mujer rubia de melena larga. Está asustada. A pesar de no reconocerla, sí que le resulta familiar el vaivén histérico que llevan a cabo las pupilas de quienes temen, ¡cómo no resultárselo!, y entonces siente un cosquilleo que había enterrado hacía mucho y que le transmite poder, seguridad. Por eso y de manera instintiva yergue su mentón orgulloso y arruga la nariz como quien percibe el olor de algo podrido, apestoso, que desprecia.

Como un depredador lanzándose sobre su presa, sin verlo llegar, el cuerpo de Ramón le cae encima desde el otro extremo de la formación y ambos caen al suelo, su cuerpo, el de Cachano, aún amarrado fuertemente a la silla, comienza a recibir sus puñetazos potentes y lo que experimenta es un dolor anestésico y la sensación de estar siendo reventado.

—¿Pero qué es lo que te da tanto asco, maldito hijo de perra? —se distingue entre las palabras mordidas de Ramón.

Gonzalo se lanza contra la espalda del agresor e intenta inmovilizarle, pero de un manotazo le envía a los pies de Luisa que le ayuda a levantarse, perpleja.

—Aunque no lo parezca,—jadea Gonzalo—no es la primera vez que le da por este numerito...Yo ya dije que no volvía a juntarme con este puto loco.

Luisa desenfunda el revolver que llevaba oculto en la cintura del pantalón, y avanza hasta Ramón, le encañona en la parte trasera de la cabeza.

—Ramón, para.

Como si le hubieran apretado la tecla adecuada, Ramón da el último puñetazo y reposa sus dedos en el pecho del apaleado, ahora es consciente de que sus muslos, abiertos, flanquean su contorno y que su trasero, por lo tanto, se asienta sobre el miembro flojo de quien fue su torturador. El recuerdo del indignado evoluciona en cólera y agarra su cráneo, lo estampa contra el suelo y vuelve a darle de puñetazos.

Luisa retrocede hasta separarse un par de metros, apunta a una de las rodillas de Ramón, de perfil y flexionada, y dispara derribándole.

Charly y Gonzalo lo arrastran hasta la pared y allí lo dejan, entre dolorido pero también aliviado por haber sido apartado a la fuerza. Después levantan el cuerpo de Cachano adosado a la silla y lo colocan en la posición antigua, toman distancia para verle mejor.

La cabeza le cuelga y su rostro es un bulto informe, pero respira, incluso parece que tiene los ojos abiertos y que les mira.

—Trae un cubo con agua.—Ordena Charly a Gonzalo.

Charly lo contempla, pensativo.

—¡Eres duro, ser del averno!

Le hace una señal a Gonzalo y el contenido del cubo explota contra la cara de Cachano que grita. Ahora pueden ver sus facciones desfiguradas y distinguir que le cuesta respirar a causa del hinchazón que va aumentando el volumen de su nariz. Charly sube una ceja y se encoje de hombros en un cínico dibujo.

—¡En fin! ¡Cómo odio que me interrumpen! ¿Por dónde iba?

Cachano articula un sonido indescifrable. Charly recoge su mentón con su mano derecha, y se inclina ladeado, para acercarle su oreja.

—¿Cómo dices?—suelta su mentón—eso es, muchas gracias, por lo menos sabes escuchar. ¿Casualidad o planificación?, decía, y entonces vio la luz, una coincidencia así no es que fuera improbable, sino que era imposible.

»Ratchett había escapado de la justicia, pero se encontró con la obstinación de la venganza, doce víctimas que durante el tiempo que él se creyó libre, planearon su cacería y su muerte.

»Como conecedor del derecho, querido amigo, te diré que a las leyes las impulsan y las frenan los hombres, están sometidas a sus imperfecciones, sin embargo, la maquinaria de la venganza, una vez se ha puesto en marcha, a esa, ¡no la para ni Dios!, y en tu caso, ni el mismísimo demonio.

»Al hilo de la creación de la maestra del crimen, estas cuatro personas y yo mismo actuaremos en representación de las cientos que torturaste para que así cada una pueda asestarte su particular puñalada. He leído en tratados de Psicología que puede ser cierto que no recuerdes nuestras experiencias contigo, lo que para nosotros es la historia, la verdadera, la nuestra.

»Puede ser cierto que no te suenen nuestras caras, toda una suerte para ti, ya que yo no he dejado de ver la tuya en catorce años, y por eso, y

porque quiero que seas consciente de lo que nos hiciste, hemos acordado que cada uno, de manera breve, te ayude a recordar.

»A Ramón ya le conoces, él no es mucho de respetar turnos, así que dejaremos que se recupere y ya le preguntaremos si quiere añadir algo. Yo me quedo también para el final, así que, compañeros,—los mira—adelante.

Gonzalo se ha sentado en una silla, está también exhausto a causa del altercado de Ramón, su respiración es agitada.

Amaia permanece tiesa, se abraza la cintura y se rasca compulsivamente, Gonzalo sabe por qué lo hace y sufre por ella. Ambos están tan metidos en su conciencia común que cuando escuchan el bramido de Cachano les cuesta situarse en el presente, hasta que le ven tirado de nuevo en el suelo, convulsionando y sangrante.

Luisa está a su lado, en una mano sostiene un cuchillo de monte, un imponente Aitor cuyo lomo aserrado gotea un rojo cadencial. En la otra mano guarda un pedazo de carne que arroja al suelo.

—La lengua de mi padre vendió a mi hermano—recita sofocada—tras haber sido provocada por la lengua de este en una estúpida discusión familiar. Luego, esta misma lengua de mi padre no dejó de repetir su nombre para que lo buscarais, para pedirle perdón, para recuperarle. Créeme que el dolor que experimentas es el que sintió él durante los cinco años que hizo guardia en la puerta de la calle Correo y que yo era una niña que dejó de serlo para odiarte sin saber quién eras, como odiabas tú a tantos de los que sabías tan poco.

Gonzalo vuelve a saltar de la silla y se arrodilla junto a Cachano. Voltea su cara para poder verle los ojos, estudia las pupilas y la esclerótica salpicada de múltiples capilares. También le toma el pulso.

—Tenemos que recuperarle o se nos va en un rato.

Charly asiente serio.

—¡Échale también un vistazo a la rodilla de Ramón! Por lo menos sácale la bala...

Ramón sonrío a pesar de su estado y los saluda, irónico, agitando su mano.

Antes de que logren cargar a Cachano, los tacones de Amaia se pegan a su escasa corpulencia doblada por el castigo físico y su voz se entrega a los versos de Dante Alighieri con los que su compañera de celda le ayudaba a superar los días.

— « *Por mí se va hasta la ciudad doliente, por mí se va al eterno sufrimiento, por mí se va a la gente condenada. Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza.* »

Y escupe en su cara. Después se dirige a Gonzalo.

—Me marchó, *Gonço*.

Charly levanta la mitad superior de Cachano sirviéndose de sus axilas y Gonzalo hace lo propio desde las pantorrillas, se tambalean hasta alcanzar una sala contigua y allí, bajo el marco de la entrada, descansa unos segundos mientras se despide en silencio de ella, que recorre la rampa, que cierra la puerta, que se marcha de su presente porque al parecer, nunca le interesó su pasado.

Introducen el cuerpo en la habitación, una especie de despacho no muy espacioso. Luisa se adelanta y despeja la mesa, tirando papeles y portalápices al suelo. Lo depositan.

Luisa vuelve a por Ramón que se apoya en su hombro y arrastra la pierna herida. Gonzalo los mira de reojo.

—Siéntalo ahí. —Indica señalando con la cabeza la silla pegada al botiquín.

Luisa obedece y ayuda a Ramón a acomodarse.

—De puta madre, Goncito, el cabrón tumbado y yo aquí...— protesta.

—Está mucho peor que tú, a ti la bala solo te ha rozado.

—¿Y eso como lo sabes si ni siquiera te has acercado a mirarme la pierna?

Gonzalo mira a Luisa pidiendo colaboración. Luisa se inclina y le habla condescendiente.

—Ramón, no olvides que antes te encañoné la cabeza, si hubiera querido hacerte daño, lo hubiera conseguido.

Charly y Luisa dejan a Gonzalo trabajar a solas. Pero el problema es que no está a solas, Ramón observa cada uno de sus movimientos.

—¡Deja de limpiar a ese cabrón y dame algo para que no me duela, joder!

Gonzalo no contesta.

Entra al baño y se lava las manos en el lavabo. Abre un botiquín colgado en la pared y saca una jeringuilla, una goma y un botecito.

Se acerca a Ramón y se agacha, le ata la goma alrededor del muslo

coincidente con la pierna herida. Le pellizca. Desenfunda la aguja y la carga de anestesia local. Se la inyecta por encima de la rótula. Siente la vigilancia de Ramón en cada uno de sus gestos.

—Tú no eres mejor que yo. —Le oye decir.

Pero el doctor no está dispuesto a entrar en su juego, así que continúa en silencio y se dispone a levantarse, pero la mano de Ramón aprieta su muñeca.

—Los putos matasanos sois todos iguales, os creéis que tenéis el derecho divino de juzgar a la gente y decidir si la ayudáis o no, si vive o muere. Pero yo te he visto con los calzoncillos manchados de mierda porque creías que te iban a cambiar de celda con los comunes y has dormido tranquilo en un colchón mugriento solo porque me tenías cerca y nadie se atrevía a tocaros ni a ti ni a Charly. Ahora mis métodos te avergüenzan, ¿cómo nos cambia la libertad, ¿verdad, amigo?! Porque puedo llamarte amigo...

Gonzalo intenta liberarse dando un tirón, pero lo que consigue es que el botecito se le caiga al suelo y se transforme en metralla diminuta de cristal.

A Ramón le hace gracia el incidente. Luego se queda serio, pensativo, un recuerdo vuelve a amargarle el presente.

—Me pasaron a la enfermería de Sol porque creyeron que no iba a aguantar y necesitaban putearme un poco más, se conoce que el burdel estaría cerrado y no tenían con qué bajarse el subidón de esa noche.

»Me dijo lo mismo que tú, “¡Sentarlo, ahí!”. Era una mujer, calculo que de mi misma edad. Con una tranquilidad absoluta, terminó de leer unos papeles que sostenía en una carpeta, la cerró y la tiró sobre la camilla. Después me miró de arriba a abajo.

—Usted es un terrorista. No le voy a tratar.

»Hubiera querido contarle el porqué de mi presencia allí, que todo había sido un error, que yo era pescadero, de derechas para más señas, que me cagaba en la madre de todo el rojerío que había en este puto país, pero solo apelé a lo evidente.

—Llevo horas de tortura. —le dije con la poca voz de la que disponía.

—Ese es su problema.

LA MAGA

Hacía casi una semana que Patricia no acudía al inicio de la sesión, colándose directamente en el despacho u escuchando determinadas intervenciones de pie, cerca de los accesos de emergencia, para salir sin ser vista según concluyeran, por eso sintió ese vértigo al toparse con la actividad frenética del pasillo del Congreso, caras, corbatas, y algún traje de mujer “de color democrático” —los menos y contados dentro de una enorme mayoría de hombres—. Un barullo de políticos que se saludan, hacen corrillos y se gastan bromas, mucho más parecido al descansillo de un instituto de educación secundaria que al lugar donde se decide el futuro de un país.

Se pega al marco de la entrada y desliza su espalda hasta encajarla en la esquina. Para no situar su atención en ningún compañero, finge que echa un vistazo a la portada del informe que transporta en la mano izquierda, mientras que la derecha soporta el peso del bolso, pero no tarda en comprobar la inutilidad de sus pretensiones y escucha su apellido requerido a gritos.

—¡Luján! ¡Luján!

Es Álvaro, de la cartera de Educación, un buen tipo, se sentó a su lado el primer día, nerviosa y fuera de lugar ya que apenas había mujeres en el hemiciclo.

A él sin embargo, le resultó maravillosa tal coincidencia y le hizo de cicerone, desde entonces, aunque ya se sientan separados, la busca cada día, a veces son preguntas personales, a veces un toquecito en el codo, un gesto cómplice.

—Álvaro...

—¿Dónde te has metido? ¿Te pasa algo? Te vi escaparte el otro día...

—Sí, bueno, tengo problemillas personales.

—¿Tu “ex”? ¿Nica?

—Nica.

—¿Qué ocurre? ¿Te puedo ayudar?

Suspiró, consciente de que iba a ser incapaz de vestirse el traje de acero, hoy no era el día de la súper-heroína, necesitaba compartir su angustia,

así que lo soltó de forma directa.

—Le han diagnosticado una enfermedad mental.

La sorpresa de Álvaro jugó con un amplio abanico de posibilidades optando finalmente por la gravedad.

—¿Cuál?

—Autismo.

Entornó los ojos.

—¡Qué curioso!—guardó silencio y buscó en su cerebro unos datos que ya se iban fugando de su memoria—El martes pasado, creo, me comentó mi secretaria que teníamos en agenda a un diputado, no recuerdo de dónde, con una mujer de una asociación y era de esto, de Autismo.

La campana de llamada irrumpe insistente, cambiando el semblante de los parlanchines, de los bromistas, de los discutidores. Ahora todos amarran los portafolios y pelean con disimulo por entrar los primeros, dándose pequeños empujoncitos en los costados. A Álvaro se lo llevan por delante y no le queda otro remedio que preguntarle a gritos.

—¿Qué asociación?!

Se aúpa para contestarla.

—¡Ni idea! ¡Habla con mi secretaria!

La Maga. «*Asociación de Lucha por el Autismo “La Maga”*» lee marcando cada palabra la secretaria de la Subdirección General de Educación Especial y le facilita la dirección.

En el portal, delante de los telefonillos, comprueba una vez más la calle y el número porque no existen membretes ni placas que la refieran. Pulsa el botón del piso correspondiente y contesta una voz de mujer.

—¿Sí?

—Buenos días, soy Patricia Luján, hemos hablado por teléfono, quería...

El timbre que indica la apertura de la puerta ahoga su discurso y tras darse cuenta de que han colgado, empuja el asidero y entra. Sube un tramo de escaleras y al iniciar el segundo, la ve parada con los brazos cruzados sobre un delantal, con el pelo recogido en un moño del que han ido escapando mechones a lo largo de la mañana y que ella mantiene a raya detrás de las orejas. Está seria.

En el último escalón escucha por primera vez su voz.

—Soy Magali, “La Maga”, y esta es mi asociación.—Se presenta ayudándose de su brazo derecho que se abre en modo circense hacia la entrada de su domicilio—Adelante.—La invita.

Patricia entra titubeante y percibe de inmediato el olor a guiso procedente de la cocina, de la que sale un niño de unos diez años en pantalones cortos azules y una camiseta de Naranjito amarillento, que guía con los pies un balón de fútbol.

—Tomás, vete a tu cuarto con el hermano. Esta señora y yo tenemos que hablar.

El niño agarra el balón, se lo coloca en el hueco exacto que dibuja entre su cintura y su brazo derecho, se mete en una habitación y cierra la puerta.

Ella sigue las indicaciones de la mujer y penetra en la cocina donde hay cuatro sillas, se sienta en una. La tal Magali lo hace enfrente.

—La semana pasada estuve en el Ministerio de Educación, queríamos informarles acerca del Autismo y de las necesidades que padecemos las familias afectadas por esta “enfermedad”. No nos gusta llamarla así, pero los médicos aún no cuentan con otro término, “enfermedad” —repite resignada.

—¿Y qué tal les fue? Me consta que mi compañero Álvaro es una bellísima persona, muy implicado en sus funciones.

—Bueno, no lo sé. Han aplazado la reunión, no tenemos fecha concreta. Parece ser que la cercanía de las elecciones les deja a ustedes sin tiempo para, ¿cómo dijo su secretaria?, “*cuestiones menores*”, eso es...

»Afortunadamente para usted, señora Luján, no hay de eso en mi asociación, aquí todas las cuestiones son de rango mayor—contesta Magali evidenciando un perfecto dominio de la conversación y del sarcasmo que dejaban claro que su formación académica iba más allá de la sala que en ese momento le servía de despacho.

—Siento muchísimo que no hayan podido atenderla de inmediato, pero créame cuando le digo que es cierto que no damos abasto. La política es una disciplina con infinidad de frentes abiertos y a menudo nos vemos obligados a clasificar nuestras intervenciones según criterios de urgencia.

Magali ladea su cabeza, en absoluto convencida, gira sus manos mostrando las palmas hacia arriba y la invita a hablar.

—Cuénteme qué le pasa.

“*La Maga*”, como la llamaban los escasos integrantes de su asociación, escuchó atenta su historia, abrazó sus manos cuando temblaron y lloró con ella, reflejada en su peregrinaje y desesperación. Dejaron de tratarse de usted y cuando hubo terminado, se levantó y la invitó a seguirla hasta la habitación donde, obediente, se había recluido el pequeño. Tras la puerta, lo encontró con su brazo derecho rodeando —como lo hiciera minutos antes con el balón— los hombros de otro niño, algo más menudo que él, sentado a su lado en el sofá, con la mirada fija en la alfombra y su tobillo derecho rotando en una dirección y en otra, a velocidad acusada.

Magali la precedió y con calma, se agachó delante de él. Le frenó el tic posando sus dedos con suavidad en la planta y le presentó.

—Este es Héctor, tiene la misma edad que Nica y también el mismo diagnóstico, como a ti, a mí también me han responsabilizado de su autismo. Como puedes ver, “*la fortaleza*” de Héctor es mucho más resistente que la de Nica, empleando los términos que empleó tu doctora, “nos cuesta mucho más derribarla”, así que deduzco que yo he sido muy concienzuda en mi labor de “*madre nevera*”—ríe irónica.

»Hace siete años que mi hijo salió de mi vientre y aún no le he visto sonreír. Cuando me has hablado de criterios de urgencia a la hora de atender a los ciudadanos, he tenido que hacer un ejercicio severo de contención para no echarme de mi casa. No sé hasta qué punto es urgente para una madre ver sonreír a su hijo.

Magali besa los dedos del pie inquieto. Patricia necesita sentarse, palpa la forma de una silla cercana y se sienta, hipnotizada por la aparente ausencia de Héctor. No se parece en nada a Nica, se pregunta si ese autismo del que son víctimas es algo evolutivo que avanza o se estaciona como le ha dicho la doctora, ¿terminará Nica así?, sin hablarle, sin mirarla, sin sonreír. Tiene el estómago encogido y “*la maga*” que está convirtiéndose en una experta en leer la mente, conoce las dudas que martillean su cerebro.

—Hay un profesor de Psicología en la Universidad Autónoma de Madrid,—relata al tiempo que va levantándose con evidente cansancio o tristeza— se llama Ángel Rivière. Para mí y el resto de padres que nos conocimos en “Estimulación Precoz” ha sido nuestro chorro de luz entre tanto desconocimiento, él es partidario de conocer e intentar explicar esta “enfermedad” o lo que demonios sea y se muestra contrario al Psicoanálisis y

su tendencia de buscar culpables. Él describe el cuadro como la incapacidad de la persona afectada para participar de nuestros procesos mentales.

»Para el autista, los incomprensibles somos nosotros, digamos que existe una barrera de comunicación entre su mundo y el nuestro, los elementos con los que nos comunicamos nosotros no son los suyos. Cuando solicité la entrevista en el Ministerio, queríamos pedir que nos dejen ayudar a nuestros hijos sin que sean internados en instituciones mentales y que los estudios de este profesor sean tenidos en cuenta para su tratamiento específico.

»Queremos que no se les niegue el derecho a ser como son, ayudarles a salir y estar en la calle y en esa sociedad civil de la que hablan los políticos ahora. No queremos esconderles como si fueran monstruos.

El deseo de Magali la acompañó durante toda la conducción de vuelta a Madrid, haciendo de esta un acto de dudosa certeza. Vio en aquella mujer, los matices de su lucha antigua y se percató de que ahora era ella, parte integrante del gobierno del cambio en un país de reciente democracia, quien ejercía de muro para los anhelos y necesidades de los otros, que su victoria, trasnochada, la sentirían tantos como la victoria de una piel ajena.

Patricia observa a la muchacha, sentada en el sofá del salón, al otro lado de la trinchera de papeles y desorden que continúan abrigando la mesa. Se llama Ana, está algo nerviosa, pero diría de ella que transmite cierto temple. Es estudiante de Psicología del último año y la única en responder al anuncio que colgó en el tablón de la facultad.

«SE PRECISA PERSONA DE APOYO PARA EL CUIDADO Y
EDUCACIÓN DE NIÑA DE SIETE AÑOS AFECTADA DE
ENFERMEDAD MENTAL.
INTERESADOS LLAMAR AL TEL.: 91 523 78 48»

—¿Qué sabes del Autismo?—le pregunta.

La chica carraspea y hace por acordarse de alguna parrafada teórica, pero no lo logra, así que emplea sus propias palabras.

—Bueno, sé que es un campo de estudio muy nuevo y desconocido, pero viene a suponer una especie de retraining mental y social en la persona.

—¿Has tratado alguna vez con niños que lo padecen?

—No...pero en el anuncio no se especificaba el tipo de enfermedad mental, bueno, en realidad pensé que me iba a encontrar con eso, con una enfermedad, una esquizofrenia, tal vez, no sé...

—Te entiendo, a mí también me costó escribir el término, por eso empleé algo más genérico, a lo mejor me equivoqué.—Se toca nerviosa uno de los mechones breves que visten su cabellera y pierde la concentración por completo, cuando repara de nuevo en la presencia de Ana se siente avergonzada—Disculpa, se me ha ido el santo al cielo...yo creo que lo mejor es que la conozcas,—la llama—¡Nica! ¡Ven, amor!

Estaba escuchando apoyada en la pared del pasillo, así que aparece enseguida, con la cabeza agachada, mirando de soslayo a la extraña. Corre hacia su madre y la embiste con la cabeza, escondiéndose en su regazo.

—Nica, te presento a Ana. Ella vendrá a cuidarte a partir de ahora todos los días.

—¿Me vas a llevar al colegio?—pregunta Nica al tiempo que se aprieta aún más contra su madre.

Patricia se adelanta a la respuesta.

—No, mi amor, ya te dije que no vas a volver al colegio, por eso está aquí Ana, para cuidarte mientras yo estoy en el trabajo.

Nica separa su cabeza del cuerpo materno. Clava la mirada en el suelo, se enfada.

—¡Yo quiero ir al cole!

—Pero, mi vida, hace unos días me dijiste que no querías volver. Ana te va a cuidar.

—¡Yo quiero ser veterinaria! —grita y sale corriendo por el pasillo, se escucha un portazo.

Patricia respira hondo e intenta una sonrisa con la que nivelar el estrés de la situación.

—No parece autista...—comenta Ana.

—No...se parece a los demás niños, a veces...todas las veces en las que está tranquila. De repente algo se enciende a su alrededor que la molesta, la altera y ¡Boom! deja de ser ella. Por lo demás es un encanto de niña.

—Estoy segura.

Patricia sigue aguantándole la mirada.

—Esto no va a ser un trabajo fácil. Yo no te puedo ayudar porque no sé nada. Hace un mes ella era normal y ahora no tiene derecho ni a salir de casa. Estoy... ¡improvisando!

—Tranquila. Si me decidí a estudiar la mente humana es porque me interesan sus imperfecciones. Yo no voy a salir huyendo.

—Te pagaré bien. Lo mejor que pueda.

El teléfono suena histérico en medio de la conversación y Patricia vuela a descolgarlo, al menos para dejar de oír el espantoso ring. La voz de mujer del otro lado no espera, se precipita seria.

—Patricia, soy Amaia. Llamo para despedirme. Vuelvo a Montpellier.

—¿Amaia? ¡Amaia! ¿Hoy? —de nuevo improvisa—¿Nos da tiempo a vernos?

Se la escucha respirar y casi se atrevería a decir que oye también a sus conexiones cerebrales moviéndose deprisa para dar con una excusa convincente.

—Prefiero que no—contesta finalmente.

Patricia vuelve a recordar la huida de su amiga en aquel deportivo.

—¡Pero es que necesito hablar contigo!

—Lo siento, ya no tenemos más de lo que hablar.

—¿Qué estás diciendo?

—Cuando regrese a casa, voy a cambiar el número de teléfono. No es personal, únicamente quiero borrar los lazos con el pasado. Quiero ser libre de una vez.

—Pero, ¿qué hay de nuestra amistad? ¿Ha pasado algo? ¿Puedo ayudarte?

Resopla. Le cuesta decir lo que dice.

—Nuestra amistad es pasado. Un pasado que duele, Patricia. Necesito cerrar las heridas.

—¿Cerrar las heridas? —ahora se ha olvidado completamente de Ana, que continúa sentada en el sofá y cuya silueta de espaldas se le antoja un elemento decorativo, tieso y sombrío en medio de este momento surrealista— ¿Así es como cierras tú las heridas, sacando a las personas de tu

vida, eliminándolas como si no hubieran existido nunca?

—Voy a colgar.

—¡No! ¡No cuelgues, Amaia! ¡Espera!

El silencio en la línea desencadena en su cerebro una cadena de recuerdos dolorosos como decía Amaia, confusos como los que conforman la vida. Cuelga despacio el auricular y vuelve a sentarse delante de Ana.

—Ana. ¿Podrías empezar hoy mismo?

—¿Hoy?

—Ahora...Tengo que salir, por favor, necesito que te quedes con

Nica.

SI MI RENCOR SE PARECIERA A TU OLVIDO

—¿Y este por qué está aquí?—pregunta el hombre de los galones al tipo bajito y enjuto.

—¡Ná! Por lo visto es hijo de uno de los nuestros, un teniente. Quiere que le demos un escarmiento, es un *jipi* de esos...

No puedo creer lo que oigo. Sé que no debo hacerlo, pero necesito asegurarme. Doy un paso al frente para diferenciarme de la formación, como me enseñó mi padre cuando era un crío.

—¿Qué cojones haces?—me grita el enano mientras el hombre de los galones me observa un tanto divertido por mi ofensa.

—Ha dicho usted algo de mi padre...—el miedo me impide ser más explícito, me falla la voz.

Los dos se ríen.

—Así es. —El enano se me acerca—Tu padre no puede entender cómo te han sorbido la mente los comunistas esos con los que sales de farra por las noches. Nos ha pedido un favor.

Vuelven a reír.

—Llévatelo al registro. Que lo pase un poco mal y luego lo mandas para casa.

Estoy en cierto modo aliviado porque las órdenes de un superior no se desobedecen y este tipo debe de ostentar un rango importante a juzgar por el aspa que luce en su hombro, pero no puedo dejar de pensar que estoy aquí porque mi padre se lo ha pedido.

Me duele la cabeza. Son pequeños pinchazos que no me dejan enfocar bien, guiño los ojos. Apenas distingo al enano empujándome con su mano de escolar contra la pared, devolviéndome a la fila.

Nos hacen esperar unos minutos y nos sacan fuera. No estoy solo. Al coche suben conmigo una chica y un chico que no se miran. No hablamos en todo el trayecto.

Conozco la calle, vivo cerca.

—¡Hala, para abajo!

Nos abren la puerta y nos sacan del coche.

La gente que camina por la acera se aparta al vernos, aunque también hay algún que otro furtivo que les dedica a los dos oficiales de paisano un gesto de desprecio.

Seguimos esposados, nuestro andar es torpe, no sabemos a dónde nos llevan, por lo menos yo. El tipo bajito va delante, lleva a la chica cogida del brazo, fuma y aparenta normalidad. De vez en cuando, si algún viandante observa más de lo permitido le amonesta, «¡Aquí no hay nada que ver!».

El otro policía va detrás de mí, me da pequeños toquecitos en la cintura indicándome el camino.

Nos detenemos en un portal. El pequeñajo da dos golpes fuertes en el cristal y un conserje uniformado le abre. Nos meten dentro.

Yo voy tropezando contra todo, esquinas, pequeños escalones, como si no supiera poner un pie delante del otro.

—¡Al sexto!, ¿verdad?—lo dice acercando su boca a la boca de la chica que permanece impasible, con la cabeza agachada.

Subimos andando.

El ascenso es lento, entre medias nos caen collejas, empujones y muchos insultos. Por fin llegamos.

La cerradura del piso está reventada, en su lugar hay un boquete. Nos empujan al interior, un pasillo, allí escuchamos ruidos de cajones que se abren y cierran, voces de hombres: son más policías con su traje gris revolviéndolo todo.

—¡Hombre, Cachano! —saludan al enano que los encara con una sonrisa amplia.

A la derecha hay una cocina. Mete a la chica, la tira al suelo de una bofetada y le pregunta por los papeles del partido.

—¡La propaganda, golfa!

Ella sigue callada, su nariz va soltando pequeñas gotas oscuras que dibujan deformidades en el azulejo.

La garganta se me seca y carraspeo involuntariamente. El tipo me mira.

—Joder...me había olvidado de ti. ¡Antúnez, llévate al chico del teniente y dale un susto, luego me lo traes!

Miro al supuesto Antúnez, el que me ha ido dando empujoncitos y alguna que otra patada durante la excursión. Estoy nervioso.

Ya he tenido suficiente susto, ¿qué me vais a hacer? No me salen

las palabras.

Soy mudo.

Me lleva de vuelta por el pasillo y me saca al rellano. Estudia pensativo las opciones que le ofrece el lugar y por fin le llega la inspiración.

—¡A ver! ¡Necesito a tres!—grita hacia el interior del piso.

Tres obedientes grises asoman por el umbral.

—Vamos. Ayudadme a colgar a este niñato, Tú y yo del tronco y luego cada uno de vosotros por un tobillo.—instruye.

Me clavan contra la barandilla y alzan mi tronco tieso, lo sacan por el hueco de la escalera, empujan desde las piernas y cierro los ojos.

Estoy colgado.

Noto dos manos repartiéndose por cada una de mis pantorrillas para frenar mi vuelo.

—¡Abre los ojos!—me gritan—¡Ábrelos o te dejamos caer!

Los abro. La altura se revela cruda y hambrienta, muestra sus fauces. El pánico se apodera de mi cerebro y me revuelvo, una parte de mí sabe que no debo hacerlo, pero la zona irracional ha ganado la batalla y no permite que mis músculos se detengan, se agita hasta el elemento más nimio de mi ser.

—¡Para, cabrón! ¡Te nos vas a caer!

Estoy fuera de mí. Desoigo sus órdenes y peleo aún más. Me agarran las piernas entre cuatro, aparece un quinto que intenta subirme por un brazo, me tira del pelo...

El griterío rebota entre las paredes. Se aconsejan, se amenazan, y entonces percibo la última de las manos resbalándose por mi talón derecho.

Caigo.

—¡Dios!—grita alguien.

Cachano sale corriendo del piso y agarra por el cuello a Antúnez, lo empuja contra la pared.

—¡Un susto, maricón de mierda! ¡Joder...! —Se revuelve el pelo, suelta un par de gritos. Consigue calmarse.—¡Venga, meter el cuerpo en el furgón y dejar eso limpio! ¡El registro ha terminado!

En la recepción del Villamagna le dicen que abandonó la habitación a

primera hora de la mañana, deduce que debió hacer la llamada desde alguna cabina.

¡Maldita Amaia, siempre adelantándose a los acontecimientos!

Se dispone a abandonar cuando él la reclama, apoyado en la columna de la entrada, cubriendo de humo la visibilidad de sus gafas algo torcidas.

—Lo adivino: —dice Gonzalo—tu pasado tampoco le interesa.

Patricia no disimula. A estas alturas ya ha agotado todo el cinismo del que es capaz.

—Os vi huir del colegio.

Gonzalo asienta.

—¿Dónde está Cachano? En el colegio dicen que falta desde hace días.

Gonzalo da una última calada y lanza de una toba, la colilla aún encendida a los jardines.

—¿En serio no lo sabes? Tú empezaste todo esto...

—Quiero decir que si os lo habéis cargado.

—¿Es lo que querías?

—¡Por supuesto que no! ¡Yo no soy una asesina!

Gonzalo refugia sendas manos en los bolsillos y baja los tres escalones.

—¡Ese es nuestro problema!

Se aleja relajado.

Cuando Patricia llega a la nave 27 de aquel polígono de Getafe, el día ha comenzado ya a perder sus rasgos de identidad y la luz colorea de naranja y violetas los espacios entre las edificaciones, lo poco que queda de sol es un sol agresivo que quema las retinas.

El coche de Charly está aparcado en la puerta. La puerta está entornada. La empuja.

Un olor desagradable y conocido la asalta: sudor, pólvora y el inconfundible aroma del miedo, del sufrimiento psicológico.

Suena música de fondo, una versión dura del *Hard to handle* de Otis Redding, Charly la interpreta utilizando el palo de la fregona como micrófono.

No se ha percatado de su presencia.

El suelo aún tiene restos de sangre que embadurnan los extraños trazos que el bailarín-limpiador dibuja en su coreografía.

—Charly.

Sigue bailando.

—¡Charly!—grita parada en la rampa.

—¡Coño!—suelta el palo que rebota dos veces contra los azulejos.

—¿Qué habéis hecho con Cachano?

Charly abre sus brazos en cruz y eleva sus hombros.

—¡Le hemos juzgado!—informa a través de una mueca irónica mientras pulsa el stop del radiocasete.

—¿Has perdido la cabeza? ¡No podéis cargaros a alguien así como así!

—¡La cabeza! —ríe— No es la pérdida de la cabeza lo que te conduce a quitarle la vida a alguien, ¡sino la pérdida del alma! (continúa riendo).

—Charly, no le veo la gracia. No tengo que informarte sobre las consecuencias de un acto semejante, eres abogado. Yo...estoy obligada a denunciaros.

—Por qué será que no sorprende, querida Patricia, pero no pienso impedirlo. Te debo muchas cosas, más de las que imaginas, pero esta, la oportunidad de ajustar las cuentas con quien me redujo a mierda, a basura colgante de un par de cadenas, esto jamás podré igualártelo, querida diputada, denúnciame... así podré descansar también por lo otro.

—¿Qué otro?

—Ese “otro” es lo que no me deja dormir por las noches, lo que me obliga a estar pendiente de ti desde la distancia, pero casi de manera enfermiza. Mi aportación a su maldad cuando te denuncié ante la Brigada, ante Cachano...—confiesa con una extraña mueca.

—Estás mintiendo. Eres un manipulador.

—¡Ay, ay, ay...! —se carcajea debajo de sus manos que pellizcan sus labios tirando de ellos hacia el mentón, deformándose.

Se sienta en una de las sillas desperdigadas. Revuelve su pelo sudado, la mira, tiene los ojos llorosos.

—Ya no pensé que me fuera a llegar la oportunidad de resarcir mi culpa. ¡Qué hermosa eres, Patri! ¡Por fuera y sobre todo por dentro! Llevaba toda la noche de golpes, meando coágulos de sangre, perdiendo el

conocimiento y siendo de nuevo recuperado para volver a la misma pesadilla...y entonces escuché tu nombre de labios de ese guardia que seguía incansable recitando y recitando apellidos.

»Y lo pensé por un segundo, pensé en aguantar...porque recordé a Alfonso brindando conmigo por el hijo que llevabas en tu vientre, en la Taberna de los Conspiradores, «¡Porque viva en libertad!» gritamos y nos emborrachamos a su salud. Pero algo se descontroló en mi alma, esa de la que te hablaba cuya pérdida te conduce a robarle a otro su derecho máximo, su derecho a la vida.

»Hice así con la cabeza —la mueve de arriba a abajo—, hice así, lo juro...—llora— Y entonces rompieron en carcajadas y aplaudieron «¡Bravo, querido maestro! ¡Bravo, valiente!» Salieron uno a uno de la habitación ensangrentada, felicitándose con palmaditas en las espaldas, con grititos de júbilo y ni siquiera me descolgaron, «¡Que le dejen un rato, ya no hay prisa!» dijeron.

»Y me quedé cabeza abajo, con las gotas de sangre que se resbalaban de mis fosas nasales haciéndome cosquillas por el tabique de mi nariz, por mi frente, y luego encharcando la baldosa.

»El cáncer me hizo el favor de no tener que contárselo al que hubiera sido padre de uno de tus hijos y que ejerció de muerto viviente junto a mí en las quedadas intermitentes de antiguos miembros del partido. Yo nunca estuve preparado para contárselo a él.

»Ahora te pido que me denuncies de vuelta por mi venganza, por desposeer a alguien de su identidad como persona...porque yo creía que me sentiría liberado, pero no...soy como un nuevo demonio limpiando las huellas de otro.

—¡Aquí nadie va a denunciar a nadie!—Ramón aparece por la espalda de Patricia, pasa un brazo por delante de su cuello agarrándola con fuerza y encañona su sien con la punta inquieta de su pistola.

—¡Ramón!—grita Charly—¡Tranquilo!

—¡No! No me voy a tranquilizar, no me voy a tranquilizar ¡en mi puta vida! Estoy hasta los huevos de que me lleven de un sitio a otro, de que me llamen, de que no, ¡de que me aprieten el puto botón de “encendido”! Esta vez no voy a ser yo quien se lleve la peor parte,—quita el seguro, Patricia cierra los ojos— esta vez va a pagar el pato el verdadero responsable, el que movió el asunto desde el principio, ¡la que lo movió! Mi querida

diputada...

—Ramón...—Charly se dirige a él con las palmas de las manos extendidas—Ramón, no compliques más las cosas. Patricia me denunciará a mí y yo os cubriré al resto, sé cómo apañármelas, no llegarán hasta vosotros.

—¡Y una mierda! ¡No des un paso más! He decidido que me la llevaré por delante, ¿por qué? Porque de momento, ¡en mi jodida vida me he cargado a alguien! pero resulta que todos pensáis de mí que soy un tarado peligroso, así que hoy, ¡hoy! por fin voy a daros los motivos.

Charly avanza.

—¡No des un paso he dicho!—ahora le apunta a él—Te juro que te mato a ti también.

—Ramón, amigo...—inicia una nueva zancada.

—¡Me cago en la hostia!

Ramón empuja a Patricia al suelo y vacía el cargador de su arma corta en el esbozo de Charly, del contravenido abogado Carlos Fontana que se derrumba desangrado ante sus dos ex-compinches.

La fuga de impactos y silbidos precede al silencio hueco de la nave y los gemidos de Patricia se evidencian junto a su respiración entrecortada. Ramón, erguido y con su primer cadáver caliente rozando la puntera de su zapato, vuelve a poner la atención en la diputada aterrorizada en el suelo. Se miran, levanta su mano armada y temblorosa y la apunta, ladea la cabeza y aprieta sus labios uno contra el otro, guiña un ojo.

El agujero en la frente de Ramón y el ruido explosivo que atraviesa la nave desde la entrada, se transforman en un único suceso que le postran sobre los restos de su amigo al tiempo que el local se llena de voces y policías uniformados.

A Patricia la levantan del suelo, es una mujer, sonrío primero, pero luego utiliza su mirada para recordarle que no está limpia, que no es la primera vez que se ven, que se deben cosas, silencio. Es Luisa.

De una de las puertas del fondo, se escucha a otro agente gritar informando a sus compañeros.

—¡Aquí hay otro tío! ¡Que entren los de la ambulancia!

Una dotación de médico y enfermero entran corriendo a la nave provistos de una camilla y se meten en la habitación. Apenas pasan un par de minutos cuando sacan un bulto cubierto por una sábana que luce una enorme mancha negra.

—Este también es un fiambre. —comenta el mismo agente cuando los ve salir.

Sostenida por Luisa, Patricia presencia la última huida de su torturador, esta vez la definitiva, cuando la sábana se ahueca y uno de sus brazos cae agitándose por la inercia de quienes lo trasladan. La mano, abierta y relajada, parece que dice adiós, se despide, ¡péndulo de las cavernas profundas!

Lunes 16 de septiembre de 1985. Hoy Nica empieza el cole, de nuevo feliz. Le he dicho que podrá ser veterinaria, astronauta, lo que ella quiera. Estamos frente a las dos aulas que gracias a la insistencia de Álvaro, Sanidad nos cede en el Centro de Salud de Chamartín.

Durante el verano he trabajado como un miembro más de “La Maga”, lo que soy. He dejado definitivamente la política, no se me da bien, no valgo para ello. Junto a Magali sé que podré conseguir logros que vuelvan a rellenar mi alma, he encontrado una nueva lucha, al final va a tener razón Gerardo...

De nuestros bolsillos sale el dinero necesario para la compra de material escolar. Unos padres tienen más y otros menos, pero todo se comparte.

Hoy abrimos las puertas del primer curso experimental para nuestros niños autistas. Saldrán de casa, se relacionarán, dejarán de ser monstruos, blancos de burlas o injusticias.

Vamos a cuidarles.

En un aula, se trabajará con “afectados severos” —es cierto que resulta duro esto de elegir términos y adjetivos con los que diferenciar personas, nunca antes había reflexionado sobre la complejidad de la nomenclatura—, casos como los de Héctor, en los que el peso de la terapia requiere de mayor especificidad y como dice Rivière, también de *«una especie de microscopio mental para darse cuenta de los avances tan lentos, aunque de enorme importancia y significación»*.

En la otra aula tendremos a niños como Nica, niños que parecen “normales”, pero que “se atascan” con la fórmula de enseñanza corriente

porque su manera de asociar conocimientos y de relacionarse con los otros sigue siendo distinta. Un pediatra vienes los diferenció con su apellido “Asperger”, una etiqueta más, otra diferencia.

Este caso, el de Nica, no es en verdad “menos severo” que el anterior, a vueltas de nuevo con la nomenclatura, pues la labor del diagnóstico es muy complicada.

«*El microscopio mental*» de Rivière nos hace falta con los casos de “Asperger” para detectar esas diferencias funcionales respecto de los “niños normales”, la mayoría pasan desapercibidos, se les trata de “raros” y siguen con su vida, mucho más dura que la de los demás niños porque están solos, marginados en su peculiaridad.

Me siento emocionada, tenemos por delante un duro y apasionante proyecto que Magali nos ayudará a hacer realidad, porque ella reúne en su persona las cualidades deseables para la lucha, que son el valor, la resistencia y la integridad.

De momento, contamos con pocos profesionales voluntarios, muy pocos, entre ellos, Ana, que ha decidido especializarse en esta extraña “demencia”. De hecho, su tesis de fin de carrera centrará su exposición en demostrar que como tal no existe, que el Autismo no es una demencia, no es una enfermedad mental, sino otro misterio de nuestro desconocido cerebro. Espero que tenga suerte.

Magali me hace señas desde una de las ventanas, dice que entremos, pero no vamos a hacerlo aún. Queremos entrar los tres juntos. Lo que pasa es que Gerardo vuelve a retrasarse, tiene un serio problema con la puntualidad.

La manita de Nica tiembla, también la mía. Sudamos, pero ahora podemos confiar la una en la otra, aunque nuestras miradas sigan sin encontrarse de frente.

Si los corazones se tocan en el plano de los adentros, en el que importa, la conexión acabará surgiendo y podremos ayudarnos.

Aquí llega Gerardo.

Me besa.

Coge a Nica en brazos y la aprieta contra su pecho, la besa por toda la cara, Nica se queja juguetona. La vuelve a soltar y agarra su mano libre. Contemplamos las aulas.

Esta vez juntos.

Allá vamos.

EPÍLOGO

LA QUERELLA ARGENTINA

El 14 de abril de 2010 familiares de asesinados y desaparecidos durante la Guerra Civil y la dictadura franquista, apoyados por organizaciones humanitarias de Argentina y España, a las que también acompañó el Nobel de la Paz de 1980, Adolfo Pérez Esquivel, interpusieron la querella 4591/2010— para el común del pueblo, la *Querella Argentina*— «*N.N. por genocidio y/o crímenes de lesa humanidad cometidos en España por la dictadura franquista entre el 17 de julio de 1936, comienzo del golpe cívico militar, y el 15 de junio de 1977, fecha de celebración de las primeras elecciones democráticas*», en el Juzgado Nacional de lo Criminal y Correccional Federal n°1 de Buenos Aires, República Argentina, a cargo de la Jueza María Servini de Cubría.

La causa se ampara en la legislación internacional de la ONU sobre Justicia Universal que como explicaba uno de sus abogados, Carlos Slepoy:

« [...] *habilita a los órganos judiciales de un Estado para la investigación de crímenes cometidos fuera de sus fronteras, sin que sea necesario que los mismos afecten a sus intereses, o sean cometidos por o contra sus ciudadanos en el extranjero o que los autores de los delitos se encuentren en su territorio.*»

El principio de Justicia Universal se aplica de forma especial en lo referente a crímenes contra la humanidad, actuando el tribunal del país que recurre a él en representación de la Comunidad Internacional, con la finalidad de impedir que los violadores de Derechos Humanos gocen de algún tipo de impunidad. Los crímenes de lesa humanidad no prescriben ante magnitud ninguna, ya sea esta de lugar, tiempo o lo que la herramienta judicial quiera inventar y mucho menos, pueden ser amnistiados.

En octubre de 1977 el Estado español aprobó la Ley 46/1977 con la que supuestamente hacía realidad la parte básica del movimiento Pro-amnistía, la liberación completa de los presos políticos de España. Y digo

“supuestamente”, porque se trató de una ley polémica en lo tocante a más de un aspecto.

En primer lugar, el hecho de que la casi totalidad de los presos políticos de este país hubiera salido con anterioridad de los centros de reclusión y en segundo, por la añadidura sorpresiva de un apartado que transformaría el logro libertario en un blindaje—parece ser que vitalicio— para los criminales que en algún momento vistieran el gris dictatorial. Reproduzco (artículo segundo, en su apartado f)):

« En todo caso están comprendidos en la amnistía:

[...]

f) Los delitos cometidos por los funcionarios y agentes del orden público contra el ejercicio de los derechos de las personas.»

Es decir, que gracias a esta ley que terminó siendo un enunciado de “Punto Final”, los ejecutores de crímenes contra los Derechos Humanos en España quedaban libres de responsabilidad, escapaban de la Justicia.

Se nos ha pasado casi una década desde el nacimiento de la Querrela Argentina.

Un tiempo caracterizado sobre todo por las negativas que el Gobierno—tanto PP como PSOE— y la Justicia española han ido dando a cada solicitud argentina.

El bloqueo de toma de declaraciones de forma personal, con el consecuente traslado de la jueza Servini a España, la disponibilidad de esta para tomar declaraciones por medio de videoconferencia, o la solicitud de extradiciones—como fue el caso de la solicitud de extradición a Argentina de 19 ciudadanos españoles acusados de cometer crímenes contra los Derechos Humanos durante la Guerra Civil y el franquismo—, todas ellas bloqueadas por el Estado Español.

Ocho años en los que se nos ha ido gente, como el citado Carlos Slepoy, abogado incansable de supervivientes a las violaciones de Derechos Humanos, defensor de la Justicia Universal, o Enrique Aguilar Benítez de Lugo, cuyo relato recogí también en estas páginas y tantos otros, seguro, que se llevaron el suyo envuelto en el peor de los destinos, el silencio.

Quiero recalcar que la querrela, cada denuncia, señala un criminal concreto con su nombre y apellidos que abusó de su condición funcional

para denigrar y desposeer de los derechos más básicos a personas también concretas con nombre y apellidos.

Que no se trata de una revancha abstracta de vencidos contra vencedores como hay quien nos quiere hacer creer y que no hablamos de política sino de humanidad.

Uno de estos responsables al que se refiere la jueza Servini en sus exhortos fue conocido entre sus víctimas y compañeros como ‘Billy el Niño’, especialmente cruel y entregado a su labor de torturador. Su verdadero nombre es Juan Antonio González Pacheco y no solo vive hoy, sino que es un hombre libre y además condecorado. Nuestros impuestos—también los de aquellos que le sufrieron—le sufragan una paga extra del 15 por ciento de su pensión vitalicia.

La condición de abandono ante la Justicia que padecen estas personas me llevó a imaginar la trama de *Tras la piel ajena* que no es sino una fábula moderna con la que pretendo mostrar las consecuencias horribles que pueden desencadenarse en un ciudadano ante la pérdida de amparo judicial, estas consecuencias componen una maquinaria espeluznante: la venganza.

Volviendo a los términos empleados por Carlos Slepoy, la Querrela Argentina es una «historia de ida y vuelta» que hace si cabe, aún más paradójica la tónica de trabas que ha ido caracterizando la reacción del sistema judicial español ante los tribunales argentinos.

El 16 de octubre de 1998 el general y dictador chileno Augusto Pinochet fue detenido en Londres a instancias del juez español Baltasar Garzón quien se sirvió de la Jurisdicción Universal para solicitar su enjuiciamiento.

Tras 503 días de arresto domiciliario, la Cámara de los Lores resolvió que Pinochet no gozaba de inmunidad y podía ser juzgado. La lluvia de cargos criminales no se hizo esperar, superándose los 300 contra él mismo, y sin pasar por alto los que se derivaron contra otros criminales implicados en la terrorífica Operación Cóndor que cubriera de sangre el cono sur de un continente, América, que alcanzó la escandalosa cifra de 35.800 víctimas, según entidades de defensa de Derechos Humanos, repartidas entre Argentina, Uruguay, Chile, Paraguay y Brasil.

En ese curso de mi Licenciatura de Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, dediqué una de mis opciones a Matrícula de Honor al seguimiento del caso, a

la cobertura de la detención y sus consecuencias para el Derecho Internacional. De vuelta, no solo perdí la distinción académica, cuestión que no me dolió tanto como el discurso que tuve que escuchar de labios de la que había sido hasta esa fecha una profesora respetada y en cierto modo, querida:

«Hoy en día se nos llena la boca con la palabra “genocidio”, matas a sesenta personas y ya eres un “genocida”. Me gustará ver las caras de los que hoy celebráis la detención de este señor cuando dentro de unos meses, vuelva a casa tan tranquilo.»

En un aspecto no anduvo desencaminada, y es que este individuo cruel y asesino regresó a su país al cabo de los meses sin ser juzgado ni condenado, en una maniobra macabra de una defensa que aludió a motivos humanitarios, y pasó a peor vida —porque estoy segura de que arde en algún círculo dantesco— en diciembre de 2006. Pero a la historia pasó como la bandera del dictador derrotado, cuyo nombre se pronuncia para recordar que la inmunidad no existe en cuestión de crímenes contra la Humanidad por más “Jefe de Estado” que uno sea. Marcó un antes y un después en el Derecho Internacional.

Hoy es 2018, acabamos de vivir un cambio de gobierno propiciado por una moción de censura, la primera efectiva en lo que va de democracia. Una de las primeras voluntades del Ministro de Interior del PSOE, Fernando Grande-Marlaska, ha sido pedir un informe que esclarezca la viabilidad de la retirada de la condecoración que otorga a Juan Antonio González Pacheco, alias ‘Billy el Niño’ ese extra del 15 por ciento de su paga, además del reconocimiento a su “conducta ejemplar”. Grande-Marlaska dice que la petición *«puede ser razonable»*. A la retirada de la medalla, espero que le siga la criminalización de sus actos y una sentencia firme ante los tribunales, sean de donde sean—pero ¡qué sueño cumplido que fueran tribunales españoles!— la suya y la de sus compañeros, que sean juzgados en la tierra mejor que ante la puerta del infierno de donde se escaparon.

Más de una fantasía he elucubrado en mi cerebro inquieto al respecto del encuentro entre torturadores y torturados en tiempo de resaca, en la condición mutua de trasnochados. Todas son pesadillas, como la historia que acabas de leer. ‘Cachano’ nació de la confluencia de torturadores y violadores de los Derechos Humanos de los que he tenido noticia, una especie de Hidra de infinitas cabezas, él es inventado.

Sin embargo, lo que más me ha hecho sufrir han sido los muchos testimonios de torturas y vejaciones que tras ser escuchados, revividos y llorados, dieron vida a las escenas de terror que conforman *Tras la piel ajena*, porque son reales, ojalá pudiera decir lo contrario.

Dicen que el desconocimiento de un hecho te convierte en ignorante, lo que tampoco es una condición a la que aspire, pero que el conocimiento de un crimen y la falta de reacción dirán de ti que eres su cómplice, «*Tanto peca el que mata la vaca, como el que agarra la pata*».

Yo ya te lo he contado, espero haberte descubierto un capítulo que desconocías de nuestra Historia y que actúes en consecuencia.

DERECHOS AZULES

En 1985, Nica fue diagnosticada de Autismo, entonces ‘Psicopatía Autista’. Sus padres iniciaron un peregrinaje angustioso que les llevó a escuchar terribles explicaciones que culpaban a las madres del padecimiento de lo que llamaban un «mal desconocido de la mente humana».

El término «discapacidad» no existía, todo aquello que fuera diferente era apartado de la sociedad, en el caso de las enfermedades mentales—y el abanico era amplio—, quienes las padecían eran reclusos en instituciones cuya especificidad se limitaba a cerrar la puerta con cerrojo.

Los padres de niños con Autismo tuvieron que permitir la aplicación de técnicas absurdas e inhumanas en el tratamiento de sus hijos porque desconocían absolutamente todo. Ellos, insisto, los padres, fueron los primeros en asociarse y ponerse en contacto con profesionales técnicos del campo de la mente humana que disidieran de las tendencias estrambóticas del Psicoanálisis y del Conductismo más radical.

Las primeras asociaciones nacieron en España a finales de los años setenta en Barcelona y Madrid, y las siguieron en San Sebastián y Galicia, conformando una nueva lucha social, diferente al motivo político que movió a sus predecesores de la etapa franquista, pero lucha indudable, al fin y al cabo. Dieron a luz al nuevo Movimiento Asociativo en España.

Ángel Rivière, la voz del Autismo por excelencia en este país, decía que «las personas somos relativamente capaces o notablemente capaces de ponernos en la piel del otro», y yo diría que esa fue la lucha principal de estos padres, ayudarnos a entender que sus hijos no eran monstruos sino sujetos de derechos, los cuales no podían ser violados mediante el encierro, la ignorancia o el acoso.

En materia de conocimiento estricto del Autismo, pesa todavía lo que Rivière denominó «concepción mitológica», la falsa creencia de que el autista no nace sino que le hacen.

El Autismo sería para esta falsa concepción, una especie de conducta que “se activa” por la ineficacia en el comportamiento sentimental de sus familiares más allegados, sus padres.

Sigue existiendo también una carencia notable de solidaridad diaria,

de batalla. Pocos padres paran su reloj primero para entender y segundo para explicar a sus hijos “normales” que su compañero autista ofrece la única complicación de procesar la información de manera diferente, por eso un gran número de niños autistas sigue siendo víctima de acoso escolar por parte de sus compañeros y lo que es más grave, de sus profesores.

El que ostentara la Cátedra de Psicología Cognitiva en la Universidad Autónoma de Madrid en los noventa, resumiría su bagaje por la mente autista, de la siguiente manera:

«Una cosa que uno aprende al final, es que las personas con autismo por lo menos, son menos complicadas y en cierto modo, en un sentido fundamental, mejores que las demás personas.»

Según Ángel Rivière, la incapacidad de la persona autista para ir más allá del sentido estricto del lenguaje, por ejemplo, de los hechos factibles, también le incapacita para la mentira, la traición o la trampa.

Protagonistas de esta lucha como Simona Palacios, fundadora de Autismo Burgos, que inspirara en *Tras la piel ajena* el personaje de Magali, observaba en una entrevista reciente que aún reconoce en los comentarios de padres del presente, los mismos problemas que ella y sus compañeros de lucha encontraron hace treinta años cuando comenzaron su andadura por los despachos de la Administración Central y ministerios.

«Mucho por hacer» es su lema aún hoy, pero es que es el lema de todo peleador social.

Hace no mucho, y como consecuencia de la fase de documentación de *Tras la piel ajena*, un papá de un niño autista—a quienes conozco personalmente, quiero y respeto—compartía en una red social la foto de un mural precioso que adornaba la pared de un centro de terapia y yo comentaba, «¡Qué bonito!», a lo que él me contestó:

«Lo bonito sería no tener que ir a estos sitios, pero en fin, todo sea por el bienestar de nuestros hijos.»

La lucha diaria, a pulso, de unos padres por la obtención del tratamiento y sobre todo, el respeto de un hijo con una discapacidad es una gesta inimaginable para los que somos ajenos a su piel, es descorazonadora,

lenta e invertida a veces.

Pero no se deben olvidar los pasos y sobre todo tropiezos que dieron por nosotros los que recorrieron nuestro camino antes. Porque la lucha consiste en no rendirse y en no olvidar, y lo bonito, si es que existe, que yo creo que sí, es poder acudir a sitios donde ser escuchado y tratado como lo que somos, personas, independientemente del ideal o el color.

Por cierto, el color del Autismo es el azul.

NOTA DE LA AUTORA

LA SEMILLA

La semilla de *Tras la piel ajena* la puso un encuentro hace exactamente un año, un veintitantos de junio. Me bajaba de mi coche camino a una de las librerías que habían tenido a bien ponerme a la venta mi primera novela *El diablo en su escondrijo*, dos mujeres que paseaban a sus perros se dirigieron a mí y una me pidió un boli, al comprobar que tenía, me preguntó también si disponía de papel y así era, saqué mi libreta.

Esta misma mujer me miró extrañada, arrugando su frente como quien no puede evitar reparar en algo y señalarlo.

—Tú pareces...—miró a su acompañante buscando corroboración— ella tiene...—balbuceó y rescató el valor en una enorme sonrisa— ¡Tienes aspecto de escritora! ¿Eres escritora?

Yo sí que me quedé perpleja.

—...lo soy...lo soy. Soy escritora.

Confirmé con una risita nerviosa, ¿de qué va esto?, ¿dónde está la cámara.

—Yo soy pastora evangélica—se presentó—. Por favor, escribe sobre los Derechos Humanos.—Volvió a sonreír antes de continuar—El Señor ha hecho que nos encontráramos para que yo tuviera un boli y un papel con los que apuntar el teléfono de esta mujer que necesita mi ayuda. Ahora yo necesito la tuya.

Una vez las dos extrañas quedaron conectadas gracias a mis útiles, los guardé y me despedí.

Le agradezco a mi querida pastora que me lo notara, que para ella fuera evidente mi condición de escritora —porque esto es una condición, algo que no se elige sino que te determina— y sobre todo, que se atreviera a decírmelo, de este modo me lo recordaba —tenemos tendencia a olvidar lo

que es evidente en nosotros mismos—: Sí, soy escritora.

Querida pastora espontánea, he tardado un año en descifrar tu petición, en darle forma, finalmente de lo que me pediste trata *Tras la piel ajena*, de Derechos Humanos.

Espero haber cumplido.

Alma Diego

ALMA DIEGO



Alma Diego es periodista de formación, profesional del marketing digital y correctora literaria.

Entre sus logros se encuentra la distinción finalista en la edición 2016 del certamen de relato corto Cartagena Negra con *Dormir Solo*.

Síguela en sus perfiles sociales y sabrás algo más de ella, por ejemplo, que entre sus pasiones se encuentran la música, la pintura y el cine de Quentin Tarantino.

Instagram: [almamara7](#)

Twitter: [Almamara7](#)

Facebook: [alma.dediego](#)

Blog: <https://almadiegoescritordigital.wordpress.com/>

Otras obras:

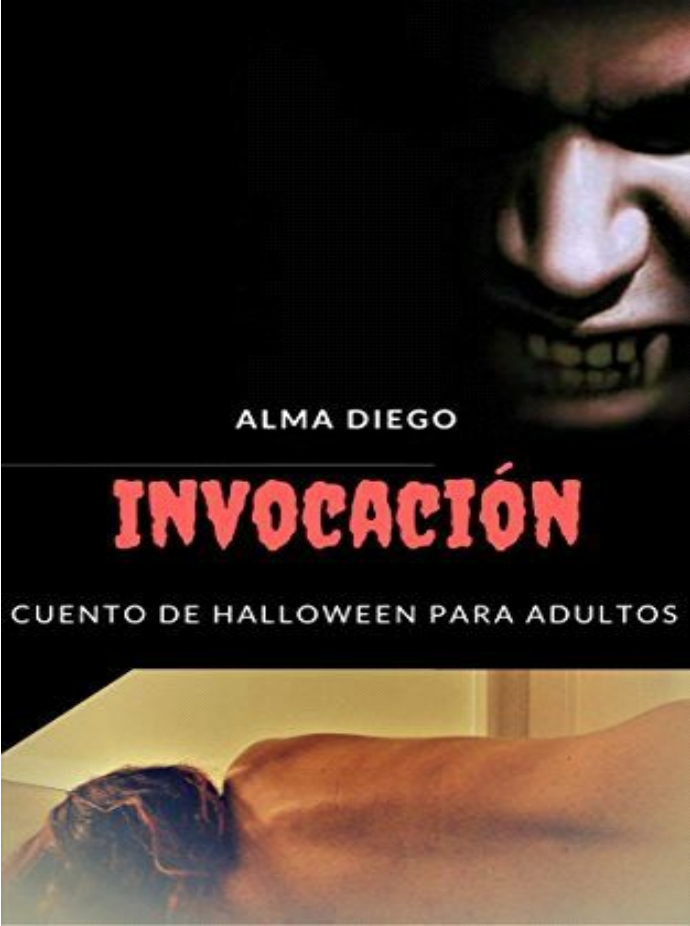


**DOS HISTORIAS SOBRE MUERTES
INESPERADAS**



**NI EL DÍA, NI LA
HORA**

ALMA DIEGO



ALMA DIEGO

CUANDO SEAS OTRO



EDICIONES ANTIGONA